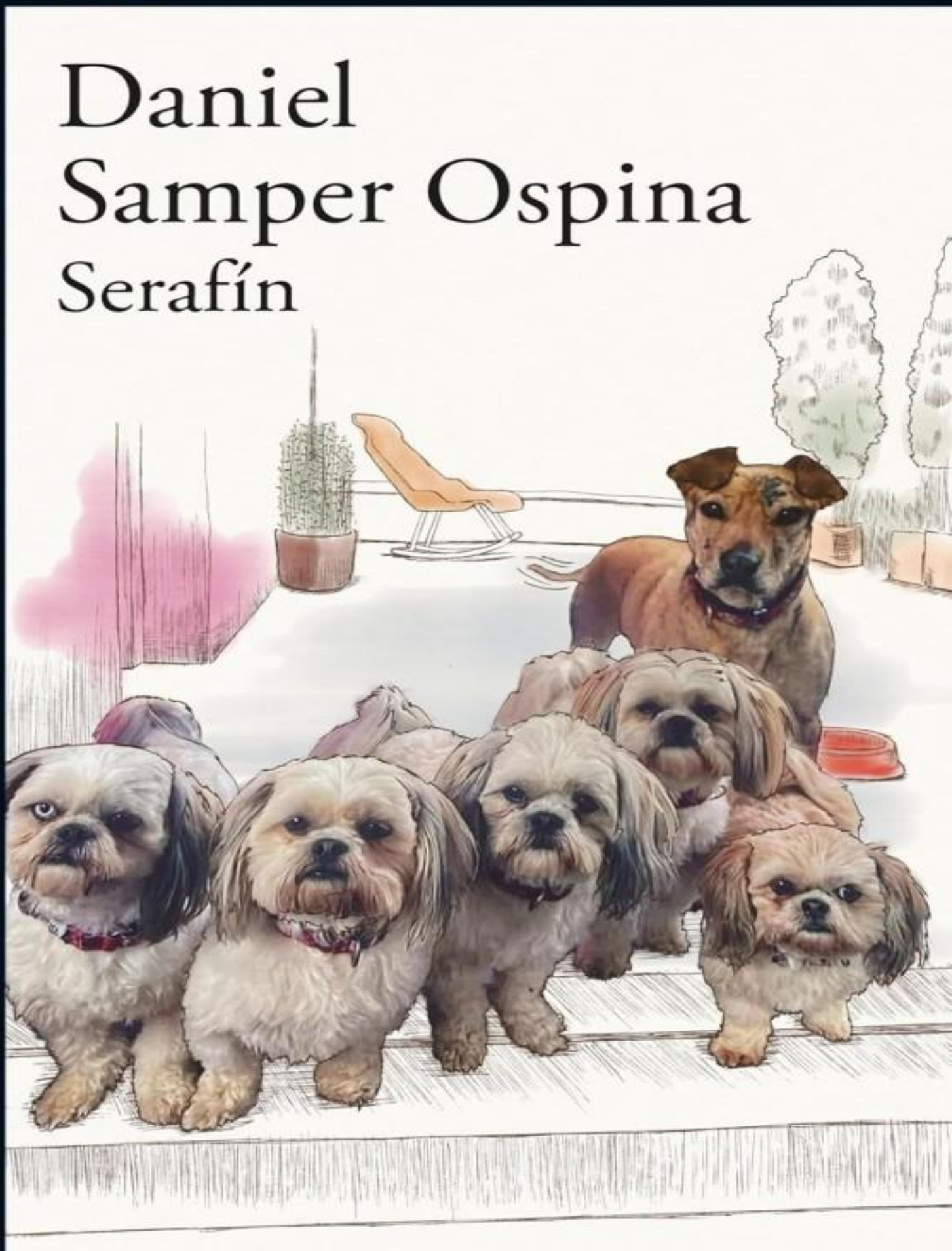
ALFAGUARA

Daniel Samper Ospina

Serafín



Narrativa Hispánica

Daniel
Samper Ospina

Serafín

ALFAGUARA

A Claudia, a Lupe y a Paloma.

Y a Lola.

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.

[…]

El hombre ha salido de la tabaquería (¿metiéndose el cambio en el bolsillo de los pantalones?).
Ah, lo conozco: es el Esteves sin metafísica.
(El propietario de la tabaquería ha llegado a la puerta.)
Como por una inspiración divina, Esteves se ha vuelto y me ha visto.
Me ha dicho adiós con la mano, le he gritado ¡Adiós, Esteves!, y el Universo
se me reconstruye sin ideales ni esperanza, y el propietario de la tabaquería se ha sonreído.

FERNANDO PESSOA,
Tabaquería (Álvaro de Campos)

Si quieren saber por qué me están subiendo en una ambulancia mientras tomo el celular para grabar un patético video de mí mismo que se volvió viral, lo primero que deben hacer es leer esta historia: la de mi infarto, que es también la historia de un perro que adopté, porque son la misma. Y también la historia de un hombre de cincuenta años que tuvo que abrir cuentas de redes sociales y convertirse en comediante, mientras por dentro se sentía triste, como esas horribles esculturas de Lladró en las que un payaso llora. Lo hace con llanto trágico: como si le estuviera dando un infarto. O como si se le hubiera muerto un perro.

Tienen que leerse esta historia, pero sobre todo tienen que poner atención en esta parte, porque el día que me iba a dar un infarto alcancé a llegar a la clínica caminando por mí mismo, pero al atravesar la puerta de urgencias dejé de sentir las piernas y tuve una extraña sensación de desprendimiento, como si todo lo que me sucedía me estuviera pasando en tercera persona. Caminé como flotando hacia la ventanilla de atención al público, recibí la ficha de mi turno, me puse de pie cuando escuché mi nombre y me senté en una camilla a la que me condujo una enfermera. Pasaron treinta y siete minutos hasta que otra enfermera —que se creía la mamá de Maluma— me tomó de la muñeca, me midió la tensión y ordenó que me sacaran sangre. No sé si les dije que odio los hospitales, que odio las inyecciones, que odio la sangre. No sé si les dije que odio

las canciones de Maluma. El hecho es que una doctora me llenó el pecho de electrodos, y después de examinar lo que pasaba en el monitor, pidió que alistaran la ambulancia para llevarme a un hospital mejor equipado, mientras yo desenfundaba el celular dispuesto a dejar la vida por las visualizaciones, por los clics. Tan pronto como comencé a grabar tuve la primera embestida en el pecho: sentí que subía una súbita marea de dolor que reventaba contra las costillas. Y luego otra, y ganas de vomitar.

Unos pocos segundos después supe que morirse era eso.

* * *

Lo primero que quiero que sepan de mí es que soy calvo: calvo como un profesor de Matemáticas. Calvo como una rodilla. Calvo como la rodilla de un profesor de Matemáticas. Mi sobrino Mariete siempre dice que eso es una ventaja porque no tengo un pelo de tonto, porque mi sobrino Mariete siempre dice cosas semejantes. Siempre tiene un comentario agudo. Es como convivir con un eunuco. Pero esta vez tenía razón. Es verdad. Nací calvo y moriré calvo, y en el medio de esos dos momentos (las dos fechas que tendrá mi tumba) hubo un tiempo en el que tuve un frondoso pelo amarillo lleno de bucles que parecían inmortales, como los de un angelito.

Pero nada en esta vida es inmortal: mucho menos el pelo. Y así lo fui perdiendo como quien pierde la juventud o una materia que nadie pierde, por decir algo Gimnasia o Electivas: sin siquiera darme cuenta.

De ese modo, a los quince años me convertí en el primer y único niño calvo del salón, el único calvo del colegio, exceptuando a los profesores, porque había profesores calvos. Como el de Matemáticas.

Se preguntará alguno: ¿qué se siente ser calvo a los quince años? Se siente frío, eso es lo primero que se siente. También se sienten ganas de no ir al colegio porque todos los chistes sobre niños calvos hacen reír. Pueden anotarlo. Todo chiste contra un calvo brilla como la calva misma: como mi propia calva que por aquel entonces no era la llanura lustrosa que se ve ahora, en que se refleja el cielo con los colores plenos de la tarde, sino una calva en proceso: con mechones deshilvanados que se caían en la ducha.

Mi nombre es Daniel. Soy calvo de nacimiento y calvo otra vez desde los quince. Amo a los animales desde el principio, de golpe porque crecí rodeado de ellos, o al menos de mi sobrino Mariete. Fui buen estudiante tanto en el colegio como en la universidad. Después trabajé en una revista y me convertí en humorista: el trabajo ideal para una persona calva, porque hay oficios en los que se puede ser calvo y oficios en los que no. Ser galán de telenovela, ser torero, ser cantante de un grupo de rock, ¡ser centro delantero de un equipo de fútbol, sobre todo argentino!, requiere exhibir un pelo sideral, ojalá de trapero. No digo que no haya habido toreros calvos, como Manolete, ni niego la existencia de Zinedine Zidane o de Grzegorz Lato, el futbolista polaco a quien si ustedes recuerdan seguramente es porque son cincuentones. Pero la cumbre del éxito es sacudir una melena de león después de martillar un gol de cabeza o en los momentos claves de un solo de guitarra.

En cambio, ser profesor de Matemáticas o vender seguros de vida es para calvos.

Lo mismo que ser humorista.

La pequeña plazoleta del Instituto de Perros Abandonados parecía un bazar: había mesas, parasoles, música. Pero más que nada perros. Todos los perros del Instituto, los ochenta y ocho perros abandonados que exhibían su mejor hocico para que los adoptara alguna familia.

—Hoy te llevan, vas a ver que hoy te llevan —le dijo Ricardo a Serafín.

Serafín sobresalía entre los demás perros por antigüedad. Se había hecho célebre entre las personas del Instituto porque llevaba once jornadas de adopción de las que regresaba a su guacal de siempre, con el rabo entre las patas.

—La de hoy es la doce y en la doce te llevan, es mi número de la suerte —le volvió a decir Ricardo mientras le acomodaba el collar con su nombre, el nombre de Serafín, y lo sacaba a la plazoleta, para que se luciera de nuevo.

Ricardo no rescató a Serafín porque Ricardo no es veterinario. Es el empleado de la alcaldía que organiza a los perros, les limpia los guacales y los baña. Lo recibió cuando de la veterinaria distrital lo remitieron al Instituto: alguien llamó al número de emergencias médicas de la alcaldía a reportar un perro de tamaño mediano que lanzaba desgarrados aullidos tirado en una calle y con sangre en la cabeza: ¿lo atropelló un carro?, ¿lo mordió otro perro?

Dos veterinarios lo envolvieron en una frazada para poder recogerlo mientras el perro les lanzaba mordiscos feroces, ardido de rabia y de dolor.

Los veterinarios de las jornadas de la ambulancia de rescate, en todo caso, habían visto cosas peores porque, por salvajes que sean, los animales no experimentan placer propiciando crueldad a otros seres vivos. Anoten eso. Los seres humanos, en cambio, sí: gozan torturando, torturan por placer. Las letras de Maluma son una prueba.

Perros a los que dejaban amarrados con alambres de púas. Perros que abandonaban en azoteas, a sol y lluvia. Perros quemados con gasolina. Perros heridos a cuchillo, o violados por humanos. Perros atropellados a los que botaban en las calles con la cadera rota.

O perros como este que sangraba por la oreja, como lo supieron después, cuando, ya en la veterinaria de la alcaldía, lo anestesiaron y lo limpiaron y pudieron constatar, en términos objetivos, que se trataba del perro más feo del planeta.

Era flaco, era contrahecho. Tenía las patas largas y el pecho salido, una cola parecida a la de las ratas, larga, pelada y con unas hebras de pelo que impresionaban, y una barriga inflada, a punto de reventar, de la que pendía una hernia deforme a la altura del ombligo.

Pero lo peor era el pelo. Había que verlo. Parecía chamizo seco, el saldo de un incendio: un reguero de injertos de paja desiguales y amorfos color mostaza, regados por encima de una piel aterradoramente negra que por momentos se asemejaba a las manchas de engrudo en la que agonizan los pelícanos de los derrames petroleros.

El perro al que nadie quería adoptar dormía en una amplia jaula, una especie de cuarto remachado de mallas, junto con dos perros que rotaban en la medida en que las familias los adoptaban.

En ese perrera de cemento había convivido con Gaspar, un dálmata cuyos ojos se reventaron inflamados por un glaucoma y al que rescataron vagando por las calles, cuando se estrellaba contra los muros. Con Chabela, una perra que padecía un embarazo psicológico por culpa del cual le crecían las tetas y aullaba de noche. Con Chontaduro, un gozque al que amputaron la pata agangrenada que arrastraba por las calles del barrio Santa Fe. Con Vainilla, una perra que nació con labio leporino y ladraba con medio hocico en carne viva. Y con Góngora, un ovejero desequilibrado al que lo invadían unos serios ataques de nervios por culpa de los cuales se perseguía la cola.

Todos ellos fueron huéspedes temporales del galpón de los perros de difícil adopción: perros ciegos o cojos; perros negros a los que no adoptaban por ser negros. Y perros torcidos como políticos por los que nadie daba un peso que, sin embargo, encontraban familia.

Todos menos a Serafín, que durante once jornadas compartió su guacal con una gran variedad de canchosos. Con algunos apenas se olisqueó. Por otros sintió algo parecido al cariño, como sucedió con Tocino, un callejero de tres años al que unas personas decidieron prender fuego. La patrulla veterinaria alcanzó a salvarlo. Compartió cama con Serafín tres domingos. Y al menos por ese tiempo se convirtió en su mejor amigo.

Pero otros perros eran francamente insoportables, como Cloe, una enana temblorosa, con evidentes sedimentos de french poodle, que padecía las marcas de un moquillo al que logró sobrevivir, pero que

le dejó con un movimiento involuntario en las patas traseras por culpa del cual no dejaba dormir a nadie.

—Hoy va a ser tu día, por fin. Hoy será un gran día. Ya lo verás —dijo Ricardo. Y no lo dijo en vano. Porque aquella jornada de adopción fue el día en que cambió la vida de Serafín.

* * *

Cuando me pregunto qué tipo de cosas me empujaron hacia ese infarto, que quién sabe desde qué momento había comenzado a abrir su mano dentro de mi pecho, llego a varias conclusiones: la primera es que tengo la peor edad que puede tener el ser humano, los cincuenta años. La edad en la que uno debe pagar cuentas, responder por hipotecas, convivir con sus propias obsesiones, como pedir que apaguen las luces de la casa cuando no las utilizan, que es la razón por la que vivo:

—¡Apaguen las luces, carajo! —es mi grito de guerra.

La edad en la que uno debe ser el papá de todos los que lo rodean: ser papá de los hijos, que a estas alturas ya son un enjambre de barros y espinillas, pero también ser papá de los papás. Llevarlos a almorzar los fines de semana para que no estén solos. Llevarlos al médico. Ayudarlos a que manden un archivo por correo, a que envíen un audio por WhatsApp. Y juntarlos con los nietos, que son la segunda causa de infartos en el mundo: los nietos de los papás, es decir los hijos de uno.

Porque la primera gran causa es el reguetón.

Supongo que no les he dicho que soy padre de dos hijas adolescentes que cantan a un volumen insufrible canciones de

reguetón mientras me piden plata para asistir a los conciertos de moda.

—Ya salieron las boletas para Estéreo Picnic, vienen Las Pastillas del Abuelo, Los Pericos: ¡viene Harry Styles! ¿Me das para comprar las boletas? —me dijo la mayor tan pronto como comenzaba a escribir esta historia.

—¿Cómo así que «me das»? —la corregí—. ¡La plata se gana, no se pide!

Me enteré entonces de que, contra todo pronóstico, Harry Styles no era el nombre de una peluquería de barrio, sino un artista que viene a Bogotá por segunda vez: la primera protagonizó un concierto apocalíptico que remedaba las consecuencias del cambio climático, porque en el coliseo hubo migraciones de la gente de lateral a la platea, extenuantes oleadas de calor, decenas de desmayados, hambrunas. Y cualquiera podía vivir aquel simulacro de los estragos del calentamiento global pagando quinientos mil pesos.

—Por nada del mundo —le dije—. Si quieres ir a un concierto, que sea de Sabina: en el otro te pueden robar…

Que no sabía quién era Sabina. Pero poco rato después se juntó con su hermana mayor para exigir boletas del espectáculo de Bad Bunny y, como si se tratara de un argumento definitivo, puso en el altavoz de su celular el aullido de una suerte de puertorriqueño con problemas de dicción cuya inspiradora lírica aprendí de memoria: «¡Tú no eres bebecita, tú eres bebesota!».

Qué letra, dios mío, qué palabras: ¿para qué leer a Quevedo y su soneto sobre el conde de Osuna, si tenemos a su tocayo y luminoso bardo mundial que elogia a la mujer con una economía de palabras envidiable?

Les negué el dinero para las entradas de forma rotunda y les exigí, además, que entraran en razón.

—¿Podrían decirme quién es el autor del soneto de «Faltar pudo a su patria el gran Osuna»?, ¿o solo se saben los nombres de cantantes de reguetón? —las reté.

—Me gusta Ozuna —me dijo la mayor.

—A mí me gusta más Farruko —se metió la segunda.

Les ofrecí un bono en la peluquería de Harry Styles para que me dejaran tranquilo porque en ese momento mi papá llamaba al celular.

Supongo que no les he contado que tengo un papá que me llama involuntariamente al celular tres veces al día, cada vez que pretende mandar un audio por WhatsApp. Cada mensaje que, con esfuerzo, consigue enviar, viene precedido por tres pequeños audios vacíos que no se da cuenta de que está grabando: posteriormente manda un audio en el que se queja de que el audio que está grabando no esté grabando; luego envía un nuevo mensaje en el que repite lo que acaba de decir, porque supone que el audio anterior no se grabó, o no se envió, y cuenta, de todos modos, la anécdota de que lo grabó, pero que el audio no se fue, o se borró: seis o siete audios después, confiesa que olvidó para qué me buscaba. Hasta que lo recuerda y manda un último audio caudaloso, de siete minutos, que oigo agradecido mientras pienso que por lo menos ha evolucionado. Antes enviaba chats como si fueran un Marconi: «Favor pagar luz recibo finca».

Mi papá, pues, me llamaba al celular para pedirme ayuda digital:

—Escribí un nuevo capítulo de las memorias pero no me acuerdo de si el computador las grabó.

—Pero si son de memorias, ¡cómo no te vas a acordar!

—No sé si lo grabé. Y no encuentro el documento.

—¿No sabes o no te acuerdas?

—No me acuerdo. O no me acuerdo del nombre que le puse al documento, mejor dicho.

—¿Ya probaste «Memorias»? —le recomendé.

—Ya busco y te llamo.

Supongo que tampoco les he dicho que, además de poner a prueba mi paciencia con el amnésico autor de sus memorias, estoy casado con una mujer que recoge personas de la calle y las instala en la casa hasta que consigan un lugar más digno en el cual hospedarse. El único problema de su corazón es que es del tamaño de mi neurosis, y cada vez que bajo a la cocina, generalmente en calzoncillos, para servirme algo de tomar, la sorpresa de dar con un nuevo inquilino me abruma:

—¿Y la señora quién es? —pregunté a una anciana que estaba en la cocina cuando todo esto comenzaba.

—Me llamo Carmen: su señora me invitó a pasar.

—¿Y ella dónde está? —pregunté mientras abría la nevera.

—Ella salió, doctor.

—¿A dónde?

—Me dijo que a comprar leche.

—¿No hay leche? —pregunté como un tonto, mientras constataba que no.

—No, señor. Ya me la tomé, señor.

* * *

Supongo que me faltan muchas cosas por decir y que si tengo suerte las iré contando poco a poco, aunque no deben perder de vista que esta no es mi historia, sino la historia de mi infarto; y que habíamos quedado en que me postraba en una ambulancia mientras no sentía las piernas. Ni mis hijas ni mi papá sabían entonces que me escurría poco a poco hacia la muerte; tampoco mi esposa. Ni la anciana que acababa de recoger. Ni nadie. Tampoco Serafín. Y si acaso Mariete.

Algunas personas que han conseguido poner un pie en la muerte y regresar para contarlo, coinciden en que lo primero que sucede al morir es ingresar por un túnel oscuro al final del cual hay una luz cegadora. Un disparo de nieve, complementaría Silvio Rodríguez. Porque no sé si les dije que me gusta la música protesta.

Pensé que morir sería eso: ser testigo presencial de ese cliché, sentir el vértigo de un túnel negro con una luz de fondo frente a la cual gritaría:

—¡Apaguen las luces que no estén usando, carajo!

También suponía que, antecitos de morir, uno recorre su propia vida hacia atrás y la observa en retrospectiva, con bordes color sepia: no sé por qué lo imaginaba de esa forma, acaso por algún filtro de Instagram. Y mientras la ambulancia tomaba bruscas curvas rumbo al hospital en que iban a atenderme, yo esperaba el momento de repasar los lugares cumbres de mi triste existencia de payaso deprimido bajo una música de violines: la primera cita dermatológica a la que me llevó mi mamá, a los quince años, cuando vio que me quedaba calvo. Mi primer ataque de pánico, porque también deben saber de mis ataques de pánico cada vez que existe la sospecha de que debo hablar en público. Mi primer día en

la universidad. Mi primer trabajo como periodista. El primer chiste de mi vida en un escenario (en el que padecí un ataque de pánico que por poco me mata, como se los contaré). Cuando conocí a mi esposa. Cuando me casé. El nacimiento de mi primera hija. La primera persona que mi esposa recogió en la calle para darle posada: una viejita. La segunda persona que mi esposa recogió en la calle: un viejito. El nacimiento de mi segunda hija. La quinta persona que mi esposa recogió en la calle. La primera vez que recibí un audio de más de nueve minutos de mi papá. El gol olímpico de Omar Pérez en un partido de Santa Fe contra Nacional. El de Wílder Medina contra Gremio. La muerte de mi mamá, el golpe más duro que he recibido en la vida: una muerte lenta por culpa de un cáncer gris que le invadió la piel, los huesos, los ojos, los dientes; que la desalojó de sí misma, mientras yo sentía que el universo se reconstruía en mí sin ideales ni esperanza, y que el propietario de la tabaquería se sonreía.

Y, claro, el momento en que me volví youtuber porque si quieren comprender este libro desde el comienzo deben saber que están tratando con un youtuber. Anciano para los tiempos virtuales, es cierto: pero youtuber, de todos modos. Un esforzado hombre de edad mediana que se vio obligado a convertirse en creador digital para que el mundo de las comunicaciones, del que vivía, no lo dejara rezagado. Y que, por jugar en aquel juego, rápidamente cambió el prestigio por la fama y logró abrir un canal de YouTube con una suma considerable de seguidores.

Pero no los suficientes. Porque para un youtuber nada es suficiente.

Por ahora digo que en ese recuento de las postales de mi vida que, supuse, se desplegaría ante mi memoria cuando diera el primer paso hacia la muerte, no tuve un pequeño espacio para pensar en Serafín, la mascota de mi vida: muy seguramente, si la situación fuera al contrario, en el inventario de la vida de él yo aparecería en todas sus polaroids. Prácticamente en todas. Porque los perros no son ingratos como los humanos.

Hablo de Serafín, el perro al que conocí gracias al periódico. Y al que, si lo pienso dos veces, hoy le debo la vida.

Recuerdo el titular porque lo recorté: apareció publicado en el diario *El Tiempo*, cuando llevaba ya un rato siendo youtuber. Bajo una foto en la que el pescuezo se le veía especialmente arrugado, se leían estas letras: «Serafín, el perro al que nadie quiere adoptar en Bogotá» y tenía este párrafo que titilaba entre los demás párrafos: «Serafín es un perro criollo, tiene 6 años, vive en Bogotá y sufre de alopecia. Su historia se remonta al día en que llegó a la Unidad de Cuidado Animal. Serafín fue atendido por médicos veterinarios, quienes lo diagnosticaron con problemas hormonales, lo que ha desencadenado en alopecia, o pérdida de su pelo. Desde entonces, recibe tratamiento».

El artículo contaba que el perro había asistido a once jornadas de adopción y que ninguna familia se lo llevaba porque todas suponían que aquellos parches de cuero negro regados por todo el cuerpo eran producto de una enfermedad infecciosa: un perro canchoso en el sentido literal de la palabra, un germen con cuatro patas.

Yo sé que ustedes ya se imaginan que fui yo quien adoptó a Serafín. Pero se equivocan.

* * *

—Este perro tiene que ser nuestro —le dije a mi esposa en la noche mientras le pasaba el recorte del periódico.

Ya estábamos en la cama. Cada uno leía un libro. La televisión estaba prendida sin volumen.

—¿Perdón? —me respondió, mientras levantaba la vista del libro que estaba leyendo: una melaza feminista sobre los nuevos tipos de masculinidades y los géneros fluidos.

—Este perro —le dije de nuevo—. Míralo. No lo adoptan porque es calvo.

—¿Y? —respondió ella.

—Pues que esta casa tiene que ser su lugar.

Recuerdo que se puso de pie, que leyó nuevamente el titular y que acomodó su mejor voz para responderme con dulzura:

—¡Estás completamente loco! ¡Ya tenemos suficientes animales en esta casa!

—¡Pero no suficientes calvos! —argumenté.

—Suficientes calvos también: y por si fuera poco te está marcando tu papá —me dijo mientras señalaba mi celular.

Si por «suficientes perros» se refería a los cinco shih tzu que vivían con nosotros, tres de los cuales nacieron en la pandemia, se quedaba corta. Pero no podíamos haber regalado ninguno: mis dos hijas lo habrían impedido con sus vidas.

—¡Pero si es como Annie, la huerfanita!: ¡es el Annie de los perros! —clamé, mientras silenciaba el teléfono.

—¿Pero no dices que es calvo? ¡Annie tenía afro!

Acá es necesario que les haga una confesión. Como les comenté, a mis casi cincuenta años tuve que convertirme en youtuber impulsado acaso por un instinto de supervivencia: antes de padecer aquella metamorfosis, fui un periodista especializado en revistas, lo cual equivale a decir, hoy en día, que uno es experto en limpiar las

cabezas del Betamax. Anoten eso. Vivir de editar revistas es como vivir de disfrazarse de Naranjito, la mascota de España 82: un trabajo que hoy en día ya no sirve para nada. Si recuerdan a Naranjito es porque tienen al menos cincuenta años.

Estudié, pues, Literatura, porque quería ser periodista de medios impresos; también porque me gusta la poesía, me da consuelo en el disparate de la vida.

Pero todo fue en vano. Cuando creí que tenía solucionada mi vida laboral, las revistas naufragaron y a las carreras tuve que someterme a una inmersión en el mundo digital que, como ha sucedido con casi todos los que lo han hecho, me idiotizó: caí preso en un bucle en el que necesitaba ser viral, ganar clics, leer comentarios. Haber estudiado la obra de Borges para descender a un espectáculo tan deplorable era deprimente. Pero era así: tener vistas me obsesionaba. A diferencia de Borges. Vaya paradoja.

La historia del perrito alopécico y rechazado que vagaba en las calles y a quien nadie quería acoger me conmovía, claro que sí. Pero no puedo negar que en un primer momento lo quise para grabar un video que tuviera éxito. Porque en el mismo mes en que sucede esta historia, deben saber que había llegado al país el famoso youtuber Beto Botero, mi inspiración original, para lanzar su libro *Lama al can*.

Los estrategas de mercadeo de la editorial inventaron entonces un concurso entre influenciadores digitales para que quien recogiera más visualizaciones promoviendo aquel lanzamiento obtuviera como premio grabar un video en colaboración con él. Grabar un video con Beto Botero significaba al mismo tiempo acumular por arrastre por lo menos doscientos mil nuevos seguidores: codearse con el maestro de todos los youtubers, el más grande influenciador de lengua

hispana, el chileno más universal de todos los chilenos, por encima de Pablo Neruda, aunque no de don Francisco, su predecesor del programa *Sábados Gigantes*; si alguno de ustedes recuerda a don Francisco es porque tiene más o menos mi edad.

Imaginaba el brinco digital que obtendría mi prematura carrera de youtuber gracias a la garrocha inmensa que significaba grabar en colaboración con Botero, y la ansiedad me devoraba a mordiscos: con un solo video, podría traspasar el millón de suscriptores. Sería mi primer video viral de verdad: viral de los que se comparten en otros países, por fuera de Colombia. Y gozaría en adelante de una carrera de fama sideral, de presentaciones apoteósicas —porque todo youtuber termina vendiendo boletas para sus propias presentaciones— con las cuales podría reemplazar mi vieja y obsoleta trayectoria de periodista de los de antes: periodista de tinta, trasnocho y bebida en los cierres de edición, cuando había que cumplir con los turnos de la imprenta y las revistas se distribuían con camiones que las repartían por toda la ciudad. Era la forma de entonces de ser viral.

En mi libreta de anotaciones —pues como un hábito heredado de mi vida de periodista analógico anotaba todo en una pequeña libreta, jamás en el celular— había escrito el dato de que el 37% de videos que más se comparten en YouTube se relacionan con animales. De modo que les pido que imaginen el video: el perro marginado por ser calvo que al fin consigue hogar gracias a un escritor calvo que se volvió youtuber: en complemento con Beto, un youtuber que se convirtió en escritor y que, encima de todo, lanza al mercado un libro que se llama *Lama al can*. Cada pieza encajaba a la perfección: parecía un soneto. Mi video canino sería una pieza

imbatible, el pasaporte definitivo a la gloria digital y el primer peldaño —por qué no pensar en grande— de una gran amistad con el maestro Botero.

Pero mi esposa, tan habituada a adoptar personas sin preguntar a nadie, tan dedicada a ayudar a la gente desde la tienda que acababa de montar, no cedía. Con la misma boca con la que pedía a un viejo en una esquina que se subiera al carro para comer en la casa y cambiarse de ropa, impedía que un perro humilde encontrara hogar.

Discutí con ella durante más de media hora: le dije que no podía seguir viviendo si sabía que existía, bajo mi indiferencia, un perro al que rechazaban por ser calvo; acudí a la máxima básica de que calvo ayuda a calvo; le pedí que recapacitara. Incluso pasé al chantaje emocional:

—Me sorprende que no puedas darme gusto en algo que para mí significa mucho y en cambio a ti no te quita nada.

Que sí le quitaba. Y que la casa iba a oler a perro.

—Pero no más que ahora… —defendí mi punto—: ¡si ya hay cinco perros!

—Puede que no huela más a perro, pero va a oler más a calvo.

Mi esposa suele ser una mujer amable y de buen corazón, pero cuando se le fija una respuesta en la cabeza, se encierra en sus razones como en una cárcel y tira la llave.

En dispersos libros sobre perros había leído frases que quizás ya no resulten originales para quienes aman a los animales: que los perros son mucho mejores que los seres humanos; que la única manera de conocer la lealtad en estado puro es recibiendo un perro en la casa, en la vida: es volviéndose amigo inseparable de un perro.

Que la diferencia entre los perros y los humanos es que a los perros nunca se les pasa el amor.

En vano se las dije a mi esposa.

—Tengo cinco perros: sé perfectamente lo bueno que es tener perros. Pero cinco son suficientes.

Sonaba como nombre de una comedia ochentera: cinco son suficientes, tres son compañía. Porque quizás tampoco les he contado que una parte de mí se quedó en los años ochenta.

—¿Sabes en número de visualizaciones lo que puede significar para un youtuber calvo encontrar un perro calvo? —arremetí de nuevo, esta vez con otro tipo de argumentos.

—Sí: desde que te volviste youtuber rejuveneciste, ahora pareces de cinco años. ¿Quieres adoptar un perro solo para ganar seguidores? ¿No te da vergüenza?

—¡Y para promover el amor por los animales! —me defendí, ofendido.

Mi alegato fracasó. Mi esposa hundió sus tristes ojos verdes en el libro, absorbida por la lectura de aquel ensayo que describía el género como si fuera un pañal: una sensación fluida e intercambiable. No se lo dije, porque me habría regañado: habría dicho que envejecí como un anciano facho, con la misma facilidad con que antes me había dicho que parecía de cinco años. Quizás tenga razón. Quizás eso signifique tener cincuenta años: actuar a veces como un niño ingenuo y a veces como un viejo de derechas, y en cualquier caso producir lástima.

—¡Te prometo que ni siquiera lo vas a sentir! —le dije como último intento.

—No es momento para hablar de sexo —respondió.

No supe qué responderle, y cuando se me ocurrió ya había pasado el *momentum*, que es algo que me sucede con frecuencia. Además, mi hija mayor había puesto a todo volumen una canción de reguetón que se desparramó por la casa entera como una espesa y espantosa mancha de aceite. En ese instante también ingresó a mi celular una metralla de mensajes de audio de mi papá; y mi otra hija salió de su cuarto y dejó la luz encendida. Y mi cotidiana existencia de señor de cincuenta años se derrumbó sobre mi cabeza como una torre, una vez más, y no me quedaban fuerzas de alegar nada, ni de decir nada.

—¡Apaguen las luces, carajo! —grité como última cosa mientras el universo se me derrumbaba sin ideales ni esperanza, y me sentía solo, como un perro en su guacal. Y el dueño de la tabaquería se sonreía.

Caía el sol esa mañana de domingo sobre el Instituto de Perros Abandonados. Se abría una magnífica jornada de adopción y Bogotá refulgía bajo un cielo tan azul y despejado que no parecía Bogotá.

Una mujer acompañada de dos niñas adolescentes se acercó a Ricardo:

—Perdón, señor, buscamos a un perro calvo: ¿es acá? —le preguntó.

Ricardo sonrió: nunca había imaginado esa expresión, «un perro calvo», pero no tuvo que tomarse mucho tiempo para comprender a quién buscaban.

—Vayan allá —les dijo señalando una línea de gente que desembocaba en la ventanilla de «Formularios de adopción».

Las tres mujeres caminaron hacia la fila, mientras Ricardo corría hacia el guacal de Serafín, para advertirlo:

—Te dije que esta iba a ser tu semana —le susurró mientras le consentía el disparejo lomo de pelos desenhebrados.

Las tres mujeres guardaron la fila hasta que fue su turno.

—Llenen este cuestionario y cuando esté listo pasen a ventanilla dos —les indicó el funcionario.

Llenaron el cuestionario. Pasaron a ventanilla dos. Querían adoptar, a manera de sorpresa, al perro que nadie quería adoptar para dar un respiro de alegría a su esposo y progenitor: a ese pobre

hombre desubicado, tan inmaduro como viejo, que había leído en la condición capilar del pobre animal un signo del destino.

Imaginaban surtir todos los trámites en la tarde, llegar con el perro en la noche, coronarlo bajo un moño de regalo gigante, timbrar y demostrarle al padre de la casa que tenían suficiente paciencia para seguir sus obsesiones. Y también para demostrar a aquel perro rechazado que en este mundo hostil siempre habrá una familia a la cual pertenecer, así se demore en llegar. Y así uno espere sin esperanza.

Pero unos minutos después, cuando estuvieron frente al funcionario del Instituto de la ventanilla dos, comprendieron que habían llegado tarde:

—Ese perro ya fue adoptado. Pero nos quedan muchos otros: puede ser Cloe, que es la que tiembla allá al fondo. O Tocino.

Como no se trataba de adoptar un perro cualquiera, sino ese perro, la mujer se anticipó:

—Tiene que ser el perrito que es calvo, señor: venimos solo por ese…

—Por eso le digo, mi señora: ese perrito ya se lo llevaron —dijo el funcionario.

—¿Y no hay nada que hacer? —preguntó la hija menor.

—Nada, niña… dejen pasar a la siguiente persona, por favor. ¡Siguiente! —gritó.

—¿Puede decirme al menos quién lo adoptó? —insistió la mamá.

—El señor que está allá —señaló el funcionario.

«El señor que está allá» era un célebre político de la capital, el senador Cancino, que aparecía con frecuencia en las noticias.

La mujer no dudó en abordarlo: caminó con grandes zancadas hasta alcanzarlo y se paró frente a él.

—Senador, le ruego el favor de que nos permita adoptar a ese perro —le dijo—. Se lo ruego.

Las niñas consentían al perro mientras el perro procuraba reconocerlas con el olfato.

—Es el perro más tierno que he visto —dijo la menor.

—Y el más feo —dijo la mayor.

El senador, por su parte, ni siquiera se inmutaba: tecleaba en su celular como si se encontrara en cualquier otro lugar del mundo.

La niña mayor, entonces, arremetió:

—Señor, es que este perro es calvo y el sueño de mi papá es tener un perro calvo —le dijo con su voz más suave.

Pero el senador ni siquiera se dignó a mirarla, seguía con la atención fija en su celular mientras sostenía, con las mismas manos, el lazo del perro.

—Ese perro —dijo la niña menor— tiene una enfermedad infecciosa, señor: ¡no se lo lleve!

A pesar de su apellido, al senador Cancino no le gustaban los perros, únicamente los golpes de opinión. Hacía algunos días había aparecido en las noticias el caso de una perra llamada Canela, adoptada por la bancada animalista del Concejo. La perra dormía a las afueras de la sede del Senado, pero la encontraron husmeando en el salón de la plenaria, y, en un momento de confusión, acaso porque se sintió atacada, la perra mordió a una funcionaria y los demás funcionarios del Senado decidieron expulsarla. A la perra. No a la funcionaria. Aunque ha debido ser al revés.

Tuvieron la mala suerte de que la prensa se enteró de la situación y la quiso graduar de noticia, y el abucheo de la opinión pública por haber echado a la calle al pobre animal fue general. En un golpe de astucia, entonces, al senador Cancino se le ocurrió reemplazar a Canela por Serafín, el perro que también acababa de asomarse a la fama de los titulares por salir en vano a las jornadas de adopción. Su idea —la del senador— era capturar la atención, salir de héroe. Así que poco le importaba el ruego de una adolescente o de la otra, o de la mamá de las dos.

Tan pronto como terminó de escribir en su celular, miró a una niña, miró a la otra, miró a la mamá. Y se largó hacia su camioneta sin siquiera abrir la boca.

—¿Y si adoptamos otro perro? —se resignó la niña mayor,

—No tiene sentido —le respondió la mamá—, tu papá no quiere adoptar un perro, sino un calvo… Al menos iba a ser una sorpresa y la frustración es solo para nosotras —dijo la mamá.

En ese momento sucedió un milagro.

El primero de este libro, que viene con tres milagros.

* * *

El milagro consistió en que el senador Cancino emprendía su retiro del centro de adopción arrastrando de la correa a Serafín: quería organizar una rueda de prensa con el perro más rechazado del país, el más famoso, y demostrar que quedaba gente buena, como él, que lo acogía en su corazón.

Arrastraba, pues, a Serafín, para subirlo en su camioneta blindada, cuando sin previo aviso el miserable perro lo mordió.

No se trató de un mordisco desgarrado y sangriento, en buena medida porque de los cuarenta y dos dientes que tiene un perro, a Serafín le quedaban apenas cuatro. Pero sí fue un arañazo brusco en el muslo que por poco despierta la reacción de los escoltas del senador.

—¡Este perro hijueputa me mordió! —lo maldijo Cancino, mientras amenazaba con pegarle con la mano abierta.

La mañana se paralizó. Las familias que recorrían el recinto se aglomeraron en torno al senador. Los funcionarios del Instituto lo atendieron.

—Doctor: vamos a la enfermería —le dijo, apenada, la directora, mientras le ordenaba con gestos a Ricardo que se llevara a Serafín a donde nadie pudiera observarlo.

Ricardo, efectivamente, lo regresó a su guacal con más tristeza que rabia:

—¡Cómo hiciste eso, Serafín!, ¡tu primer cliente en tres meses! ¡Cómo la embarras así! ¡Ni que fueras tú el senador!

Como si se resignara a su destino, Serafín olfateó el piso de cemento de su jaula, eligió un punto específico, dio tres vueltas sobre sí mismo, como siempre, y se acostó. No se podría decir que miraba con tristeza porque Serafín siempre miraba con tristeza. Se acomodó y se acostó y abrió la boca para dar un largo bostezo indiferente, mientras Ricardo cerraba la puerta y él se quedaba solo. Los demás perros seguían en la jornada, entregados a su mejor exhibición. El sol caía a chorros sobre el pasto mientras las familias se acercaban a preguntar por ellos. La cola de rata del perro más feo del mundo se enroscaba bajo sus patas y ahí quedaba aislado a

modo de sanción. Otra jornada invicto: ¿moriría acaso en ese lugar? ¿Alguna vez conocería una familia dispuesta a adoptarlo?

* * *

Les diría mentiras si supiera la hora exacta en que oí el timbre; debían de ser las siete de la noche, las siete y media, porque recuerdo que ese lunes estaba viendo el noticiero y tengo claro que en ese momento decían algo sobre un senador al que había mordido un perro el día anterior, el domingo, y justo ahí sonó el timbre y, como siempre, los cinco perros shih tzu de la casa comenzaron a ladrar como si los estuvieran quemando vivos, siempre hacían lo mismo. Si sonaba el timbre, derrumbaban la casa con aullidos.

Bajé entonces a abrir y esto fue lo que vi: en primer plano, a un perro pavoroso, medio despellejado, ligeramente cojo, con un moño de regalo gigantesco enredado en el collar. Lo seguían mis dos hijas y mi esposa, que grababa la escena con el celular.

Si de verdad quieren saber lo que sentí en ese momento, debo decirles que me emocionó: que ver a ese perro ahí, todo abollado, y ver a mis hijas detrás de él, y ver a mi esposa detrás de ellas, riéndose del resultado de su propia confabulación; y ver que todas me estaban regalando una sorpresa hecha a la medida de mis caprichos, únicamente para darme gusto, me conmovió. Y debo confesar también que me conmovió el perro: nunca antes había visto uno tan feo, pero a la vez con una mirada de desamparo tan abatida. Cualquiera sentiría la necesidad de cuidarlo.

Cuando me agaché para saludarlo ni siquiera pensé en el video que grabaría para participar en el concurso de Beto Botero. Prometo

que lo hice porque era lo que quería hacer; que me puse cursi, esa es la verdad: el maldito perro hizo que me pusiera cursi.

Allí, de rodillas, en la entrada de la casa, con mi esposa grabándome —este video se hará viral, pensé—, y mis hijas midiendo mi reacción con esa mueca tensa que aparece en la cara de quienes ofrecen una sorpresa, le hablé por primera vez a Serafín: quiero decir que le hablé de verdad, le hablé sin hablarle, como desde entonces lo hice. Le dije algo cursi. Le dije algo como «bienvenido, calvete», no sé por qué me salió así, calvete, pero les juro que así fue: «Bienvenido calvete. Era cuestión de tiempo para que llegaras a tu casa de siempre… Esta noche no regresarás a tu jaula».

Me di vuelta para entrar a la casa de últimas, con el perro atado a la correa y esa cinta de regalo sideral, que todavía no le había quitado.

Se la desamarré cuando terminé de entrar. Y entonces les di un abrazo a mis hijas y a mi esposa, un abrazo colectivo, como de jugadores de fútbol. Y le di un abrazo a él.

Y fue en ese momento cuando me mordió.

* * *

Porque Serafín me mordió dos veces, y esa fue la primera.

Yo sé que ustedes imaginan que esta historia terminará con el típico mensaje de que yo no fui quien adoptó a Serafín, sino Serafín el que me adoptó a mí, y que lo que sigue en estas páginas es leer consejos de superación personal escondidos en la novela de iniciación de un hombre que entra en la mediana edad. Contar la

forma en que el perro callejero del que nadie quería saber al final me rescató de algo, no sé de qué (¿de mí mismo?, ¿de la desolación en la que me sumía la muerte de mi mamá?). E imagino que también suponen que, gracias a Serafín, triunfé, y que el video para promover esa extraordinaria obra literaria escrita por el narrador y poeta digital Beto Botero fue el más viral de todos los que participaron. Y que gracias a ese triunfo pude grabar mi primer contenido digital de millones de visualizaciones, compartido más allá de las fronteras colombianas: un video global de verdad, como el del niño gordo mexicano que se cae atravesando un puente, «Edgar se cae»: recordar ese video es una forma de estar viejo.

Todavía no les pienso contar. Y sea como sea debemos ir por partes y recordar de todos modos que esta no es la historia de mi vida, sino la de mi infarto.

* * *

Pero volvamos más atrás, cuando me convertí en youtuber, nada más y nada menos que por culpa de Beto Botero. Tiempo antes de que un infarto me sacudiera el tórax y la garganta, mi vida era más o menos sencilla y ordinaria: estudié Literatura, como ya saben; conseguí trabajo en una revista, como anticipé. Y escribía textos de humor que luego compilaba en libros. Imitaba, en síntesis, una vida semejante a la de mi papá, de quien heredé el oficio y la calidad del pelo.

A mis hijas tuve que explicarles que las revistas son unos extraños adminículos que, unas décadas atrás, hacían las veces de teléfonos inteligentes, aunque sin sim cards para realizar llamadas: servían

para informarse o como simple entretención. Constaban de unas láminas de papel impresas con letras y fotografías, no requerían de carga eléctrica y por eso nunca se descargaban.

Pero mi vida laboral llegó a su prematuro final cuando aparecieron las redes sociales, y entonces terminó todo el trabajo para el que me había preparado por años.

Cuando cerró la revista en la que trabajaba, deambulé en el mercado laboral en asuntos que podían parecer compatibles: di clases en un colegio, fui copy en una agencia de publicidad. Hasta que descubrí el mundo de los youtubers durante una firma de libros que la editorial organizó para uno de mis títulos de humor. Sucedió en la Feria del Libro de Bogotá. Los editores procuraron promover su venta con un ejercicio en persona de firmas con el autor: a lo mejor de esa manera resucitaba aquel libro semimuerto, que agonizaba en su propia nimiedad.

—Acepto siempre y cuando no me toque hablar en público —recuerdo que le dije al encargado de la promoción, porque la misma idea del gentío en el recinto me producía angustia, sudoración, agite: el comienzo de un ataque de pánico producto de mi sofocante fobia a hablar en público.

Fui, pues, a la feria aquella. Estamos hablando de sucesos que acontecieron hace relativamente poco. Me acompañaban mis hijas, que para entonces estaban al borde de la adolescencia, todavía a salvo de ella.

Corferias parecía una estación de Transmilenio. Estaba a reventar.

—Un pueblo que lee es un pueblo que labra su destino —sentencié ante la organizadora de la editorial.

—No es que lea: es que Beto Botero está firmando ejemplares de *Lama al can*, su primer libro —me explicó.

—¡Beto Botero! —reaccionó con júbilo la menor.

—¿De dónde es ese autor? —pregunté admirado por sus precoces conocimientos literarios—: ¿a qué movimiento pertenece?

—¡Es un youtuber! —me corrigió, entre suspiros, la mayor—: ¡Es tan lindo!

—¿Un qué?

—Un you-tu-ber.

—¿Y qué es eso?

—¿De verdad no sabes qué es un youtuber? —me dijo, avergonzada, la mayor—. Pues una persona que graba sus propios videos…

Y fue en ese momento cuando me presentaron lo que era un youtuber. Mis hijas me mostraron uno de sus videos, y se trataba, efectivamente, de un muchacho que se filma a sí mismo haciendo monerías: comenta asuntos que le atañen —las cosas que detesta, su orientación sexual, el número de huevos que es capaz de reventarse en la frente— en una grabación de edición frenética y entrecortada, salpicada de onomatopeyas, en la cual cambia de tonos de voz como Anuel cuando le recuerda a su novia que ella no es bebesita sino bebesota. O cuando puja en el baño.

Rumié mentalmente aquel video semejante a un taladro, mientras avanzaba por el recinto y me acomodaba en el pabellón en que debía firmar ejemplares. Para alivio de mi ataque de pánico, la fila era corta. La componían cuatro personas, dentro de las cuales sobresalían mis dos tías, una bola de heno y un señor que me confundió con mi papá.

A los dos minutos había cumplido con mi misión, y cuando buscábamos la salida hacia el parqueadero, la horda de fanáticos del famoso Beto Botero hizo colapsar los galpones de la feria. No se podía caminar: no había lugar. Hordas de adolescentes lo cubrían todo: engordaban una fila que se enroscaba en sí mismo, en cientos de curvas, para poder conocer al autor: a sus veintidós años, el tal Botero firmaba miles de libros, vendía montañas de libros, a jóvenes fanáticos que morían en vida por tomarse una foto con él.

Recuerdo que no lo pude soportar. Que aquella semana suscribí una carta de intelectuales liderada por un novelista en la que nos quejábamos ante los organizadores de la feria por contaminarla con youtubers. Que la publicamos en todas las revistas y los periódicos impresos de la ciudad. Y que por eso nadie la leyó.

Pero mi epifanía sucedió la noche del viernes de esa semana. El tema de Beto Botero era ya una obsesión que no podía evacuar por ninguna cañería de la cabeza: era mi único pensamiento.

Entre pucheros ofendidos, juré ante mi esposa que no volvería a asistir a un evento puerilizado por culpa de los youtubers. Ante mi esposa y ante una señora Carmen que estaba con ella, con mis medias preferidas.

Mis hijas, entre tanto, repetían los videos del tal Botero y la risa me llegaba por oleadas, desde su cuarto. Y fue allí mismo, en medio de la frustración y del agobio y de la ira contenida de ser un autor menor, cuyos libros no circulan, y un periodista viejo a tan temprana edad, que tuve una revelación: si para vender libros en estos despreciables tiempos de hoy es necesario convertirse en youtuber, me volveré youtuber. Y me juré a mí mismo que sería un youtuber de la tercera edad: que grabaría videos epilépticos sobre el examen

de próstata, la duración del guayabo, la calvicie, mi vida marital, y todo lo que sucede en la mediana edad, la peor de todas. Me juré a mí mismo que sería famoso. Que vendería montones de libros. Que tendría cientos, miles de seguidores. Que sumarme a la época sería mi manera de derrotarla.

Parecía una broma, entonces, que ese fuera el mismo Beto Botero que, un par de años después, regresaba a Bogotá para lanzar su segundo libro, titulado *Lama más al can*. Casi se agota al pensarlo; casi se queda sin neuronas. El youtuber que se quería consagrar como escritor lo hacía a través del concurso en el que yo, el escritor que se volvió youtuber, pensaba participar. Díganme ustedes ahora, con la mano en el corazón, si la vida tiene sentido.

* * *

Lo primera reacción de Serafín al entrar a su nueva casa fue de parálisis: los cinco perros shih tzu se le vinieron encima como un aluvión, a olisquearlo, mientras él se quedaba quieto.

Pensé en ese momento que reaccionaba desde su esencia de perro callejero, pero agradecido; que semejante cuerpo lleno de calle y de cicatrices apreciaba el cobijo de un hogar.

Del collar todavía colgaba el moño gigantesco con que mis hijas y mi esposa lo habían decorado, y la casa entera giraba en torno a él. No solo lo examinaban los perros. También mi familia. También yo. También Mariete. También un anciano que apareció desde la puerta de la cocina vestido con mi sudadera preferida al que mi mujer había recogido aquella tarde. Todos admirábamos expectantes la novedad

del hogar: el perro E. T. Ese nuevo miembro de la familia que provenía de otro planeta para unirnos por completo.

La felicidad era esto, pensé: la familia reunida en torno al perro. La casa en calma. El anciano que regresa a la cocina a coger más y más cosas de la nevera. El equilibrio. Ninguna luz prendida.

Cuando me acerqué a liberar a Serafín del moño que debía estorbarle como un yugo —quiero decir, cuando me tuvo cerca, cuando tuvo mi cara casi frente a la suya— me lanzó un mordisco seco y repentino: sentí los dientes sobre el hueso duro de mi frente, cuatro dientes que resbalaban rasgando la piel hacia abajo, con violencia, mientras yo reaccionaba con un grito y mi esposa jalaba al perro y lo llevaba a rastras al jardín: ese, pues, era el perro calvo, el famoso perro calvo al que tanto había deseado rescatar. Once jornadas de adopción sin que nadie se lo llevara que han debido ser muchas más, que han debido ser todas. De esa forma pagaba a la única familia que se había interesado por él. Se merecía que se lo llevara el senador Cancino.

Mi esposa, pues, jaló a Serafín al jardín, y allá lo dejamos durante unas horas, mientras me revisaban la herida y yo constataba que el rasguño era como mi propia vida de señor de cincuenta años: algo sin importancia, una huella que en cualquier momento cicatriza y se olvida.

* * *

Para saber cómo fue el segundo mordisco que me lanzó Serafín, deben leer el libreto que escribí para competir en el concurso de Beto Botero. Porque grabar videos para una persona sin retención ni

memoria es un suplicio que resolví escribiendo un guion que repito línea por línea frente a la cámara.

DANNY Y SERAFÍN JUEGAN EN UN PARQUE: DANNY SE TIRA AL PISO Y SE REVUELCA CON SERAFÍN.

EN VOZ EN OFF ESCUCHAMOS LA VOZ DE DANNY:

Cuando uno adopta un perro, cree que está rescatando a un animal, pero es el animal el que lo rescata a uno…

El que le enseña qué es la gratitud, el desinterés…

Y demás asuntos del don de la lealtad del que los humanos carecemos…

CORTE A:

PLANO DE DANNY DE RODILLAS Y DE SERAFÍN QUE ESTÁ SENTADO A SU LADO.

DANNY (MIRANDO A LA CÁMARA):

A un perro jamás le importaría que su humano fuera calvo.

Y por eso Serafín, el perro al que nadie quería adoptar, me adoptó a mí.

Que los lamba un chivo a los que no adoptan.

SOSTENIENDO EL LIBRO DE BETO BOTERO:

Y que lo lamba un chivo a quien no compre el libro de Beto.

DANNY ABRAZA A SERAFÍN Y MIRA A LA CÁMARA:

Lama al can. **PAUSA**. Y más si el perro es calvo. **SERAFÍN LAME A DANNY**. Dejen un like, compartan este video y etiqueten a Beto Botero.

FRANJA DE COLORES.

Me dispuse entonces a grabarlo, pero en este momento debe entrar en escena Mariete, mi sobrino de veinticinco años, mi complemento capilar, mi asistente de mi carrera de youtuber, el optimista de contagiosa risa de idiota que siempre estaba junto a mí.

Mariete sujetó el celular con las dos manos, de modo horizontal, como le enseñé, e hizo un gesto con la cabeza.

—Me dices cuando estés grabando —le pedí.

Movió la cabeza.

—Me dices…

La movió de nuevo.

Pasaron diez, quince segundos.

—¿Y? ¡Avísame!

—Ya, ya estoy grabando hace tiempo —me dijo—: ya hice el gesto de grabando.

—¿Cuál gesto?

—Ya moví la cabeza, que es mi forma de decir «grabando».

Ese es mi sobrino Mariete, un muchacho que nació en España pero se vino a vivir a Colombia porque en España los periódicos estaban en quiebra. Desde hace cinco años aterrizó en mi casa. Sobra decir que es periodista. Sobra decir que hacer parte de una familia de periodistas de periódico es como hacer parte de una dinastía del télex, o de algo semejante. Sobra decir que también tuvo que convertirse en otra cosa: por ahora en un asistente que mueve la cabeza en lugar de emitir vocablos.

Me di paciencia pensando que cuando ganara el concurso para grabar con Beto Botero, y mi canal de YouTube estallara en plata y patrocinios, podría trabajar con profesionales: un editor de verdad, un productor, al menos alguien que no comiera con el apetito de

Mariete o que por lo menos fuera capaz de decir esas tres sílabas, «grabando», en lugar de mover la cabeza.

Mientras eso sucedía, sin embargo, este era el único recurso que tenía a mano: mi sobrino postadolescente que por lo menos no me cobraba. O a quien por lo menos yo no le pagaba. Aunque le daba posada. Y dejaba prendida la luz de su cuarto cuando salía.

Él mismo se había enterado, en el corredor de chismes de los creadores digitales, de quiénes serían nuestros contendores en el concurso de «Graba un video con Beto Botero»: nada menos que los mejores creadores digitales de Colombia. La popular youtuber Kika Nieto, el célebre Sebastián Villalobos y, mucha atención, la famosísima instagramer PaolitaPaoPao, actriz y modelo, cuyas curvas con filtros seguían más de tres millones de personas. Era un rumor apenas, es verdad. Pero si participaba estaríamos muertos. PaolitaPaoPao es un verdadero fenómeno digital, una mujer experta en mercadeo que había crecido en seguidores desde que transmitió en tiempo real el nacimiento de su primer bebé: fue el primer live de un parto. Tener un hijo le abrió una trocha de contenidos a través de la cual le caían seguidores como moscas. Fue una jugada maestra.

Su bebé se llamaba Matías, pero ella le decía «mi Mati». Y nos contaba a sus seguidores pormenores de su evolución en cada uno de los aspectos, desde el cuidado en el momento en que Mati evacuaba los gases, hasta las dificultades con el calostro que padeció ella misma, la misma PaolitaPaoPao, solucionadas gracias al succionador Philips Avent que nos mostraba a todos, de tantas formas como fuera posible, en un contrato que debía ser más jugoso que el calostro mismo: qué porquería de frase.

¡Cuántas modelos hermosas, de tersa piel de foca, capaces de retratarse en las islas Fiyi y de invitar a sanar al mismo tiempo, a aceptarse y a quererse como son, abundan en Instagram! ¡Y cuántas ganas me daban a mí mismo, un burdo periodista intoxicado de odio por chapotear en el barro de su cuenta de Twitter, de ser un espécimen de ese mundo perfecto! ¡Revertir mi vasectomía para organizar una fiesta de explosiones de humo rosado o azul para que mi esposa y yo descubriéramos el sexo de nuestro cigoto! ¡Tener un hijo al cual honrar, acreditar las vacaciones en videos impecables, publicar en colaboración con actrices magníficas que celebraran la planicie de su explantación con una foto en la playa! ¡Lanzar consignas para que los demás vivan mejor, vivan el ahora con frases que podrían convertirse en regaños, del estilo de «haz ese viaje, regala ese abrazo, cómete ese helado»! Y en esa misma línea: «Métete la camisa, paga los recibos, ¡apaga esa luz!».

El asunto es que mis bamboleantes pechos de señor gordo son voluminosos, pero no son nada frente a los suyos y, en caso de animarse a participar, PaolitaPaoPao lo tenía todo para ganar.

Sus seguidores le darían like en bloque a lo que subiera.

Por eso, al enterarme de que ella entraría en el juego, una sombra de decepción prematura me quitó el optimismo, y por un instante inmenso vislumbré que nada tenía sentido, y pensé en rendirme y despejar la avenida. Decirles a los demás: ahí tienen a su Beto Botero. Hagan lo que les dé la gana con él. Mis esfuerzos no fueron sino rocío de los prados. Los evaporó el primer sol de la mañana con sus manos calientes.

Alcancé a planteárselo a Mariete.

—¿Tío, pero no te das cuenta de que lo nuestro es cojonudo? ¿Que nadie más tiene un perro calvo? ¿Que no existen youtubers de tu edad y eso ya te vuelve un bicho raro que todos quieren ver? ¡Anda ya! ¡Vamos a grabar, cojones! ¡De todo esto nos reiremos con Javier! —me respondió.

—¿Quién es Javier? —le dije.

—¡El del libro!

—¡Es Beto, Mariete!

—¡Es igual!

Mariete siempre decía «es igual» cuando se equivocaba con un nombre, con una cifra. O cuando enfrentaba cualquier desavenencia. O cuando observaba a una persona calva y con barba y gafas: la señalaba, me señalaba a mí, y decía «es igual».

Pero así era Mariete. Era su mantra contra las tragedias de estar vivo.

—¿Te dejó tu novia, Mariete?

—Es igual.

—¿A tu tío le dio un infarto, Mariete?

—Es igual.

Cuando perdía fuerzas, Mariete me obligaba a recuperarlas. Si mi historia no fuera la de un youtuber de cincuenta años y de su miserable infarto, sino las aventuras del Quijote y Sancho Panza, Mariete sin duda alguna sería, si no Sancho, por lo menos el burro de Sancho, que a diferencia de Rocinante no tenía nombre.

* * *

Los organizadores del concurso «Graba tu video con Beto Botero» habían fijado como fecha límite el lunes de la siguiente semana, a las siete de la noche, para publicarlo en la red. Todos los influenciadores que quisiéramos participar debíamos subirlo al mismo tiempo.

Por mí habría abandonado el esfuerzo de participar ahí mismo, pero frente al entusiasmo de Mariete no había remedio.

De modo que tomé de nuevo el libreto y me aventé con fuerza contra esas dos oraciones finales con las que debía cerrarlo con un moño triunfal. Lo remacharía con esas palabras y Serafín me lamería: lama al perro pero al revés, el perro me lamería, en un juego de paradojas muy digno del barroco español, periodo en que me especialicé cuando estudié Literatura: leí casi todo Góngora, leí casi todo Quevedo, ¡leí a Lope de Vega!, para terminar en esto, para ser este señor arrodillado junto a un perro tan alopécico como él, al que Mariete anuncia con un movimiento de cabeza que ya está grabando.

—Y que lo lamba un chivo a quien no compre el libro de Beto: lama al perro. Y más si el perro es calvo.

Y, como lo habíamos planeado en el libreto, acerqué la mejilla a Serafín, para que me lamiera.

Esa fue la segunda vez que me mordió.

—¡Quedó cojonudo! —dijo Mariete, con los ojos llenos de brillo.

—¡Cuál cojonudo, chino marica! —le grité mientras me llevaba las dos manos a la cara para paliar el dolor de la mordedura—. ¡Nos toca grabar de nuevo!

—¿Qué dices? ¡Si con ese mordisco no se vuelve viral el video, me corto un huevo! ¡Te lo apuesto!

No sé con cuántos huevos nació Mariete pero siempre los apuesta.

Me llevé al perro a rastras mientras lo regañaba y Mariete repasaba el material en su celular.

—¡Me descojono! —me dijo mientras se ría.

—Ya, ya, Mariete.

—¡Con esto ganamos! —repetía con júbilo.

—¿Y si PaolitaPaoPao participa?

—Es igual.

No entiendo aún cuál es el sentido de que a esta edad escriba mi gran libro de iniciación; de que pretenda ser mi propio guardián entre el centeno en un lugar sin importancia llamado Bogotá a una edad en la que en cualquier momento me brota un cáncer a traición. Es algo que sucede cuando uno tiene cincuenta años. Visualizo a un doctor regordete —no sé por qué, pero siempre lo imagino calvo y regordete, como mi profesor de Matemáticas— que me manda a hacer exámenes y al recogerlos me dice:

—Tome asiento, por favor. Las noticias no son tan buenas.

No sé por qué me dio por escribir este libro, que es una forma de recoger mis pasos y de contar el infarto que cambió mi vida, pero si algún día mi biografía apareciera en Wikipedia, el texto que redacte la inteligencia artificial tendría que decir que aquel video que grabé con Mariete partió mi vida en dos.

Antes de publicarlo, mi biografía era la modesta gesta silenciosa de una persona capaz de resistir las vicisitudes de haber nacido. En eso se parecía a la biografía de todos los seres humanos. Les dije que fui un niño calvo, el único calvo del salón, y que recibí burlas de gente que, naturalmente, me tomaba del pelo. Avancé en el bachillerato sin amigos. Me disparaban apodos como flechas que me caían no digo que en el corazón, sino en la coronilla: «Cabezaehuevo», «Bolaebillar». Nunca tuve novia porque asumí desde siempre que ninguna mujer sería capaz de recibir como pareja

al calvo del colegio, al fenómeno del circo. Y, aun así, procuré integrarme, nadie puede decir que no: nadie puede decir que no lo intenté. Y las veces que lo hice fue porque mi mamá me daba ánimos.

—Que se rapen ellos a ver si algún día consiguen llegarte al menos a los talones —me animaba.

Para mi mamá siempre fui brillante. En todos los sentidos. Y ahora puedo decir que si me puse de pie cada día fue por ella. Si soportaba ser el único niño del salón al que no invitaban a las fiestas, fue por ella. Fiestas en las que ponían música de Compañía Ilimitada, de Hombres G; música que sí era música, no como la de Maluma: «Sufre, mamón, devuélveme a mi chica / o te retorcerás entre polvos picapica», cantaba en mi cuarto, con el casete puesto a todo volumen, mientras los demás bailaban en la casa de alguien.

No digo que David Summers, el cantante de Hombres G, fuera Jorge Luis Borges, pero al menos no decía: «Estoy enamorao de cuatro babies, / chingan cuando yo les digo, / ninguna me pone pero», como Maluma. Para no citar a Anuel, el reguetonero tartamudo, el Demóstenes de la canción moderna, que dijo: «Ya no me miras igual / No ere' la mujer que conocí (oh-oh-oh-oh-oh). / No veo el intento de arreglarlo / Razone' de quedarme aquí (oh-oh-oh-oh-oh-oh)».

Horribles canciones escritas por personas inmundas que nacieron a años luz de Sabina y fueron concebidas sin alma, o por lo menos sin oído.

Por las épocas de aquellas fiestas a las que nunca me invitaban, las ventanas de las casas tenían una equis trazada con cinta de enmascarar para que las bombas de Pablo Escobar no desgranaran

los vidrios como granizo. Por esos tiempos también hubo un apagón en el sistema eléctrico del país que duró casi dos años, y asistir al colegio era una forma de morir en vida, porque tocaba esperar el bus cada mañana sin la luz solar: las seis de la mañana en realidad eran las cinco de la madrugada; las cinco, eran las cuatro. Era la famosa «hora Gaviria». Mi prematura calva de adolescente la sufrió de verdad. Quedaba tapizada de perlas de escarcha cada vez que salía al paradero de noche para esperar la buseta.

Pero todo lo atravesé porque mi mamá me dio ánimo, y a veces siento que todavía avanzo en esta inútil maraña de días, en este bosque de días sin sentido, gracias al maravilloso empellón que me dio desde el comienzo. Su desprendimiento general no consistió en darme la vida sino en entregarme la suya. Y en limpiar los sifones en los que, después de cada ducha, flotaba un nido de pelos: cachumbos que se arremolinaban por kilos en las baldosas y había que sacar a la basura en costales.

* * *

Si quieren entender por qué me sobrevino un infarto a mis cincuenta años deben saber que mi papá se separó de mi mamá cuando yo ni siquiera caminaba y que desde entonces ella aprendió a ser una madre solitaria, que es peor que ser una madre soltera; que fue una de las primeras señoras separadas de Bogotá, y que de golpe por eso la iluminó desde siempre una tristeza pacífica que la ennoblecía y de la que nunca hablaba. Una tristeza que escondía para impulsarme en mi difícil vida de calvicie prematura: me llevaba al médico y gastaba las fortunas de las que carecía en tratamientos

y medicamentos hormonales que no servían para nada. En una espiral descendente, pasamos de los infructuosos endocrinólogos a remedios menos occidentales: un médico cubano que hacía milagros, una señora cuyos masajes capilares habían hecho brotar lamas de pelo de las calaveras. Indios amazónicos. Brujos de la Caracas. Una anciana que me obligó a untarme una pomada hecha a base de caca de paloma durante trece meses. Todas las noches. Un señor del barrio Olaya que supuestamente estudió acupuntura en China y me sembró de espinas la calva. Tratamientos fallidos, la mayoría insólitos, que confluían en la única cura posible, que es la aceptación y, en menor medida, la cachucha. Pero yo desde siempre detesté las cachuchas: no existe nada menos elegante que una cachucha. Y perdí todas las que llevaba al colegio porque los alumnos de los cursos de arriba me la quitaban y se la pasaban unos a otros, mientras yo los perseguía torpemente.

Mi papá, por su lado, me enseñó que el humor es la forma más práctica de aceptarse y que burlarse de uno mismo era la única fórmula para dejar sin armas a los enemigos. Siempre me repetía la anécdota del coliflor:

—En el colegio me decían «Coliflor» y siempre me daba rabia, y mientras más rabia me daba, más me llamaban «Coliflor» —sermoneaba en cada sobremesa—; solo dejaron de decirme así el día que llegué masticando un coliflor. «Me volví caníbal», les decía a los del salón, mientras me celebraban el chiste. Si ven que no te duele, te dejan de joder.

Siempre falté a la misa obligatoria, a la cual, naturalmente, no se podía ingresar con gorro: consecuencias naturales de una religión en la que, por su aspecto, el mesías podría haber sido centro delantero

de Boca Juniors. Otra habría sido mi historia si hubiera creído en el Buda. Y desde muy joven, y a la manera de Augusto Monterroso, un autor que descubrí por aquellos años, comprendí que los calvos tenemos un sexto sentido para reconocernos entre nosotros mismos, un instinto secreto que nos lleva a conectarnos con otra persona calva.

Mis pocos amigos, por eso, terminaron siendo los profesores, en especial los profesores calvos. El de Matemáticas, por ejemplo, el profesor Zárate: un tipo seco, regordete y horrible, al que todos temían y con quien compartía no solamente la misma condición capilar, sino el mismo tipo de calvicie. Porque las calvas del mundo no son iguales, y la mía, desde siempre, parecía una calva de notario: a diferencia de lo que sucede con los sacerdotes, por ejemplo, cuyas calvas se expanden de la coronilla hacia afuera, mi calva, y la del profesor Zárate, era una plasta que se regaba desde la frente hacia atrás, abrazada por una suerte de pelo meridional que recubría las orejas.

—¿El señor Daniel sí podrá despejar X o el frío de la cabeza no lo deja? —me pullaba a veces, como si él fuera Alberto Tarantini. Si saben quién fue Tarantini tienen más o menos mi edad.

—Ya lo hice y quedó tan despejada como mi cabeza, profesor.

Nunca tuve que estudiar. Me pasó todos los exámenes. Me gradué sin problemas y decidí inscribirme en Literatura porque me gustaba leer. Cuando lo dije en el colegio, el profesor Zárate pronosticó que sería el próximo Italo Calvino.

En la medida en que fui creciendo, ser calvo dejó de ser una rareza, de modo que cuando conseguí trabajo en la revista, mi

coronilla abierta al mundo como un cuero de tambor era una marca pero no un estigma: incluso un atractivo.

Pude constatarlo con una redactora con la que me crucé miradas desde mi primer día de trabajo, porque poco antes de terminar la carrera conseguí ubicarme como practicante en una revista de actualidad.

Era bajita y tenía los ojos color verde oscuro. De ella me volví cómplice por un ataque de risa que padecimos ambos en el primer consejo de redacción, al que asistimos en condición de primíparos. Cada lunes, el director de la revista citaba a una lluvia de ideas a toda la redacción, pero aquella vez llevó a un invitado especial que nos iba a explicar no sé qué cosas de la amenaza del mundo digital frente a los medios tradicionales, y todo marchaba más o menos bien hasta que nos dimos cuenta de que el gurú de los medios no podía pronunciar la letra erre: la pronunciaba como si fuera una g. Sé que es infantil, no me quiero defender. Pero desde siempre he padecido ataques de risa por motivos infantiles. Es algo que no puedo evitar, algo con lo que nací, como la calvicie.

Cuando asistía a misa en primaria, no podía sobrepasar la frase «lo tenemos levantado hacia el Señor» sin que tuviera que morderme la lengua. Lo mismo en las novenas de diciembre. No podía leer «Padre putativo de Jesús» sin atravesar una ligera epilepsia de risa que trataba de contener con angustia, casi siempre de modo infructuoso. Pensaba en tragedias, en los momentos más tristes de mi vida de calvo. Pero mientras más me concentraba en reprimir el ataque de risa, con mayor fuerza lo nutría y al final se abría paso de forma torrencial, aterradora, y no me quedaba más

remedio que permitir una expulsión de risa a chorros y asumir las consecuencias.

De modo que cuando este señor dijo «las guedes declagagon la guega a las guevistas», y tuve contacto visual con la redactora en cuya mirada había un brillo de complicidad, un ligero espasmo de risa, supe que podía suceder lo peor.

Y sucedió, claro.

Fue cuando alguien preguntó al gurú si había casos en los que las revistas podían sobrevivir únicamente con la venta de la calle, sin anuncios de publicidad.

Él contestó:

—Gagamente.

Podría haber dicho «no es común»; podría haber dicho «no es lo normal», pero se aventó de frente con una palabra de cuatro sílabas de las cuales dos llevaban la letra que no podía pronunciar.

Observé entonces que los dos hombros de la redactora comenzaban a moverse de forma rítmica, pero contenida, y cuando de nuevo nuestras miradas se encontraron —qué frase, jamás pensé que en mi novela de iniciación cabría una frase semejante— la situación se hizo insostenible: alimentamos mutuamente el ataque de risa del otro de una manera que causaba vergüenza, sin represión posible que pudiera apaciguarla.

En esa época mi mamá no había muerto, de lo contrario habría tratado de pensar en ella o en la bolsita de sus cenizas que guardo en mi estudio y con la que a veces hablo. No recuerdo del todo en lo que pensé, pero cualquier intento de contención fue en vano: para ese momento la redactora sucumbía al clásico movimiento telúrico en los hombros de quienes somos traicionados por la risa mientras

yo me contagiaba de su misma angustia y el pobre conferencista seguía hablando como gago. Como raro, quise decir.

* * *

No los aburro con detalles, pero de esa mujer terminé enamorado, con esa mujer me casé, y en menos de dos años ya habíamos tenido dos hijas, una tras otra, separadas apenas por trece meses.

Mi matrimonio a los treinta. El primer parto de mi esposa a los treinta y dos. El segundo parto de mi esposa a los treinta y tres. Su primera persona recogida a los treinta y cuatro: porque desde que la conocí, terminaba convirtiendo en propias las penurias y penas de los demás, y recogía personas de la calle a las que nutría y mejoraba y miraba partir satisfechas. A algunas las terminaba contratando para su tienda de manualidades hechas por ella misma, siempre con objetos que los demás despreciábamos.

Tener dos hijas de dos y de cuatro años. Trabajar en la revista. Ascender. Escribir con humor en un mundo en el que casi nadie escribe con humor. Tener gustos burgueses, presiones burguesas. Ver que las niñas cumplen siete y ocho años. Viajar a Disney. Atender a mi mamá. Atender a mi papá. De repente tener dos hijas de diez y once años.

Y tres doritos después aprender a decir la expresión tres doritos después, en un meme, porque súbitamente entró en ebullición la era digital, cuya temperatura fue subiendo poco a poco en medio de charlas de gurús que no sirvieron para nada, y de un momento a otro las revistas son como el telégrafo: un invento extraño e inútil, incapaz de sobrevivir. O capaz de sobrevivir «gagamente».

Cerraron la revista en que trabajé: esa y todas las demás. Y a esa edad, en la mitad de mis cuarenta años, tuve que evitar mi propia extinción laboral convirtiéndome en el ridículo ser digital que me fue devorando poco a poco. Por grabar videos, ni siquiera me di cuenta del momento en el que mis hijas terminaron asistiendo a fiestas con hombres para bailar reguetón.

Cuando eran más chiquitas, la primera decía que quería ser veterinaria y la segunda odontóloga. Recuerdo mis noches en vela pensando que de verdad lo fuera: que en verdad su vida laboral consistiera en revisar amalgamas y pulir caries, y el pecho se me llenaba de angustia. Me imaginaba comprando la lista de materiales que le pedían en la universidad. La loncherita que siempre llevan los que estudian Odontología, los tenis blancos. Hasta el Griffin: el Griffin como parte de los útiles escolares. Y si saben qué es el Griffin es porque tienen mi edad.

Pero súbitamente se convirtieron en dos adolescentes a las que debo recoger a las dos de la madrugada en las fiestas de su amigos y de las que aprendía esa expresión: «Tres doritos después», que simboliza el veloz paso del tiempo, la fugacidad de la vida, uno de los temas más importantes del Barroco español: «Mal te perdonarán a ti las horas / las horas que royendo están los días / los días que royendo están los años». Tres doritos que significan la brevedad engañosa de la vida.

* * *

Pero retomo la historia de mi infarto. Una vez abrí mi canal de YouTube, gané algo de prestigio frente a mis dos hijas,

especialmente cuando logré grabar colaboraciones con influenciadores a quienes ellas dos seguían. Con todos, menos con PaolitaPaoPao, que siempre me dejó en visto. Salvo la vez que me remitió a su mánager.

No me importaba humillarme. Solamente crecer en seguidores. Pedía de rodillas a youtubers jóvenes, de pantalones escurridos y mechones de pelo pintado de colores, que grabáramos videos juntos. El fentanilo de los clics me llevó a eso. A veces imaginaba que tenía una adicción.

—Me llamo Daniel y soy adicto a los clics y a los likes —decía en un salón repleto de influenciadores y de políticos sentados en círculo.

Gracias a esas dinámicas colaborativas, mi canal creció casi al mismo ritmo que mi descrédito entre los colegas del mundo analógico. Dejé de ser visto como un periodista. Comencé a ser percibido como youtuber. Pero tanto de periodista como de youtuber sufrí por mis hijas, porque sufrir por los hijos es la ley de la vida y eso lo sabe cualquier persona que se acerque a los cincuenta. La menor no hacía tareas jamás. La mayor quería ser dentista. La menor era buena para los deportes. La mayor era un desastre. Ambas, sin embargo, coincidían en que algunos de mis videos carecían de sensibilidad, en especial los que se burlaban del físico de las personas, y muchas veces se aliaban con su mamá para decírmelo.

—No le vi la gracia al video en que hacías chistes sobre las personas de talla baja —me dijo un día la mayor.

—¿Quiénes?

—Las personas de corta estatura —me aclaró la menor, la más enana.

—Jamás he hablado de personas de corta estatura en mis videos —me defendí.

Me quitaron el celular y me mostraron, al fin, mi famoso video sobre los enanos: que eso no les gustaba, que eso no se hacía. Y que no les parecía chistoso haberles preguntado si ese tipo de contenidos le restaban altura al canal.

¿Qué se podía decir? ¿Qué puede decir un humorista en estos tiempos en que hacer humor es pisar cáscaras de huevo? ¿En que burlarse ya no digamos de un enano, sino de medio, de medio enano, ya no despierta risas sino juicios?

La opresión de la época, no crean que no, también se iba pegando en los sedimentos de mis venas. Si esta es la historia de mi infarto, agreguen la silenciosa tragedia de ser humorista en estos miserables tiempos hipócritas.

Y agreguen el hecho de que, naturalmente, mi esposa estaba del lado de ellas, del lado de la gente buena incapaz de burlarse de una persona de talla baja, de un mocho, de un bizco. Pero sí de un gago, según ella, porque no se burlaba: solo le producía un tipo de angustia que lograba drenar a través de ataques que, más que de risa, eran de nervios.

Mi esposa: una mujer adorable que montó una tienda de objetos geniales, pero incapaz de arrojar ganancias, porque al final todo lo terminaba regalando. Una mujer irrepetible a la que le parecía natural recoger personas en la calle, sin planearlo, como si una cosa llevara a la otra: «Señora, ¿qué hace pidiendo? ¿No ha almorzado? Camine a la casa y le doy almuerzo». Pero a la que le parecía insólito

lanzar un juego de palabras sobre un manco, como si quien lo hiciera no tuviera dos dedos de frente.

El primer video con el que conseguí traspasar la barrera de las 100.000 visualizaciones causó rechazo en mi esposa y en mis hijas. Me grabé comentando noticias insólitas, como solía hacerlo, pero la que elegí aquella vez era sobre una mujer que se enamoró de un árbol y se declaró transespecie.

Juro por la memoria de mi mamá que en las noticias apareció el caso de la canadiense Sonja Semyonova, de cuarenta y cinco años, que confesó en un portal informativo de su país que era ecosexual: busquen la noticia en Google. Doña Sonja se sentía atraída de una forma particular por los árboles, ya no a la manera de un boy scout en el campo, o de un abuelo en un vivero, sino, cómo decirlo sin que resulte vulgar, a través de pulsiones eróticas.

Digámoslo con claridad. No nos vayamos por las ramas, como le gusta a la propia Sonja: el ecosexual quiere compenetrarse eróticamente con el árbol, lamerlo a fondo, descubrir sus pistilos, irse a tomar una copa con la copa y entregarse la noche entera al follaje, en todos los sentidos de la expresión. Así lo afirmaba yo mismo en el video.

La verdad es que me ha costado sudor y lágrimas conocer las nuevas orientaciones sexuales. Gracias a mis hijas, sangre sin prejuicios de una nueva generación, he podido aprender que, además de los heterosexuales, los homosexuales y los bisexuales con los que crecí, ahora existen los pansexuales, amantes de la harina; los no binarios, de las matemáticas; y los polisexuales. De los tombos, sí.

Y encima de todo ahora existen los ecosexuales como Sonja, que confesaban de esta forma sus impulsos: «Estuve paseando por un sendero cercano a un árbol cinco días a la semana durante todo el invierno y noté una conexión con él; me tumbaba contra el árbol: había un erotismo, un subidón de energía erótica, en algo tan grande y tan viejo», citaba el artículo, en palabras que lo mismo podía utilizar cualquier anciana.

El árbol con el que siente esas pulsaciones —detallaba la noticia— es un roble.

¿Tendría hijos con el roble? ¿A quién podrían parecerse, al papá o a la mamá? ¿Sacarían los ojos de ella y las hojas de él? ¿O serían un vegetal? Imaginaba a Sonja explicándole a su hijo la forma en que fue concebido y me daba risa:

—Tu papá plantó una semilla en tu mamá. Literalmente.

Pero a lo mejor hablaba desde la ignorancia o desde la envidia: qué daría yo mismo por ser ecosexual, cultivar una relación elástica con un caucho; ¡echar raíces con una acacia que me ayudara a crecer como persona!

Pero no es fácil ser ecosexual. Hay que tener madera. Y así lo decía en el video sobre Sonja Semyonova. El día que su árbol se muera, plantará en el jardín una persona en su memoria.

* * *

Si les hablo de ese video es porque quiero que sepan que ese es el tipo de cosas que a veces digo y el tipo de regaños con que mis hijas los reciben. ¡Cuánta hipocresía! Se quejan de dos chistes contra un enano, pero piden sin clemencia dinero para salir,

hamburguesas por Rappi para que las pague yo: ¡hasta ropa de marca!

Por esos días —lo recuerdo— acababan de pedirme una chaqueta Martín Patalero: lo último en chaquetas. Seiscientos mil pesos cada chaqueta.

—Les doy de Navidad una para entre las dos —les dije.

Que no podía ser una, que una cada una.

—Entonces les compro dos de trescientos a cada una.

Que no, que tenían que ser Martín Patalero, que las demás eran horribles.

Es verdad que yo también fui joven y vestía con ropa patrocinada, buzos con un letrero sideral de Coca-Cola, otro de Benetton, por los cuales la marca no pagaba un solo peso, y al revés, uno pagaba fortunas por lucirla: ¿se podía ser más idiota?

Pero en estos tiempos de hoy, las cosas son incluso peores. Y las chaquetas Martín Patalero son la prueba: hay que retirar las cesantías para comprarlas pese a que abrigan lo mismo que una ruana cualquiera (que, si son de fibras naturales, seguramente equivalen a lencería erótica para un ecosexual).

* * *

No es fácil ser humorista en los tiempos de hoy, no es fácil ser papá en los tiempos de hoy. Tampoco es fácil ser esposo de mi esposa, de sus excesos de generosidad, siempre torrenciales y costosos. Ser esposo de su forma de dejar encendidas las luces, desordenado el baño. Ser esposo de la forma en que gasta a

borbotones así no sea para ella: mercado para todo el mundo, regalos para todo el mundo. Incluso regalos para mi papá.

Y no es fácil ser hijo de mi papá.

Solo era fácil ser hijo de mi mamá. Era lo único fácil en esto que llamamos vida y es tan solo una tumba transparente, como decía uno de los poetas que recito mentalmente para no enloquecerme del todo. Mi mamá, a cuya lenta muerte le cumplió la cita. De hecho, fue la única cita a la que llegó a tiempo.

Mi mamá no conoció a Serafín. Tampoco a Bad Bunny: se quedó con la versión infantil de mis hijas, exenta de barros y estridencias. Murió poco antes de que el perro más rechazado del mundo llegara a mi casa por los días en que yo apenas le comentaba las angustias de mi vida paterna: que mi hija menor fuera vaga, que la mayor fuera dentista. Que no soportaba el desorden de mi esposa y su forma de recoger ancianos.

Tres doritos después se murió de cáncer y yo quedé listo para envejecer y morir, que es el resto del guion que me queda por grabar después de haber atravesado los cincuenta años, tener hijas casi adultas y padres ancianos. Porque el orín del tiempo todo lo corroe. Y nadie sobrevive a él. Para no hablar del orín de Serafín, el perro que desde el primer día que llegó a la casa marcaba territorio y me mordía en la cara, mientras yo me preguntaba si algo en esta vida tenía sentido.

* * *

Con el que sí se llevaba bien Serafín era con mi papá, porque entre calvos resabiados se comprendían. Mi papá, el héroe de mi

vida, el hombre al que quise parecerme desde siempre, desde que todo me quedaba grande, como a él hoy la tecnología.

Después de que se murió mi mamá, mi papá me llamaba prácticamente todos los días, y yo prácticamente todos los días oprimía le tecla roja para no contestarle: nunca supe si él tenía el don de la impertinencia o yo el de la ingratitud, pero miraba su nombre titilar en la pantalla y prefería marcarle después, pagar el precio de no recibir la llamada recibiendo a cambio el torrente de audios inconexos que me enviaba.

Supe que, además de enviar audios, había aprendido a mandar fotos cuando me llamó tres veces seguidas, y las tres veces me negué a responder, y entonces recibí una imagen extraña que en un primer vistazo parecía una rebanada de cuajada coronada con una especie de ¿cereza?, ¿toque de mermelada?, ¿insecto en estado de descomposición?

No quise responder nada hasta que mi papá no terminara de escribir. Pero mientras él redactaba un mensaje pasaban lustros, cambiaban eras, de modo que decidí anticiparme con una pregunta:

—¿Y eso? ¿Ahora haces postres?

Tardó doce minutos en responder que no era un postre; veintiuno en decirme que era una foto y veintisiete en aclararme que era de su espalda.

Entonces lo llamé. Y me dijo que, en efecto, esa suerte de yogur condensado, o de paisaje lunar, si se prefiere, era un fragmento de la piel de su espalda; que le había aparecido una mancha y que su médico le había dicho que no tenía buena cara.

—No tiene buena cara porque es la espalda —traté de animarlo.

—No tiene buena cara porque es cáncer —se anticipó él.

—No puede ser cáncer —le dije.

No puede ser cáncer, me dije también a mí mismo, como quien se da ánimos: no puede ser cáncer porque a mi mamá la acababa de matar un cáncer, y a uno no se le pueden morir los dos papás al mismo tiempo, los dos de cáncer.

Pero lo decía en vano. Porque a la vida no la rige ninguna ley que tenga lógica, y no existe ninguna orden que prohíba a nadie quedar huérfano a los cincuenta años porque los dos papás se murieron de lo mismo, uno tras otro.

Eso lo pude constatar más adelante, poco antes de recibir el segundo golpe más duro de aquel año.

—El video está cargando —me dijo Mariete la noche del lunes en que debíamos publicarlo. Esa noche era la cita sagrada con el destino: esa noche ganaríamos, pasara lo que pasara, el premio de grabar un video con el maestro Botero.

—Se está cargando, pero, ¡hostia, puta!, se ha trabado —gritó de golpe.

—¿Qué significa que «se ha trabado», Mariete?

—Pues no lo sé, tío: no avanza la carga, es como si estuviera pensando.

No entiendo nada de tecnología: cuando dicen que el archivo quedó en la nube, visualizo una carpeta al lado de mi mamá. Cuando me dicen que se quedó pensando, imagino la carpeta sentada como la escultura de Rodin. Lo que sí comprendía era el listado de reglas del concurso de la editorial y era muy claro que quien publicara el video después de las 7:10 p.m. quedaría eliminado.

A las 7:03 Mariete me decía que el video «se ha trabado», y exclamaba «hostia, puta» con su acento español.

De modo que el esfuerzo de haberlo grabado, y de haber soportado el mordisco de Serafín (y de haberlo adoptado, para ser sinceros), podía haber sido en vano, hostia, puta.

Mariete me mostró entonces una rayita en la pantalla que, en la medida en que cargaba, se ponía de color azul y un contador que

informaba de manera literal el porcentaje que faltaba para que el video quedara publicado. Es el ejercicio gráfico más cruel que he conocido: la puesta en escena de la ansiedad. La rayita cargaba, de golpe se frenaba, luego se disparaba hasta el 72%, después entraba en una parálisis de un minuto. Era para enfermarse. Del corazón.

—No pasa nada, Mariete: lo intentamos —le dije cuando los nervios me carcomían de tal modo que rendirse era un alivio.

Pero Mariete rara vez se rendía, esa es la verdad. Y contra el límite del tiempo, el video con el título EL PERRO AL QUE NADIE QUERÍA ADOPTAR: LAMA AL PERRO obtenía su primer clic a las 7:09 de la noche mientras asistíamos en persona a un momento histórico para nuestro canal, y nos abrazábamos y brincábamos en círculo, y mi esposa aparecía en el cuarto para celebrar con nosotros, lo mismo que mis hijas, y una señora vieja de las que había recogido mi esposa también se hacía presente con el cartón de leche en la mano —se la tomaba sin servirla en un vaso, directamente del cartón—, y observábamos la manera en que nos dejaban un like, y luego otro, y luego cientos de likes, y mi propia familia iba mirándolo, ya al aire, en simultánea con el mundo atento: atenta Colombia, atento Perú, atento Beto Botero, y yo las veía reírse a todas.

—Serafín se ve mejor de lo que es —dijo mi hija menor.

—¿Dónde está Serafín? —pregunté.

—Si hablan de un perro inmundo, está dormido en la cocina —respondió la anciana desconocida.

Siempre estaba en la cocina. Después del segundo mordisco trazamos una línea de separación invisible, pero infranqueable: cada uno tenía su espacio y el de él sería un lugar que encontró debajo del horno, sobre un cojín rojo que le acomodó mi esposa.

Las visualizaciones crecían como espuma y era emocionante refrescar la pantalla para actualizar el número de conteo.

—¡Vamos a ganar! —gritó Mariete.

—¡Vamos a ganar! —lo abrazaban mis hijas.

—¡Vamos a tu cuarto a agarrar un buzo para doña Otilia! —gritó mi mujer mientras subía las escaleras con doña Otilia.

Mis hijas siguieron minuto por minuto los sucesos de aquel video de siete minutos (y catorce segundos, para ser exactos) y el cierre con el inesperado mordisco de Serafín las hizo caerse al suelo de la risa, y me llegaban los gritos alegres de Mariete y de mis hijas como en cámara lenta, y sentía la satisfacción honda que sentimos los youtubers cuando un video comienza a tomar vuelo, a ser viral, y nos entra aquella adrenalina como una inyección de heroína en el cerebro, y sabemos que volveremos a necesitarla en dosis más grandes, insaciables, porque en determinado momento nada nos parecerá suficiente y regresar es saber que nunca se regresa, que vamos tiempo abajo hacia el olvido, y que estamos perdidos, y todo está perdido.

Y, sin embargo, esto era triunfar, pensaba mientras el conteo de visualizaciones y likes subía. Era esto. Tomé aire en una esquina para poder abstraerme de la escena y disfrutarla mejor. Ante la algarabía de los que miraban el video, se había sumado mi esposa; lo mismo la señora recogida, doña Otilia, ya con mi buzo.

Cuando el video terminó, los cinco se abrazaban en círculo y yo observaba la escena a la distancia y me anticipaba al futuro: ¿de qué va a tratarse el video que grabaré con Beto —ya lo llamaba Beto—, paso definitivo de mi carrera digital? ¿Cómo debía ser ese guion

universal que me llevaría a girar en una órbita tan amplia como el mundo mismo?

Eran las diez pasadas de la noche cuando, ya acostado en la cama, miré por última vez el prematuro saldo del video. Más de 300.000 visualizaciones en apenas dos horas; más de 20.000 likes. Los mensajes sobre Serafín habían despertado lágrimas y admiración. Dormí con una sonrisa mientras imaginaba la cara feliz de los señores de la editorial en ese momento. Debían estar evaluando el tamaño de su victoria, su carambola a tres bandas: tendrían a Beto, tendrían a un youtuber de la tercera edad que provenía del mundo editorial, como ellos, y tendrían un perro rechazado. Si con aquellos ingredientes el libro de Beto Botero no rompía ventas, nada lo haría.

¿Funcionaría el video? ¿Ganaríamos el concurso?

* * *

No sé cómo hice para dormir y trabajar durante los días en los que la editorial definía el nombre del ganador del concurso. Mi rutina diaria consistía en despertarme, refrescar la pantalla del computador y observar el conteo de vistas del video y la forma en que el potente chorro digital del comienzo se adelgazaba poco a poco hasta ser un goteo leve que de todos modos no arrojaba un mal resultado: una semana después de publicado, cuando la fecha para dar por terminado el concurso estaba próxima, el video en el que Serafín me mordía llegaba a la nada despreciable suma de 762.000 visualizaciones.

No era un millón, es cierto; no eran siete dígitos. Pero no estaba mal. Nada mal, al menos, si tenemos en cuenta que los demás participantes se iban descolgando poco a poco: el video de Sebastián Villalobos se había estancado por las 400.000 vistas; el de Kika Nieto languidecía tras cruzar el umbral de las 500.000. En la recta final quedábamos nosotros y, claro que sí, ustedes se lo imaginan, PaolitaPaoPao, la infinita, la insoportable, la indignante barbie digital cuyos mensajes de empoderamiento maternal daban la vuelta al mundo mientras un aparato Philips Avent le succionaba leche.

La carrera estaba cerrada. Los videos debían competir una semana entera y me dediqué a promover el nuestro con el alma, desde todas las redes, como tirando de una cometa sin viento, para sacar hasta los últimos embistes de visualizaciones. El concurso absorbía cada uno de mis pensamientos. Si me preguntan en detalle qué pasó en aquellos días, les juro que no sabría qué decir porque los viví absorto en mis cálculos. Imagino que mi esposa recogió a otra persona de la calle, que mis hijas asistieron al colegio, que fueron a una fiesta. Supongo también que habré ayudado a mi papá a instalar algún objeto de la vida moderna, un Betamax, acaso. O a responder sus audios. De varios minutos.

Lo que es seguro es que habré pensado en mi mamá, como lo hacía de forma repentina, en cualquier momento del día: arremetía como un toro un pensamiento lúgubre que me aplastaba el cerebro y me dejaba pasmado.

—Si hubieras conocido a Serafín, lo adorarías, porque seguramente a ti no te mordería —le dije entonces a la bolsa de sus

cenizas con la que generalmente hablaba cuando sucumbía en la derrota.

No era cierto. Mi mamá jamás tuvo perros. Era una mujer elegante. Creía que hacerse notar era de mal gusto. Jamás habría podido ser influencer. Cuando supo que tenía cáncer prefirió no avisarle a nadie, para no molestar.

Luego de que se murió, me quedó un dolor por dentro parecido a respirar con dificultad que poco a poco se fue convirtiendo en una música de fondo cuyos decibeles aprendí a dominar, aunque todavía puede suceder que por un sueño a traición, o un recuerdo en concreto, el volumen suba de nuevo y yo me sienta más solo que nunca, así nadie lo sepa. Para no molestar.

Poco a poco fui perdiendo el sentido protocolario de las charlas con las cenizas, el lado ceremonial, y les comentaba asuntos ordinarios de mi vida, pormenores de mis agobios conyugales, las peleas con mis hijas por culpa del reguetón, el lugar de Santa Fe en la tabla de posiciones y las noticias del día.

A veces les mentía, como cuando les dije que adorarían a Serafín, porque sabía que no me iban a controvertir. Son las ventajas de conversar con unas cenizas.

Enterrar y cuidar las enfermedades de los papás es la vida a los cincuenta. A los cincuenta uno ya sabe que uno no está hecho de los huesos que tiene sino del tiempo que se va; que no importa lo que uno sea —el número de suscriptores que tenga, los likes que haya ganado— porque al final nadie es nada: a los cincuenta uno sabe que cualquier esfuerzo es inútil, que el canal de YouTube crece en vano; que hasta Beto Botero morirá. Y que él también estará condenado al olvido, tarde o temprano.

El altar con las cenizas de mi mamá era mi consuelo; mi última guarida; la trinchera final que me quedaba.

Sobre ese altar se meó Serafín.

* * *

Sucedió así: el lunes siguiente, a las ocho de la noche, se cerró oficialmente el concurso de la editorial. El video de Serafín obtuvo 823.000 visualizaciones. El de PaolitaPaoPao 844.000. Esa era la inmodificable realidad.

No le tuve que dar el parte de la derrota a Mariete, fue al revés. Mariete me lo dio a mí. Y lo hizo delante del resto de la familia: de mis dos hijas, de mi esposa. Y de don Fermín —creo que se llamaba así—, el señor recogido de la semana, que sorbía una sopa caliente mientras tanto.

Lo recuerdo porque estábamos en el comedor, a punto de almorzar.

—No ganamos: ha ganado la zorra de PaolitaPaoPao —concluyó Mariete, mientras mis hijas protestaban, mi esposa me miraba, conmovida, y don Fermín, o como se llamara, aplaudía. No se sabe por qué. Ni siquiera sabía quién era PaolitaPaoPao.

Si de veras quieren saber cómo me sentí en ese momento, debo reconocer que me dolió la vida. El perro estaba acostado en su cojín rojo, debajo del horno, indiferente del todo a la tragedia digital de mi carrera. Mis hijas comenzaban a hablar de otras cosas. Don Fermín pedía más sopa. Mi esposa se la servía. Mientras mi teléfono no dejaba de vibrar por los audios y fotos que mi papá me enviaba

detallándome los avance de su mancha. La vida no tenía sentido. Y el dueño de la tabaquería se habría sonreído.

Seguiría condenado al tamaño mediano de mi vida como youtuber. A celebrar videítos de 200.000 visualizaciones. La fama internacional que obtendría por grabar con mi examigo Beto Botero jamás llegaría.

Me fui, pues, a mi estudio: un apretado rincón de libros desde el que escribo y en una de cuyas repisas guardo las cenizas de mi mamá. Fue en ese momento en que Serafín, de forma insólita, apareció en el cuarto en el que trabajo, y su presencia habría sido una forma de solidaridad que cualquiera agradecería de no ser porque olisqueó el piso, olisqueó la mesa, olisqueó el altar de mi mamá y levantó la pata trasera —la horrible y negruzca pata pelada — y se meó sobre lo único sagrado que tenía mi vida.

No fue un goteo. No fue para marcar territorio, como explican los veterinarios. Fue para saciarse para siempre, para desocuparse de sí mismo: aquel estallido casi fluorescente empapó el cofre y estoy seguro de que lo filtró, y podía imaginar las lentas gotas sobre las cenizas grises de mi mamá, la forma de convertirlas en barro, en greda; perro miserable que solo había traído desastres a mi vida.

Entonces exploté. Lo amenacé con pegarle una patada y lo expulsé del cuarto en medio de insultos semejantes —lo pienso ahora— a los que había recibido toda su vida: «¡Fuera de acá, perro canchoso!».

Salió a perderse y cuando quedé solo quise llorar, pero me contuve.

Estuve a punto de comentarle algo a mi mamá, pero no me parecía el momento. Voy a esperar a que se seque, pensé de

manera absurda.

En el viejo equipo de sonido en el que oigo mis CD, puse algo para calmarme. Di play y sonó una canción de Pablo Milanés: «Todavía quedan restos de humedad».

No podía ser más impertinente. Fue la canción que Milanés le compuso a su empleada de servicio, cuando le recriminaba su trabajo:

—Todavía quedan restos de humedad —le decía—. Y acá hay polvo.

Polvo como decir cenizas.

Y allá, exiliado en el cuarto en el que trabajo, me quise morir, esa es la verdad, y mientras oía a Milanés traté de calmarme y de volver a la vida: prender el computador, entretenerme con las redes sociales, regresar a mi triste realidad de youtuber derrotado.

Por instinto, revisé si tenía correos y encontré uno cuyo título resplandecía: «Anuncio de demanda», decía.

Abrí el correo y leí lo siguiente:

> Como presidente de la Asociación Colombiana de Personas en Situación de Ecosexualidad, me permito informarle que nos sentimos discriminados con su contenido publicado el día 22 del mes anterior, y antes de pasar a las acciones jurídicas que los abogados de nuestra asociación están considerando, lo instamos a que a la brevedad:
>
> 1. Retire el video en cuestión de todas sus plataformas.
> 2. Grabe un video en que pida perdón a toda la comunidad ecosexual que haya podido sentirse ofendida con sus opiniones.
> 3. Se acerque a nuestras instalaciones para que nos conozca y sepa de verdad quiénes somos y en qué consiste la visión de mundo de la ecosexualidad.

Lo firmaba un tal William Palma: apellido verdaderamente grotesco para un ecosexual. O a lo mejor lo adquirió de su esposa.

Y, entonces, allí mismo, mientras las últimas palabras de aquel correo se mezclaban en mi cabeza con las del video de PaolitaPaoPao, me sumergí en una alberca de rabia que hasta entonces no había conocido, y sentí odio, un odio en estado puro que no me permitía respirar: un odio que se me regaba por dentro como una lava ardiente; y comprendí que no podía más, que no quería más. Y se me vinieron sin querer los momentos extraños de mi vida, que son los más recientes, y como si me invadiera un espíritu que no era mío, tomé el celular, lo puse en modo selfie, y grabé el más brutal y descarnado video que hubiera hecho en mi vida.

Perdónenme las palabras, pero así sucedió. Me cagué en todo. Informé que los ecosexuales me querían demandar y los insulté con el alma. Dije de paso que PaolitaPaoPao era la más cretina de las creadoras de contenido que habían nacido, la más insoportable; la más pendeja. Dije, atención con esto, que me cagaba en Mati, es decir en su bebé; que no soportaba que lo utilizara en cada uno de sus videos; que no soportaba, en términos generales, a todas esas actrices y modelos que suben a sus cuentas de Instagram fotos provocadoras, en vestido de baño, lo cual está muy bien, en tanga, lo cual está muy bien, pero con textos en que advierten que el universo conspira para que uno sea feliz, e invitan a perdonarse y a honrarse y aceptarse como uno es, con ese verbo: honrarse. Modelos y actrices admirables que publican retratos con sus bebés acompañados de escritos en que les hablan a ellos: «Mi Mati hermoso, gracias por ser mi amigo y mi maestro, gracias por

enseñarme a ser mamá», como lo hacía la misma PaolitaPaoPao. «¡Tu Mati hermoso tiene cinco meses, PaolitaPaoPao! —grité—; ¡no sabe leer, no tiene cuenta en Instagram! No le escribas a él, que además no es tu maestro: ¡es tu hijo! Y no te honra».

Vomité una viscosa retahíla de adjetivos contra ella y contra esta época sin lógica en la que nada tiene sentido: me cagué en los ecosexuales y en los enanos, lo mismo que en las modelos de Instagram lo mismo que en todos los que no permiten que uno diga un chiste, uno solo, sobre alguna minoría sin que lo condenen al ostracismo: ¿en qué momento ya no se pueden hacer chistes sobre los enanos? Me quejé: ¡dónde quedaron los valores!

Dije lo que jamás habría dicho. Subí el video sin que el mundo me importara. Me fui a dormir en el acto. Y el universo se me reconstruía sin ideal ni esperanza, y el dueño de la tabaquería se sonreía.

* * *

Quince días después de que llegó a nuestra casa, el perro Serafín-al-que-nadie-quería-adoptar me había mordido dos veces, sí, y se había meado en las cenizas de mi mamá, y no había sido lo único: en apenas unos instantes acabó con mi vida, con mis libros, con las pocas cosas a las que les tenía respeto, a las que les daba valor. El tal Serafín resultó el perro más alevoso y ruin de todos los seres vivos que había conocido. Y el más cochino. No había rincón que no rociara levantando la pata. Los muebles, la biblioteca, cada cosa amanecía recubierta por el suave rocío ámbar con que el perro de

nombre de ángel señalaba lo que era suyo, marcaba cualquier terreno como si fuera una porción de su nube celestial.

Si mi vida fuera una película, este habría sido el peor momento del protagonista. Se supone que de acá, de este momento, tendría que levantarme. Si aspiraba a ser el héroe trágico de mi propia existencia, este era el momento en el que tendría que resurgir de mis cenizas.

Pero mis cenizas estaban mojadas por culpa de Serafín.

¿Qué diablos podía hacer con ese perro después de que el video que grabamos, encima de todo, no había servido para nada? ¿A quién regalárselo?

Solo había una persona que podía interesarse por Serafín: el senador Cancino.

Tanto mi esposa como mis hijas me habían contado la historia de la disputa por la adopción de Serafín con el senador, incluso que el senador se lo llevó, a pesar de sus ruegos, pero lo devolvió porque Serafín hizo con su brazo lo que él con el erario: le metió el diente.

De modo que, sin pensarlo dos veces, acaso envuelto todavía en un último efluvio de ira, arrastré al canchoso al carro y conduje hasta el Senado de la República.

Como era día laboral, el senador tardó en llegar una eternidad. Yo no tenía cita previa, es verdad, pero me hice presente con el derecho que me confería ser un ciudadano que quiere conversar con su empleado, el servidor público.

—Senador —le dije tan pronto como lo vi, después de dos horas de espera—: me presento, soy el periodista que adoptó al perro calvo.

Hice énfasis en que era periodista, aunque omití que de sátira, pero de todos modos no era necesario porque me reconoció. A estas alturas deben saber que mi oficio como columnista de humor, y mi posterior conversión en youtuber, me otorgaban algo de fama en algunos círculos políticos.

—Dígame —me respondió con sequedad, casi con amargura.

—Vengo a ofrecerle al perro calvo, senador.

—¿Perdón? —se sorprendió, como si acabara de decirle un insulto en clave.

—El perrito que usted quiso adoptar, senador. Mi esposa me contó el interés genuino que usted tenía por el perrito y me dije: «Ya tengo perros, voy a regalarle este perro al senador».

El senador goza de una extraordinaria reputación, en el sentido literal. Sería por eso que me miró de arriba abajo, como estudiándome, y me invitó a pasar a su oficina.

No sabría cómo describirla. Tenía medallas de todo tipo, órdenes al mérito con su nombre repujado en bronce. Fotos con personalidades: con el presidente, con generales, con el papa. Jalé de la correa a Serafín, que se sentó en el piso con un juicio que pocas veces tenía, al lado de la silla.

—He visto sus contenidos —me dijo al fin.

—Gracias, senador.

—A veces tiene razón, a veces no.

—Como todos, senador.

Hizo silencio. Se puso de pie. Recorrió lentamente los estantes de su oficina. Se agachó frente a Serafín, guardando la distancia. Y al final me dijo:

—¿Y usted por qué cree que yo también puedo querer al perro ese? ¿No ve esta cicatriz que me dejó?

No la veía, esa es la verdad. No se le veía nada. Pero era cierto que Serafín lo había mordido, como me había mordido a mí, y si de verdad quería deshacerme del perro, no tenía más alternativa que la de ser amable y convincente, como procuré serlo cuando le expliqué con mi mejor voz que mi esposa y mis hijas me lo habían llevado de regalo pero que en la casa ya había suficientes perros.

—Y suficientes calvos —añadí a modo de chiste.

No se rio. Se sentó de nuevo y me miró de frente.

—¿Y entonces quiere que yo me lo lleve para que me muerda de nuevo?

Serafín, lo recuerdo, levantó la mirada y bostezó.

—Usted está encartado con ese perro y me lo quiere chutar a mí —me dijo con su mirada más severa—. Y ese perro muerde.

—No muerde: esa vez estaba nervioso por las circunstancias.

En el Congreso de la República hay políticos que parecen bautizados por novelistas sin experiencia, como yo. Recuerdo uno que se llamaba Severo Correa: parecía chiste pero era verdad. Hablar sobre un perro con un senador de apellido Cancino parecía un chiste, pero era verdad.

No supe qué decirle, pero no era necesario decirle nada, de todos modos, porque él mismo quebró la tensión del ambiente con una carcajada.

—Claro que sí, mi querido periodista, mi youtuber: ¿youtuber es que se dice? —me preguntó en su versión más jovial—. Me interesa el perrito. Y me lo entrega haciendo un video bien bonito, en el que

yo aparezca rescatándolo de las garras de un antiecosexual, de un cretino antibebédePaolitaPaoPao.

De modo que no quería al perro: quería una vez más ser tendencia, sumarse al ruido digital protagonizando un video que, visto de otro modo, era el de un creador de contenido viral pero cancelado, que adoptó un perro calvo al que todos rechazaban, y decidió rechazarlo él también de la manera más asquerosa posible: regalándoselo a un político. ¿Podría haber algo más repudiable?

—No me parecería correcto, senador; creo que estas cosas deben hacerse con elegancia, con discreción.

—En un acto público, amigo youtuber: bien lindo el acto, para que los demás vean la importancia de adoptar.

—Sería incapaz, senador: sufro de ataques de pánico cuando me toca hablar en público.

Difícil comprender que pudiera existir una persona más oportunista que el senador Cancino, cuyo amor por los perros era un mero pretexto: seguro quiso adoptar a Serafín únicamente para utilizarlo, ganar fama, seguidores, ¡likes!

Justo como yo.

Solo le faltaba haberse inscrito en el concurso de «Grabe un video con Beto Botero».

Pero así somos los periodistas. Tenemos rabo de paja, a diferencia de Serafín, que tenía rabo de rata: esa cola negra, larga y desnuda que en ese momento podía tocar con el borde del zapato.

Se quedó pensativo.

—Yo le recibo el perro si hacemos ese video: sin video, se me puede retirar.

Camino de regreso repetí varias veces este verso: «Casi te alegras de que hayan atropellado al pobre perro, si no, no habrías escrito nunca ese poema»; les dije que recito poemas mentalmente con frecuencia. Es una forma de calmar el ruido mental y darle curso al mundo.

Mientras lo tiraba del collar, la mirada de Serafín tenía un brillo de orfandad que me conmovía: miraba como miran los perros tristes, como solo saben mirar los perros tristes. El pobre Serafín. No sé si fue el cúmulo de culpas por haber tratado de regalarlo, pero recuerdo que me pregunté por primera vez qué tipo de vida habría tenido, por qué tenía una raja en la oreja derecha, si de verdad el alma de un perro callejero era más grande que la de Walt Whitman o cualquier poeta que uno le ponga por delante, pobre perro. Y pobre Walt Whitman. Y pobres todos, como solía repetir Mariete: siempre decía que ese sería su epitafio. En cualquier situación, si uno se fija bien, pobres todos.

¿Dónde habría nacido?, ¿en qué circunstancias?, ¿de cuál perra? ¿En cuál esquina oscura de qué calle, de cuál taller? La herida de la pata derecha ¿cómo se la ganó? ¿Cuántos años tenía?

Mi esposa me había dicho que Ricardo, el señor que lo cuidaba en la perrera de Bogotá (que ya no se llama perrera sino Instituto de Perros Abandonados, porque ya casi nada se llama como antes), le había dicho que, por la calidad de los cuatro dientes que le quedaban, podía tener seis años. Pero podía tener cualquier edad, era un perro sin edad, sin pelo. Y sin educación.

Cuando entramos de nuevo a la casa, luego de abandonar casi de mala manera el horrible despacho del senador Cancino, Serafín me arrojó una mirada que jamás observé en ser vivo alguno, animal o

humano, humano o político, y ahora me estoy poniendo triste porque me acuerdo de esos ojos y me dan ganas de llorar, y recuerdo ahora la historia de aquella familia a la que se le murió la perra que ladraba cuando llegaban a la casa, la perra que ladraba cuando sonaba el timbre, y se dedicaron a recoger los pelitos blancos que soltaba por los rincones de toda la casa y no eran capaces de botarlos con la esperanza loca de armarla de nuevo.

Jamás habría sido mi caso. Porque Serafín era calvo. Y no soltaba pelos.

* * *

Por la misma época en que traté de regalar a Serafín, mis hijas dejaron de hablarme.

Habíamos quedado en que subí el video selfie con el inventario de mis rabias sin que el mundo me importara y me fui a dormir en el acto. Amanecí entonces con una sensación de abatimiento disipada gracias a la cual me sentía liviano. Los efectos terapéuticos del desahogo habían arrojado sus resultados. La tranquilidad que había alcanzado me ayudaba a notar lo tonto que había sido, a dimensionar la idiotez general de mi verdadera derrota: la forma en que me tomé tan en serio hacer una colaboración con Beto Botero, el remolino de la ansiedad digital que me arrastraba, todo aquello en lo que me había convertido en esta nueva era, por completo diferente a mi temprana vida como periodista, cuando trabajar era revisar fotos físicas en una mesa de luz y marcar con una crayola las que servían. Cuando nadie sabía si un artículo era viral. Cuando ser visto —ser leído, mejor dicho— no era una presión sino un destino, y

los días pasaban en el apacible cubículo de una sala de redacción llena de gente a la que uno conocía.

Mis dos hijas aparecieron en la cocina cuando, como todos los días, me servía el café. Estaban en piyama. Una de ellas —la mayor — con el celular en la mano.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —me dijo mientras señalaba el aparato.

—¿Sabes quién nos va a volver a hablar en el colegio? —añadió la otra.

—¡Eres un tonto! —me gritó la mayor.

—¡Un animal! —agregó la segunda—. ¡Las personas de talla baja no merecen ser matoneadas por un anciano como tú!

—¡Qué cretino! —remató con un grito la mayor.

—¡Y Matías es un bebé divino! —concluyó la segunda, mientras daba la vuelta.

Tardé en comprender que el video que acababan de observar en su celular era el que yo he llamado «mi desahogo». Ellas y casi toda Bogotá: el senador Cancino, me imagino; Ricardo, el que cuidó a Serafín… Protagonistas, antagonistas, personajes menores de mi primera novela de iniciación: todos vieron el video en que yo lanzaba mi grito de independencia en medio de esta desquiciada dictadura digital.

No sé lo que habría ocurrido si algún día yo le hubiera dicho a mi papá que era un cretino, si le hubiera gritado a mi mamá que era una tonta. Y no lo sé porque jamás lo habría hecho. Sabía respetarlos, y perdónenme que hable como un viejo de derechas: sabía respetarlos a pesar de todo. Sabía respetarlos y lo hago hoy en día. Jamás me escucharán gritándole a mi papá:

—¡Pendejo, no mandes audios de siete minutos!

Jamás me escucharán diciéndole a las cenizas de mi mamá:

—¡No te riegues de este lado que acaban de aspirar!

En cambio, en medio de la más lamentable impunidad, mis dos hijas me lanzaban insultos como si yo fuera un árbitro de fútbol. Resultaba increíble que se tratara de las dos mismas niñas con las que me comunicaba a través de la panza de la mamá, por orden de una enfermera. A las que les decía que las esperaba con cariño. Enfermera que era enana. Así ya no se pueda decir que hay gente enana.

* * *

Porque sí: las dos hijas que a partir de ese momento dejaron de hablarme recibieron todo tipo de cuidados exagerados previos, incluso, a su nacimiento.

En búsqueda de su bienestar, antes de que nacieran, asistí a cursos psicoprofilácticos dictados por una enfermera bajita, casi de talla baja, si prefieren que lo diga de ese modo, que se mostraba alegre y entusiasta cada mañana.

—Los papitos tomamos una colchonetica azul —ordenaba en voz alta, lo recuerdo.

Siempre he desconfiado de quienes dictan órdenes en plural y diminutivos, asunto muy propio del gremio de la salud: «Tenemos una herniecita hiatal y vamos a suspender la comidita picante», dicen los gastroenterólogos en medio de la más desoladora impunidad, del mismo modo en que esta mujer decía impunemente la palabra «papitos» para referirse a los hombres, y ella se incluía en

esa mención: los papitos vamos a consentir las barrigas de las mamitas y les vamos a decir que las queremos mucho para que los bebés empiecen a sentirnos.

No los pienso aburrir con detalles. Además, comprendo que esta parte de mi novela de iniciación es prescindible. Pero se me eriza la piel de la rabia cuando recuerdo la orden que nos daba la enfermera de presentarnos ante los bebés. ¿Cómo? Acercándonos a la barriga de las mamitas para que nos fueran reconociendo la voz. Uno por uno, para que todos nos empezáramos a integrar, cada papito tenía que saludar con nombre propio a su hijo y decir la misma frase mientras los demás hacían silencio.

Soy tímido para estas situaciones. No me gusta sentirme observado. Sufro de pánico escénico. Se los he dicho varias veces. Y en el lugar había tres parejas más. Por eso me puse rojo en el momento en que me oí a mí mismo hablando con la barriga de mi esposa:

—Hola, soy tu papito y te estoy esperando con cariño.

Lo dije con la voz rota por la presión de sentirme observado, y la enfermera me lo hizo repetir, como me haría repetir todo en adelante: solo para gozar con los estragos que mi propio pudor me causaba cada vez que tenía que hablar delante de los demás. Porque siempre me ha producido terror hablar frente al público. Y más frente a una barriga.

A la tercera sesión del curso psicoprofiláctico mi esposa me llevó como si me estuviera arrestando. Fue la sesión en la que nos adentramos en la parte escatológica del parto, porque la enfermera describía unos sucesos que causaban náuseas, y desde entonces me sentí intimidado por estar ahí, delante de ese montón de adultos en

sudadera, a los que les escuché emitir unas preguntas tan privadas como repugnantes con una naturalidad vomitiva:

—Señorita: ¿es normal que las hemorroides de mi señora sean así de grandes? —preguntaba un señor canoso, como si estuviera hablando de un pedazo de churrasco.

—Es verdad, son así —complementaba la esposa—, y además mi flujo está cambiando de consistencia.

—A mí lo que me pasa es que el reflujo se me sube a veces hasta la boca y cada vez siento el estómago más inflado —comentaba una señora de la élite bogotana.

—A mí me pasa lo mismo —intervenía su esposo, a pesar de que no estaba embarazado, pero se permitía la licencia de comentar sus miserias.

Además de soportar todas las descripciones escatológicas, me sometí al método pedagógico de la enfermera que iniciaba una frase y la dejaba pendiendo de puntos suspensivos para que uno la completara.

—A ver, el papito de allá: la tensión alta en la mamita es síntoma de…

—¿Toxoplasmosis? —trataba de adivinar yo.

—Preeclampsia —se metía el señor del estómago inflado para corregirme con suficiencia.

—Exacto, preeclampsia: muy bien el papito de atrás.

Luego llegó el módulo de la lactancia y asistí, entonces, a la destrucción erótica de la teta. La enfermera no le decía teta, claro: tenía la miserable corrección política de decirle seno, como si con ello las tetas fueran menos tetas. Por más de dos horas oí hablar de lo que en su momento era el misterioso mundo de las tetas como si

fueran trapos vulgares: con una teta de plástico la enfermera les iba diciendo a las señoras que agarraran el pezón así, que lo tomaran de este modo para que no se cuarteara, que se hicieran un masaje de esta forma para que les saliera el calostro, una de las palabras más feas que he oído: calostro, calostro. Que la moviera, que la zarandeara, que la pellizcara hasta que en mi mente apareció la imagen de una teta lánguida y desinflada que visualicé en el momento en que la enfermera, pícara, remataba la charla con estas palabras:

—Eso sí: que durante este tiempo los papitos se busquen otro juguetico.

Así era la enfermera de la que me acordaba precisamente ahora, cuando la realidad me demostraba que los cursos psicoprofilácticos no servían para nada, que haberles lanzado frases de amor a mis hijas a través de la barriga de su mamá, con la esperanza de que reconocieran mi voz viajando por la ultratumba de membranas y placentas, había sido una estafa. Les hablé desde que estaban adentro para que, quince años después, sean ellas las que no me hablen. Ese es el resumen de la vida.

* * *

Mi propia esposa me lo dijo:

—¿De verdad usas el poder de tus redes para molestar a las personas de talla baja o a un bebé?

Porque, efectivamente, la tarde en que mis hijas me dejaron de hablar, el video de mi desahogo atravesaba los dos millones de visualizaciones y galopaba a buen paso para lograr metas más

grandes, y en las redes solamente hablaban de él, casi siempre con críticas por haberme referido de esa forma a los enanos, a los ecosexuales, a PaolitaPaoPao y a Mati, su hijo.

Me destripaban sin conmiseración. Era protagonista de memes, de hashtags, de insultos de toda índole.

Me gustaría decir que la familia se dividió, pero no se dividió: sencillamente todos estaban en contra de mí. Mis hijas, mi esposa, Juvenal (el señor que mi esposa había recogido aquella semana y lucía los únicos pantalones que me gustaban).

Según alcanzó a decirme mi esposa antes de encerrarse en la misma trinchera de las niñas, mi desahogo no había sido un desahogo sino una excrecencia: pus digital que se derramaba por la pestilencia de las redes.

Una vez más, solamente contaba con Mariete, como el Quijote con Sancho.

—¡Ha sido la hostia, tío, ahora sí la hemos hecho! —me dijo entusiasta cuando apareció en mi estudio esa misma tarde. El video, para entonces, recorría los celulares y dejaba en ellos un quemón para mi imagen del cual supuse que jamás podría recuperarme.

En ese momento ya era consciente de los estragos que mis impulsos habían causado. No había conversación digital en la que no mencionaran mi nombre al lado de algún escupitajo que aludiera a mi edad o a mi condición capilar.

—Mariete: ¿no te das cuenta de que me están masacrando?

—¡Es igual!

—¿Cómo va a ser igual, Mariete? Los noticieros retomaron el video, los medios. La Asociación de Personas de Talla Baja dice que nos van a demandar.

—Es igual, tío: todos hablan del vídeo, nadie del de PaolitaPaoPao…

—¿Y qué tiene que ver PaolitaPaoPao?

—Pues que su video fue una mierda, y el tuyo es un pedazo de vídeo.

Tomó su celular, refrescó la pantalla y me informó.

—Dos millones y medio de vistas en menos de doce horas, colega.

De vistas no, de gente que me odiaba. Recuerdo que le dije:

—Mariete: por favor déjame solo. Necesito estar solo. Quiero hablar con mamá.

—¿Con mi madre?

—¡Con la mía, Mariete!

No se atrevió a decir nada más. Salió del cuarto con la evidente sensación de que me había vuelto loco: no tenía idea de mis conversaciones con las cenizas de mi mamá ni yo ánimo de explicarle.

Me sentía destrozado, esa es la verdad. Salió, pues, y cerró la puerta,

pero era lo que necesitaba: estar solo. Aunque «solo» es un decir.

Acostado al lado de la puerta, Serafín paraba la oreja y media que había sobrevivido a la calle como si comprendiera la escena. No reparé entonces en cuántas veces había dormido con nosotros y si aquella esquina en la que se acostaba era su nuevo lugar y ya no el rincón de debajo del horno. Los perros tienen más lealtad que la gente, y más memoria. Si esta historia fuera al revés, y Serafín la escribiera, seguramente podría compartirles todos los detalles de la forma en que llegué a su vida: «Quiero contarles la historia del hombre calvo al que adopté, que al comienzo era huraño, pero poco

a poco se fue apegando a mí: dormía arriba de mi tapete, en una cama que le instalé, y le permití acompañar mis largas jornadas de siestas diurnas porque era mansito y dócil, y se ponía a escribir». Recordaría con claridad cada fecha, la progresión de pareja que tuvimos.

Para mí, en cambio, era un personaje menor y secundario en el que apenas reparaba: trataba de reconstruir mecánicamente los hechos que lo llevaron a estar ahí, al lado mío en aquel momento, pero Serafín era tan solo la pieza de utilería de un video con el que no habíamos ganado un concurso. Les hablo de mi pobre y viejo amigo Serafín, quien para entonces no me despertaba las preguntas sobre su vida que me hice después: ¿cómo habrá perdido la mitad de la oreja?, ¿en qué pelea?, ¿contra cuántos perros?

Mis hijas no querían hablarme. Mi esposa tampoco. Yo no quería hablarle a Mariete. Mi papá no me hablaba, pero me mandaba audios: audios de cinco, de diez minutos sobre su creciente mancha. No me dio la espalda en la crisis de reputación digital más grave de mi vida porque no tiene redes: jamás se enteró de lo que pasaba. Su relación con la tecnología consiste en cargar un viejo celular forrado en post-its de colores en los que escribe en su letra las funciones de las teclas para poder operarlo.

Y Serafín me acompañaba sin que pudiera advertirlo. Se acostaba en un rincón de mi escritorio sin hacer ruido, con sigilo, casi con temor de existir.

Y, sin embargo, aquella misma noche, la noche de penumbra en que todos me rechazaron; la noche en que me convertí, a mi manera, en un perro calvo y callejero para todos, solo conté con él:

con Serafín. Estaba con él cuando recibí el chat que me cambió la vida: al menos la vida laboral.

¿Quién me habría escrito? ¿Con cuál propuesta de trabajo?

Cuando digo que sufro de ataques de pánico al hablar en público lo digo en serio: lo descubrí desde la primera vez que tuve que escuchar mi propia voz delante de más gente, la primera vez que llamaron lista en el colegio. Cuando llegó mi turno de decir «presente», sentí un gusano de pelos que subía arrastrándose por la garganta: lo sentía caminar con sus patas rasposas, mover el espeso cuerpo de su esponja dentro de mi esófago. Un gusano que se inflaba cada vez más y me impedía, ya no digamos hablar, sino respirar: se prendía a las mucosas, se inflamaba. Las manos comenzaban a sudarme, la cara se me congestionaba.

Cuando un profesor decía:

—Para la próxima clase deben preparar una exposición sobre Demóstenes…

Se me caía el mundo a pedazos: la vida se me convertía en un agobiante conteo regresivo para la fecha final, el fusilamiento delante de los compañeros de la clase.

Escribir textos en revistas era una manera de hablar en público sin sufrir. Lo mismo grabar videos: en ellos simplemente debía modular línea por línea frente a Mariete, no frente a personas, no frente a seres humanos.

«Pánico de hablar en público». Precisamente esas fueron las palabras que redacté como respuesta al chat de Nicolás Galindo, el famoso director de la programación del Teatro Colombia, cuando me

mandó un chat: «Queremos un show suyo en el teatro». Las manos me sudaron. No supe qué contestar. «Necesito que diga todas las cosas que dice en los videos pero en un show de humor acá…».

Si volví en mí fue porque la sudoración que comencé a sentir me despertó: parecía recién salido de la ducha. Oía mis propios latidos. Tuve que cerrar los ojos, concentrarme para respirar.

La sola imagen de pararme en un escenario me atraía, pero a la vez desataba un pequeño huracán de ansiedad que destruía el poco equilibrio que me quedaba.

Leída hoy en día, la respuesta que entonces le di era una verdadera tontería: «¿Y habría que hablar en público?».

«Sería una temporada de cuatro presentaciones», me respondió. «Arrancaríamos el próximo mes, confírmeme para apartar la parrilla…».

Sentí el peso del mundo enterrándome en el lodo de mi ansiedad de siempre. Sentía que no podía con tanto. Cuatro funciones. El Teatro Colombia. Y tuve ganas de morirme sin morir.

«Avíseme ya», me dijo.

* * *

Si realmente les interesa lo que voy a contarles, probablemente lo siguiente que deben saber es que mi infarto no se gestó el día mismo en que vi la luz del túnel, ya medio muerto, sino, como he venido sugiriendo, mucho antes. Claro: hubo un punto de quiebre en esta historia que sucedió cuando mis dos hijas me regañaron como nunca antes nadie me había regañado, y me dejaron de hablar, por

aquel valiente video en el que cuestionaba la utilidad de un mundo en que ya nadie puede burlarse de los enanos.

El asunto es que antes los papás regañaban a los hijos, y los hijos ahora regañan a los papás, y tener cincuenta años es hacer parte de una generación en la que a uno lo regañaron los papás y ahora lo regañan los hijos.

Es deprimente, pero es así. Con mi esposa, además, hemos hecho todo por ellas: nos sometimos a los cursos psicoprofilácticos que les comenté; cuando nacieron, las llevamos a otros estrafalariamente costosos, «cursos de estimulación temprana», los llamaban, en los que unas enfermeras pediátricas nos enseñaban a moverles las piernas y los brazos de forma sincronizada para garantizarles un futuro rico en coordinación motriz: maldita vida burguesa, maldita forma de gastar dinero.

Por ellas, en su momento, renuncié a ver el noticiero y los partidos de fútbol por televisión para ver el DVD de *Baby Einstein*: imágenes vívidas que se sucedían unas tras otras sin lógica ni hilo conductor, como la vida misma, bajo piezas de música clásica, gracias a las cuales —según decían— cada niño lograría obtener su versión más inteligente. En medio del video generalmente a alguna de las dos les daba reflujo, y tocaba interrumpir, pasear, masajear, alzar o, el mejor plan de todos, sacarles un gas. Eso es ser papá en los tiempos de hoy. Yo fui el control remoto de mi papá, el que debía cambiar el canal del viejo televisor Sanyo. Como papá, en cambio, tuve que renunciar a mi control remoto, sumir la atención de la casa en *Los Backyardigans*, repetir la película de *Shrek* cientos de veces.

Ninguna de las dos parecían tenerlo en cuenta cuando, al día siguiente de haber grabado y subido a las redes mi videoselfie de

desahogo general, me cortaron el diálogo. Mi esposa fue más maternal. Por lo menos me sancionaba ya no con distancia y desdén, sino con reflexiones.

Parecía una broma, eso sí, que, descontando el del infarto, el video más viral de mi historia como youtuber no hubiera sido grabado por el leal Mariete, el único que lo celebraba, sino por mí mismo, sin producción alguna: un video ordinario hecho justo antes de acostarme. Y que ese video me hubiera condenado a la cancelación de mis dos hijas. Y a las críticas cariñosas de mi esposa. Y de una señora como de setenta años recién recogida del centro. Que tenía la camiseta que había estado buscando en los últimos días.

* * *

Mis hijas me han regalado algunos de los momentos más felices de mi vida, no les puedo decir que no: el primer día, cuando nacieron; al séptimo mes, cuando logramos que pasaran la noche de corrido. Cuando aprendieron a montar bicicleta, cuando me regalaban dibujos en el cumpleaños, cuando se destacaban en el salón o en el equipo de fútbol.

Pero desde que vinieron a este mundo he tenido que padecer los rigores de su dictadura como, estoy seguro, no sucedía en el pasado: en el pasado los papás tenían hijos como poner un huevo, y el hijo iba creciendo en un ejercicio de supervivencia hermoso, porque nunca mandaba, solo hacía mandados. Hacía mandados y era corregido con severidad y a veces con correa, con Severo Correa. Aquello podía producirles traumas, pero los llevaban en

silencio y eran acríticos. Si eran adolescentes, obedecían: o al menos yo, o al menos mis amigos y todas las personas a las que conocí. Si uno les respondía de mala manera, se exponía a cachetadas o a largos encierros en el cuarto. En mi época, los hijos jamás les levantaban la voz a los papás, en buena parte porque muchas veces ni siquiera había papás.

Pero el adolescente de hoy es desagradecido por naturaleza y su nivel de ingratitud es inversamente proporcional a la atención que ha recibido: a más cursos de estimulación temprana a los que haya asistido, más grosero.

Encima de todo, me había quedado el mal sabor de la pelea por la famosa chaqueta de marca: solo pedían ropa de marca, solo querían ir a conciertos: ¿era eso, entonces, ser adolescente?

Y, sin embargo, nada podía dolerme más que su desprecio.

En ese momento crítico de mi vida, me encerré de nuevo en el estudio, acompañado por Serafín, que todavía no era mi amigo pero ya era mi sombra.

Renegué entonces de mis hijas, y para contener la tristeza de su castigo, recordé momentos del pasado reciente en los que también fui sancionado por los valores de su generación. Porque quizás se trataba de eso: de un choque generacional; de ofender con el material que en mi época —ahora hablo de mi época como un viejo de derechas— no resultaba ofensivo.

El primero de aquellos momentos que se me vino a la cabeza fue la vez en que las llevé a comprar barbies. Parecía haber sido ayer, pero había sucedido hacía casi once años.

En aquella época, les había prometido comprarles una muñeca barbie a cada una por motivos diferentes: a la menor, por haber

pasado el año; a la mayor, a cambio de renunciar oficialmente a sus deseos de ser dentista.

Las llevé entonces a Unicentro, a cumplir con mi promesa.

Ante mi completo estupor, sin embargo, noté que los estantes de la juguetería estaban surtidos con muñecas inspiradas en señoras comunes y corrientes: no había leído, entonces, la noticia de que, para promover la inclusión, la casa matriz las fabrica ahora con medidas naturales, y que incluso sacó una edición inspirada en Frida Kahlo, con bigotes.

—Quiero esta, papi —pidió la menor.

—¿Con esas caderas? ¡Pero si podría ser una de tus tías abuelas! —le reclamé.

—Y yo esta —se decidió la mayor.

—Pero si parece una profesora de Química, por dios: ¿dónde están las barbies de siempre?

Busqué en vano una barbie de características similares a Carolina Cruz, pero todas parecían réplicas a escala de Angela Merkel: ¿en qué mundo estamos?, me pregunté, ¿qué nos sucedió? Me resistía a que mis hijas jugaran con muñecas para las cuales ya no venden accesorios como el tocador, sino implementos objetos afines a su físico o profesión:

—¿Qué le vas a pedir al Niño Dios?

—La barbie operadora de call center: ojalá me la traiga con el cubículo y la diadema.

Debatiéndome entre la decepción y la rabia, busqué al gerente del almacén:

—¿Dónde consigo una barbie como las de antes, por favor, señor? —me quejé.

—¿A qué se refiere como las de antes, caballero? Tenemos esta…

—¿Pero qué tipo de señora es esa? —lo increpé—. ¿Está embarazada, acaso? ¡Va a romper fuente! Para ver gente gorda la niña ya me tiene a mí…

—Se dice «bien alimentada», señor…

—¿Y no hay más?

—Tenemos esta de acá…

—¿Esa? ¡Pero si es enana! ¿Vale menos, acaso?

—Se dice «de corta estatura», caballero: todas y todos lo sabemos.

—¿Y una barbie negra?

—Sería la afrobarbie, caballero. Pero no nos quedan.

—¿Y no hay más? —respiré—: ¿ya no venden barbies normales?

—Al revés, caballero, estas son las normales: ayudan a que las niñas carezcan de modelos únicos de belleza y no se obsesionen con su figura.

—¡Es mucho pedir una barbie sin conejos en los muslos —manoteé—; ¡¿una simple barbie sin estrías?!

Era el invento de nuestros tiempos: muñecas gordas. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Un Ken calvo?

Repugnado ante tantos formalismos, empujé de mala gana al gerente, tomé de la mano a las niñas y las llevé a McDonald's para demostrarme a mí mismo que no estaban obsesionadas con su figura. Pero entonces me enfrenté a una repugnancia peor, porque el «Empleado del mes» me ofreció la nueva carta de ensaladas.

No podía soportarlo. Hacía cerca de un año, las modelos de *Playboy* empezaron a aparecer vestidas en los estertores de la revista, ahora Mattel sacaba ediciones basadas en mujeres reales y

en McDonald's vendían ensaladas. Supe entonces que nos esperaba un futuro negro: ¡un afrofuturo!

Aquella vez, recuerdo que regresé a la casa para ventilar mi indignación frente a mi esposa, pero no obtuve eco.

—Mejor que las barbies vengan con todas las medidas —me dijo —: así las niñas respetarán el físico de los demás. Y ten cuidado porque en tus artículos siempre te burlas de los defectos físicos, y ya mucha gente se ha quejado.

—No me burlo —me defendí—: a veces describo las características físicas de algunos personajes públicos, que no es lo mismo…

Los efectos persuasivos de mi mujer obraron milagros en mi conciencia, como siempre, y la charla desencadenó un profundo ejercicio de introspección y autocrítica. De golpe tenía razón, pensé entonces. A lo mejor reina la ofensa en el mundo, y necesitamos una sociedad correcta y mesurada, probablemente sin humor, es cierto; pero de todos modos libre de conflictos.

Regresé al almacén a comprar una barbie bien alimentada, pero el gerente no me recordaría con cariño:

—¡Este es el que se burla del físico! —me acusó ante sus empleados—. ¡Váyase de acá, calvo pendejo!

«No se dice calvo»,quise responderle: «se dice persona en situación de discapacidad capilar, caballero…».

* * *

«Avíseme ya», me ordenó Nicolás Galindo, el director del Teatro Colombia.

«OK», le contesté.

Es mi forma de responder sin responder: podría ser un OK, ya le aviso. Porque ya les dije que me cuesta trabajo decir que no; no en vano, mi mamá era una señora bogotana para la cual la sinceridad muchas veces era sinónimo de mala educación.

Fue entonces cuando Nicolás Galindo me mandó a modo de respuesta una frase lacónica: «O mejor venga mañana a las 10».

Me encerré en mi estudio durante el resto del día y soporté el reguetón de fondo que sonaba a lo lejos: creo que era *Soledad*. De Don Omar. Que, contra todo pronóstico, no es patrón de una finca, sino otra luminosa estrella de ese universo musical de boquetos. Y lo soporté acompañado de Serafín, que rara vez me miraba. Y yo tampoco lo miraba a él. Pero en ese tratado sin palabras de compañía mutua debo confesar que contar con su presencia me hacía sentir menos solo. A diferencia de Don Omar.

* * *

La reunión con Nicolás Galindo sucedió en su oficina. Allá me esperaba con su séquito de colaboradores. Pisar aquella casona en el barrio de Teusaquillo en la que se habían presentado tantas obras, carecía de cualquier tipo de lógica. Desde que trabajar ya no era escribir para una revista y tener una relación amistosa con el corrector de estilo y con el diagramador, cualquier cosa podía suceder; y estar allí sentado, frente al gurú del teatro, hacía parte del delirio de sucesos que me pasaban uno tras otro sin que pudiera meditarlo. Quiero decir: había tenido que transformarme en youtuber, un oficio que no existía cuando yo era niño. Incluso que no existía cuando yo era adolescente, incluso adulto: un oficio que tenía

tres o cuatro años de existencia. De modo que recibir ofertas insólitas comenzaba a ser parte del absurdo en que se había convertido mi vida.

—Tenemos una parrilla de obras muy interesante para este semestre —dijo al fin Nicolás Galindo, cuando ya todos estábamos sentados frente a la mesa, con un tinto y un vaso de agua, y tocábamos el tema que nos convocaba—. Vamos a traer a uno de los sobrevivientes de los Andes.

—Yo sobreviví a la Javeriana —anoté, en medio de las sonrisas de cortesía que despertó el comentario en todos.

—Es un testimonio con una puesta en escena hermosa que ha tenido mucho éxito en otras partes del mundo —añadió.

Si quieren que les diga lo que opino sobre los sobrevivientes de los Andes, seguramente cerrarían este libro en este mismo momento y dejarían de hablarme para siempre. Lo que quiero decir es que la charla era de un sobreviviente del equipo uruguayo de rugby cuyo avión cayó en los Andes, una historia de la que han sacado libros, películas, documentales. Y, por lo visto, un testimonio con una puesta en escena hermosa que ha tenido mucho éxito en otras partes del mundo.

El éxito de ese accidente, si me dejan decirlo así, es que, para sobrevivir, los que quedaron vivos fueron comiéndose a los muertos. No digo con placer, no digo que los prepararan con recetas. Vale decir además que lo hacían con respeto: no es que pidieran el corte del día o que preguntaran si quedaba algo diferente a chatas o muchacho. Solo cortaban rebanadas de carne congelada y la deglutían a modo de proteína.

Yo no sé si hubiera sido capaz de hacerlo, les digo la verdad. Todo me produce impresión. Y detesto la carne por debajo de los tres cuartos.

Mientras Nicolás Galindo relataba pormenores de la charla motivacional de uno de los sobrevivientes, pensaba que lo bueno de no sobrevivir a una tragedia de avión es que uno no debe dictar conferencias sobre la forma en que esa tragedia le cambió la vida para bien. Conferencias de lo que aprendió gracias al cáncer. Conferencias de lo que aprendió gracias a la amputación de las dos piernas. Y si algo me producía temor de escribir mi primera novela, y que justamente se tratara de un infarto, era eso: terminar mis días paseándome por un escenario con un micrófono de diadema compartiendo con los demás la nueva tabla de valores que descubrí gracias a mi desgracia.

Nicolás dijo entonces que en esa parrilla necesitaban un show de humor; que había visto mis videos, en especial el de mi desahogo, y que apenas lo miró supo que eso era lo que quería: el youtuber de cincuenta que le canta la tabla a todo el mundo, o por lo menos a PaolitaPaoPao.

Quedé petrificado. Imaginaba al público y mi silueta frente al público y sentía que una mariposa negra abría sus alas dentro de mi esófago.

—Hágale sin miedo al éxito, compadre, a lo Séneca —me dijo Nicolás Galindo, que siempre hablaba así: con frases coloquiales y a la vez referencias culteranas—. ¡Firmemos!

Mis manos se derretían como trozos de la nieve de los Andes.

—Pero ¿sería para hablar delante del público? —pregunté de forma ingenua.

Se rio. Se rieron todos, mejor dicho. Creían que era un chiste.

—La verdad es que me siento incapaz de hablar en público.

Que no fuera idiota, que eso se me quitaba. Y que todos los comediantes padecían del mismo miedo al público. Y que había técnicas para disipar el pánico escénico: apretar los dedos de los pies, por ejemplo. O pensar en otra cosa.

—Pero además tengo pésima memoria: no me siento capaz de aprenderme un monólogo de humor.

Que no pasaba nada. Que había técnicas. O que anotaba las ideas centrales en un papelito y lo iba mirando con discreción.

—Si Demóstenes hablaba en público, cualquiera puede hacerlo: ¡y él inventó la oratoria, compadre! —dijo, mientras celebraba su propio apunte con una risotada y un golpe en la mesa.

Demóstenes, para el que no sepa, era un político griego que se enfrentó contra el papá de Alejandro Magno con su oratoria, pero lo valioso en él es que era tartamudo. Vivía de dar discursos y al tiempo era tartamudo, y se inventó una técnica que consistía en acomodar pequeñas piedras en la boca para mitigar el desastre, con lo cual no solo tartamudeaba sino que además parecía con la boca llena. Debía escupir boronas. Todo eso lo aprendí cuando tuve que exponer su vida frente al salón. Ese fue el día en que supe que padecía ataques de pánico.

Demóstenes siempre asumió las burlas con humor, incluso con dignidad. Incluso logró que las burlas fueran su gasolina.

—¡Tú eres nuestro Demóstenes, papá! —dijo a modo de cierre, y me dio una brusca palmada en el hombro que, si yo fuera Demóstenes, me habría hecho escupir las piedras.

Yo sabía que no me estaba llamando por mis dotes actorales; solo por la súbita popularidad que había obtenido por mi video sin filtros. También sabía que en esta época de hipócritas la receta de ser visible en las redes por decir barbaridades vendía boletas. Y que vender boletas en un teatro que tenía tanto prestigio como deudas, era la nueva brújula de Nicolás Galindo.

No tengo idea de por qué firmé el contrato que me extendió. O sí lo sé: porque —ya les dije— me cuesta trabajo decir que no. El asunto es que me vi acorralado por las circunstancias, por los argumentos de Nicolás Galindo que mezclaba las referencias a Grecia con palabras como «mompirri», por una necesidad urgente de salir de allí, y firmé.

Cuando regresé a la casa me sentí más solo que nunca. Sabía que acababa de cometer un error. Abrí la puerta y me recibió Serafín. Los demás seguían sin hablarme por el famoso video que me lanzó al mismo tiempo a la fama y a la infamia.

Y fue ahí mismo, al cerrar la puerta, cuando por primera vez tuve conciencia de la mirada de Serafín. Quiero decir: que por primera vez vi de verdad la mirada de Serafín. Y sellé, sin necesidad de decírselo, una amistad eterna. Porque mirando su mirada triste, su triste y desamparada mirada de perro abandonado, sentí que no estaba solo. Y ahora que lo recuerdo me estoy poniendo triste, pero no pasa nada porque muchas veces la vida es triste y esta es la parte triste de mi vida, y a la vez la más bonita, porque en ese momento —fue en ese momento— supe que Serafín jamás me abandonaría. Que iba a estar conmigo para siempre. Y fui consciente por primera vez de que durante el tiempo que había estado en la

casa, me había acompañado: siempre, a todas horas, a pesar de que su presencia fuera invisible para mí.

En ese momento en que era un papá rechazado a modo de sanción por sus dos hijas, el marido de una esposa que lo regañaba por no escucharlas, un posible huérfano de madre y padre; en ese momento en que era un calvo de cincuenta años inmaduro y torpe. Y mientras sentía como nunca que el universo se me recomponía sin ideal ni esperanza, la mirada de ojos negros de Serafín era el único refugio que me quedaba, y de ella salía un brillo que no había visto nunca en nada ni en nadie. Mi perro Serafín con cola de rata, que desde entonces y para siempre se convirtió en mi sombra y en mi amparo, y en el único pedazo memorable de lo que soy.

A Gaspar, el perro dálmata cuyos ojos tuvieron que arrancar en una cirugía, lo adoptó la señora Fanny Martínez, una pensionada de sesenta y seis años que había perdido a su marido en un accidente. Nunca supo dónde lo dejó. A Chabela, la perra que padecía embarazos psicológicos, la adoptó la familia de Pacho Arbeláez, un abogado tributarista buena persona, que tenía dos hijas. Chontaduro, el gozque de la pata amputada, tuvo mala suerte: fue adoptado por una pareja de jóvenes —él un fotógrafo, ella una modelo— que lo regresó a los tres meses al Instituto, según ellos porque se iban de viaje. Allá compartió galpón con Vainilla, la perra de labio leporino, apenas por dos meses: porque al cabo de ese tiempo Vainilla amaneció muerta. Nadie la lloró. Chontaduro todavía espera quién lo adopte. Góngora, el ovejero que se perseguía la cola, fue adoptado por la familia del novelista Ricardo Silva Romero, y su esposa editora, donde terminó protagonizando una novela para niños.

Y Serafín terminó conmigo, como ya lo saben. Y me bastaron pocos días para confirmar que la diferencia entre las personas y los perros es que a los perros, efectivamente, nunca se les pasa el amor. Nunca, suceda lo que suceda. Porque después de los mordiscos iniciales, lentamente, casi imperceptiblemente, su vida se fue plegando dentro de la mía como si fueran una misma cosa.

No me di cuenta de cómo sucedió. Tampoco de cuándo. El asunto es que, como si la nuestra fuera una relación de siempre, Serafín se sentaba a esperarme donde yo estuviera. Cuando grababa, se acomodaba a mi lado, en el set de grabación. Si me ponía de pie, él se ponía de pie. Si me iba a dormir, se dormía en el piso, al lado mío.

Por aquellos días, además (un poco después del auge del video-insulto a PaolitaPaoPao), nos pidieron participar en una campaña para promover la adopción de otros perros rechazados y terminamos grabando juntos, una vez más.

Desde entonces vino conmigo a todas las grabaciones, fueran donde fueran, y protagonizó algunas, como aquella crónica digital de la que fue protagonista. El oportunista y falso senador Cancino —¿lo recuerdan?— no había renunciado a dar un favorable golpe de imagen con el atractivo y siempre bien recibido tema del cariño hacia los animales.

De modo que, después de haber rechazado a Serafín, decidió inventar una nueva estrategia que consistió en sacar adelante una declaratoria para decretar al Congreso de Colombia como un lugar *pet friendly*, en inglés: así fue el comunicado oficial.

Eso significaba que, en adelante, permitiría la entrada libre de animales a la sede del Capitolio, fueran del partido político que fueran: ¿no resultaba un verdadero acto de humor involuntario dejar ingresar animales a un lugar reconocido por tenerlos adentro? ¿No era el paraninfo mismo de las Cámaras un zoológico por la cantidad de bestias y delfines y lobos con piel de oveja que lo habitan?

El senador, entonces, lanzó su idea con bombos y estridencias y quisimos constatar en carne propia el alcance de su medida visitando con Serafín la sede más importante de la democracia, para

hacer un video: aquel recinto habitado por zorros de toda índole, zorros y zorrillos, y por momentos de ratas, para determinar si de verdad eran bienvenidos los animales. O si había gato encerrado.

Nos permitieron grabar por una hora. Serafín se paseó por todas las curules y marcó algunas de ellas con el rigor mecánico de su pierna levantada, mientras Mariete lo seguía con la cámara del celular.

Yo, entretanto, entrevistaba aleatoriamente a quien encontrara:

—Senador, ¿no considera que permitir el ingreso de animales al capitolio es maltrato animal? —le pregunté a un hombre del Partido Conservador famoso por colar micos en las leyes.

Entonces lo vi. O peor, él me vio a mí: el senador Cancino me extendió una sonrisa de tapete, de lado a lado del recinto, y se vino caminando hacia mí, hipócrita, amable, ante el foco encendido de los camarógrafos de prensa que cubrían ese curioso día del animal:

—¡Pero si acá está esa belleza de perrito que yo quise adoptar! —dijo casi a los gritos, efusivo y meloso, mientras se nos acercaba.

Serafín lo miró, indiferente.

—¿Puedo acariciarlo? —dijo con miedo.

—Adelante, senador —lo animé.

Entonces sucedió el segundo milagro de este libro porque, acaso como si hubiera recibido mi instrucción telepática, Serafín mordió de nuevo al senador, lo mordió en la mano, mientras Mariete lo grababa, y las cámaras de los noticieros capturaban la noticia, y sus colegas se le abalanzaban encima, algunos para ayudarlo, otros para constatar que de verdad estuviera herido.

—¡Saquen a ese perro ya de acá, chite perro hijueputa! —gritó el senador mientras se volvía trizas su falsa careta de amigo de los

animales.

—No se ponga así, senador —alcancé a decirle, todo bajo la lente de Mariete—: mejor aplauda que en este recinto usted ya no es el único que da mordidas.

Ese video tuvo muchas visualizaciones, por supuesto, y desde ese día, después del escándalo que armó el senador Cancino, el Congreso de Colombia fue, oficialmente, un lugar *pet friendly*.

* * *

Serafín me acompañaba a grabar dos veces por semana al estudio, y a escribir todos los días en el escritorio, y en ambos casos se acercaba cada tanto para moverme el antebrazo con el hocico y obligarme a consentirlo.

Y no se trata de convertir esta novela en un relato de aventuras, mucho menos a mi edad: el alopécico señor de cincuenta años que adopta un perro alopécico como él, con el que vive a tope lo que le queda de su vida ya vacía, su vidita ordinaria, y al que su perro lo convierte en una mejor persona. No se trata de eso.

Pero me resulta imposible no recordar lo que sucedió por aquellos días en que la rutina de Serafín y mi propia rutina se convirtieron en la misma. Me cuesta trabajo no recordar ya no digo los paseos al parque, en los que me sorprendía mi propia paciencia mientras esperaba a que Serafín repasara árboles u olisqueara a otros perros. O aquella vez en que hizo parte de un concierto para promover la adopción de perros tristes organizado por la Orquesta Filarmónica. Los músicos aparecían en el escenario acompañados, uno a uno, de un perro rechazado: perros cojos, perros tuertos, perros ciegos.

Aquella vez Serafín codirigió una pieza clásica en el Teatro Julio Mario Santo Domingo, nada menos que con el maestro Enrique Diemecke, que sostenía la batuta con una mano y la correa de Serafín con la otra, mientras yo me plegaba en la silla de la primera fila, a la vista de él, para que se sintiera seguro: si me alejaba, comenzaba a aullar con sus aullidos de perro ronco, de perro que no aprendió a ladrar, mientras rasgaba en dos la sinfonía n.º 6 de Gustav Mahler.

Por momentos me preguntaba qué le habría resultado peor a su destino de mascota del azar: si ser un perro callejero o ser el perro de un youtuber. Pero eran dudas retóricas y falsas, porque el único sufrimiento actual de Serafín consistía en no estar a mi lado: le daba igual si lo rodeaban congresistas o músicos de orquesta, personas de bien o cantantes de reguetón, mientras pudiera recostar su cabeza en mi antebrazo.

Quiero decir que se trataba de un perro al que jamás observé cambiar de humor desde que le permitieran estar conmigo; que gravitaba en torno a mí como la única forma de vida que aceptaba. Un perro que jamás hacía reclamos si salía a la calle sin él, ni cobraba mi retorno con rencores. Me esperaba parado a dos patas mirando por la ventana, y siempre me recibía con el asombro intacto de la primera vez, estrepitoso y feliz, gracias al cual convertía los regresos rutinarios de cada noche en una celebración definitiva: me lamía, me olisqueaba, me perseguía, como si quisiera estar lleno de mí mismo. Pues en el fondo sabíamos que su casa era su casa porque yo siempre volvía, como yo siempre supe que mi casa era mi casa porque él siempre me esperaba. Y esa frase también la leí en alguna parte. Pero ya olvidé dónde.

* * *

Ese era el amor que me ofrecía Serafín. Un amor extraordinario para alumbrar los días ordinarios. Lo único que le interesaba por encima de la comida era mi compañía. Por momentos me daban ganas de darle las gracias por quererme tanto, y en alguna tarde de tedio alcancé a imaginar lo que sucedería si llegara a morirse, e imaginé que le ofrecería unas lindas palabras delante de su tumba de pasto: «Gracias, Serafín, por haberme querido tanto sin que yo haya hecho nada particular para merecerlo. Voy a guardar tu recuerdo para siempre, así como tú te guardas en los huesos de la muerte».

Pero cuando Serafín murió no le dije nada. Sucedió mucho tiempo después, cuando ya nos habíamos convertido en una sola sombra larga, una sola sombra calva.

Por aquel entonces, en cambio —por los días que les estoy contando ahora—, nuestra amistad apenas empezaba. Mis hijas no me hablaban, mi esposa tampoco, mi papá me tenía en suspenso con el avance de su mancha. Una asociación de ecosexuales exigía jurídicamente que me retractara, al igual que otra de enanos; en las redes me llovían insultos, pero mis videos eran vistos. Mis días consistían en grabar con Mariete y en sacar al parque a Serafín, y muchas veces al revés. También en imaginar mi presentación ante el público y en secarme el sudor de las manos tan pronto como lo imaginaba. No sospechaba siquiera que estaba por abrir su mano dentro de mi pecho el infarto que me empujaría a la muerte.

Sucedió después. Poque sí: mi angustia de aquellos días consistía apenas en observar, preso del pánico, que el día de mi estreno como comediante se acercaba, y solo pensar en el monstruo de mil cabezas del público que me devoraría en una próxima jornada, me producía torrentes de sudor y noches blancas de insomnio.

Esos fueron los días en los que trataba de encontrar temas para mi monólogo de estreno. Nicolás Galindo soñaba con unas palabras torrenciales que torearan a la época y despotricaran de los enanos, los ecosexuales, los transespecie, la generación de cristal y todo aquello que pudiera sacar sangre, es decir, vender boletas.

Yo estaba dispuesto a hacerlo, naturalmente, como estaba dispuesto a lo que fuera por perseguir la fama, por acoger la gloria: desde adoptar a un animal canchoso como Serafín hasta ganarme el odio por siempre de los veganos. O la solidaridad de los calvos, porque Nicolás Galindo me lo había sugerido:

—Papito, mámeles gallo a los calvos, eso le permite hablar desde Séneca hasta el calvo Vélez: cásquele al calvo Vélez —me sugirió en una llamada, acaso como una orden.

Por esos días, además, los europeos sacaban a la venta una píldora para combatir la calvicie.

Antes de sancionarme con su desdén, mi hija menor me había enviado el pantallazo de una noticia según la cual la medicina acababa de encontrar la cura definitiva contra la alopecia. Se trata de una pastilla denominada Baricitinib que ya se encuentra a la venta en Europa y es capaz de ofrecer el milagro efectivo de que los folículos se revitalicen. A cambio, eso sí, de algunos efectos secundarios leves, como resequedad en la boca, acné. O terminar metido en política.

En mi libreta de notas escribí ideas sueltas que podían servir a mi monólogo de estreno: decir que recibí la noticia de que existía una cura eficaz contra la calvicie como si fuera un bálsamo. Literalmente. También que ser calvo es formar parte de una minoría por la que la humanidad no ha profesado ninguna solidaridad. Ni siquiera nos acoge la corrección política de la época. Nos llaman calvos sin pudor alguno: jamás «persona en situación de discapacidad capilar».

Si uno repasa la lucha de la humanidad contra la calvicie, descubre que Hipócrates, padre de la medicina, a quien apodaban el Gran Calvo, se embadurnaba la coronilla con excremento de paloma, desesperado de que su calvicie espantara mujeres: como si no fuera el olor. Que las célebres coronas de laurel de Julio César tenían el propósito real de camuflar sus lánguidas hebras despobladas. Que los egipcios se frotaban el cuero cabelludo con aceite, miel y alabastro, mientras la Dinastía XIX, de Ramsés II, se volvía experta en la fabricación de pelucas de pelo natural, como si ser calvo fuera delito.

Los vikingos pelados usaban una loción de excrementos de ganso porque en el guerrero nórdico las frondosas melenas eran tan respetadas como eran irrespetados los gansos.

El único momento en el que la alopecia resultó menos indigna fue en la Revolución Francesa, cuando la sociedad entera utilizaba pelucas.

¿Servirían todas esas reflexiones para engendrar una retahíla humorística que, dicha con gracia sobre un escenario, cosechara la fama y el aplauso?

Redacté entonces un borrador en torno a la pepa definitiva contra la calvicie. Pensaba informar que el costo del tratamiento ronda los

mil euros mensuales, lo cual significa que es una cura para millonarios: para calvos con entradas, así suene redundante. Y que ante semejante disparate la única salida que nos quedaba a los calvos era la aceptación. Es más barato. Y exaltar el nacimiento de Calvos Sin Fronteras, la ONG que pensaba lanzar como remate de mi primer monólogo.

Le mandé el texto que acababa de redactar a Nicolás Galindo. Y le pareció como el remedio de los gansos.

* * *

El otro calvo del que debía ocuparme era mi papá, cuya mancha de la espalda había crecido casi tanto como su nerviosismo. Inicialmente parecía el mapa de Cundinamarca. En poco tiempo, se había expandido como si fuera el croquis de Suramérica y él me mandaba todos los días reportes diarios de una zona que podría ser Brasil con pelos, Bolivia sin cordilleras: ¿en qué momento, me lamentaba, aprendió a tomar y mandar fotos?

Mis hermanas lo habían acompañado a hacerse los exámenes cuyos resultados entregarían el mismo día de mi debut, y esa nueva presión me ahogaba. Porque no pensaba en mi papá. Pensaba en mi debut. Así ha sido mi vida. Los asuntos urgentes no me permiten ver los importantes y antes que imaginar lo que sucedería si en el informe remitido por el centro oncológico apareciera el término «Positivo para cáncer», y cómo me quedaría doblemente huérfano a los cincuenta años, me agobiaban las dudas prácticas de la situación: ¿es fácil devolver el dinero de la taquilla? ¿El teatro cobraría alguna multa? ¿Mi fracasado debut sería a la vez el final de

mi carrera de comediante, antes, incluso, de que hubiera nacido? Y ya en un segundo momento: ¿cuánto sobrevive una persona con cáncer de piel? ¿La mancha de la espalda continuaría expandiéndose? Y más grave aún: ¿él seguiría enviándome sus reportes cartográficos a través del celular?

* * *

La vida de Serafín, entre tanto, consistía en estar conmigo o en esperar a que yo regresara a la casa, únicamente en eso, siempre parado en sus dos patas y con la mirada atenta en el vidrio, hasta mi regreso. Y una vez volvía, su vida consistía en estar donde yo estuviera, por encima de cualquier circunstancia: podía tener hambre o sed, pero si no lo llevaba yo mismo a su plato, prefería morir por inanición, pero a mi lado. Aparte de consentirle la cabeza de vez en cuando, no hice nada especial para ganarme todo su cariño. ¿En qué momento merecí que otro ser vivo me considerara su centro de gravedad, el propósito principal de sus días, quizás el único motivo por el cual valía la pena vivir y esperar?

No sé mucho de razas de perros. De niño solía clasificarlos por el pelo: los de pelo largo y los de pelo corto; los de pelo de lana y los de pelo de alambre. Descubrí de pronto, a mis cincuenta años, que los mejores perros son los que no tienen pelo. Los perros calvos. Los perros callejeros calvos. Los que mordisquean en la calle ese gran hueso de mundo muerto que es la luna, como dijo otro autor, cuyo nombre tampoco recuerdo, pero cuya cita se me viene a la cabeza cuando recuerdo aquellas noches en que me distraía mirando a Serafín, e imaginaba su vida de perro abandonado, las duras noches

callejeras a las que tuvo que sobrevivir bajo la luna: me dejaba llevar entonces por una espiral de suposiciones fantasiosas que me alejaban de la responsabilidad de afinar el monólogo de humor con el que debutaría en el Teatro Colombia.

Porque la fecha de mi debut era rígida como el alfiler en el calendario que la señalaba, y la superficie blanca del archivo de Word me absorbía como un hoyo negro.

No se me ocurría nada. Me sentaba frente a la pantalla y me distraía en minutos. Apenas me devolvía a la realidad la música de Anuel, tartamudo él, boqueto, cuyos mugidos de ternero herido debía soportar cuando mis hijas ponían su música a todo volumen y Serafín paraba las orejas —la oreja y media que sobrevivió a su vida en el asfalto— como si pusiera atención: ¿por qué no podían aficionarse a las canciones de Sabina?

Mi viejo y pobre amigo Serafín, por quien ahora, en este momento, comienzo a ponerme melancólico. El perro que caminaba parejo a mí, estrenando un orgullo limpio que no había tenido jamás en su vida de perro sin dueños, que sin darme cuenta se convirtió no tanto en mi mascota como en un estado anímico, la forma de resistir los embates tristes del domingo. Estaba allí sin condiciones. Sin horarios. Podía derrumbarse mi vida, pero yo sabía que podía apoyar mi cara contra su cuello, consentir su pellejo negro, repelido por los demás y aceptado por mí. Sabía que podía sacarlo a pasear para sentir, en el fondo, que era él quien me estaba llevando de paseo. Y utilizarlo de consuelo cuando me sentía derrotado. Porque todos los perros son psicólogos.

Les tenía pánico a las tormentas. Les tenía miedo y desconfianza a los humanos. A los desconocidos les ladraba con un ronquido

afónico, que se desvanecía en el aire y que no conseguía intimidar a nadie hasta que lo veían: porque podía ser el perro más feo del mundo ante los ojos de quienes no sabían mirarlo. En cambio, me daban ganas de pedir sus ojos prestados para aprender a mirar con su tristeza. Y esa frase tiene que ser de otra persona.

Con sus encías de pocos dientes mordía a las visitas, y todavía recuerdo aquella vez que mantuvo a raya a mi primo Miguel, a quien no permitió salir del baño hasta pasada una hora y media, cuando notamos su ausencia. La ausencia de Serafín, quiero decir, no la de mi primo Miguel. Me asomé para saber qué pasaba y lo encontré montando guardia en la puerta, mientras mi primo gritaba.

En el obtuso y tonto mundo de las clasificaciones caninas, los veterinarios inventaron el rótulo de «perros de rescate» como si en el fondo todos no lo fueran. Todos lo son. Todos los perros aman a sus dueños sin las condiciones que hay que poner de manifiesto entre los humanos: sin necesidad de pedirles que firmen bajo sello notarial que estarán en la riqueza o en la pobreza, en la salud o en la enfermedad. Y jamás abandonan. Y en eso también se diferencian de los humanos.

Les da lo mismo si su dueño tiene cáncer o dinero; si tiene los días contados o tiene todo por vivir; les da lo mismo si su humano vive de vender seguros o si es el autor de la lírica «Tú no eres bebecita, eres bebesota». Al perro solo le interesa estar con él, dormir a su lado. Y no hay nada más triste que un perro triste que sobrevive a su amo: está el perro que espera en vano a su persona en la estación del tren en que se encontraban todos cada los días, como el de la película de *Hachiko*, que vine a descubrir en aquellos tiempos, y está el perro que se trasteó a vivir a la tumba del humano

que lo cuidaba. Es un caso de la vida real: un perro fue al funeral de su dueño y se quedó a vivir en su tumba. Se llama Capitán. Todavía duerme al lado de la lápida. Sucedió en Argentina. El celador del cementerio le sirve la comida que financian quienes lo visitan.

Así imaginaba que sucedería con Serafín. Imaginaba que me moriría y que él marcharía con mis hijas detrás del féretro, y que se instalaría en Jardines del Recuerdo, como si la gente de Jardines del Recuerdo le permitiera quedarse: estoy seguro de que no, de que lo arruinarían todo con su política de no permitir el ingreso de animales. Como sucedía también en el Teatro Colombia, donde tampoco permitían animales. A menos de que se tratara de Nicolás Galindo.

* * *

Por eso tuve que padecer el viacrucis de ensayar el primer monólogo de humor sin Serafín. Me hice presente en el teatro, a la hora en que me citaron. Me esperaban Nicolás Galindo y sus dos asesores. Ante ellos tendría que someter el arrume de chistes sobre calvos que se caían uno a uno como pelos en la ducha.

Recuerdo haber subido por primera vez al escenario como si enfrentara un pelotón de fusilamiento. Las escaleras eran empinadas y oscuras y desembocaban en un piso de madera viejo, que traqueaba a cada paso. En el centro de la tarima había un chorro de luz hacia el que avancé mientras dejaba de sentir las piernas. Flotaba del miedo. Ocupé mi lugar. Un técnico me acercó un micrófono. Y, abandonado en la penumbra de la sala, como si escuchara mi propia voz en tercera persona, me oí decir: «Ser calvo

es un calvario y se los digo yo, que he sido calvo desde niño, el único calvo del colegio, exceptuando a los profesores, porque había profesores calvos. Como el de Matemáticas… Se preguntará alguno: ¿qué se siente ser calvo a los quince años? Se siente frío, eso es lo primero que se siente…».

Y dejé deslizar uno a uno mis chistes sobre calvos en el pozo de un silencio demoledor.

«Los calvos merecemos respeto; merecemos que se refieran a nosotros como personas en situación de discapacidad capilar. Porque no tenemos un solo pelo de tontos. Ser calvo es motivo de orgullo. Por eso propongo hacer el *bold parade*, y salir a marchar orgullosamente por las calles. Sin sombreros. Aunque con bloqueador».

Silencio profundo.

«Llevo años enarbolando una defensa de las personas que estamos en situación de discapacidad capilar. Porque los calvos contamos con un sexto sentido que nos permite conectarnos entre nosotros».

Paré de hablar. Alguien de la sala tosió.

—¿O sea que todavía hay alguien ahí sentado? —pregunté.

Nicolás Galindo tardó unos segundos en responder.

—Improvise, compa —dijo, por fin.

—No soy bueno para improvisar —le confesé—. De lo contrario, Berto ya me habría ofrecido un ministerio.

Fue la primera vez que escuché que se reían.

Porque, si de verdad quieren comprender este libro, deben saber que esta novela sucede durante el gobierno de Gustavo Berto Orrego, el presidente de Colombia: un país en el que los malos

presidentes se dan silvestres. Era el primer mandatario de izquierdas que teníamos, y subió con la simpatía de algo más de la mitad de los votantes que al poco tiempo vieron en su semblante presidencial el de un personaje disparatado, cuyos impulsivos trinos brotaban de su cuenta de X como una hemorragia.

—¡Tírese otro de Berto! —me alentó uno de los asesores.

No recuerdo qué dije en ese momento; lo que sí sucedió es que estuve durante cerca de media hora lanzando frases repentinas sobre Gustavo Berto, sobre sus promesas de delirio, sobre su forma de hablar, mientras aquellas tres personas frente a las que me presentaba se reían con un estrépito semejante al del propio presidente cuando vociferaba discursos en su balcón.

—Hermanito, métase por ahí. ¡Usted es el Luciano de Samósata de la sátira política, papá, usted es Lucilio! —me animó Nicolás Galindo.

—¡Y los Tolimenses! —complementó uno de sus asistentes.

—¡Y los Tolimenses, y todo el humor que le quiera añadir, brother!: ¡es por ahí! ¡Mámele gallo a Berto! ¡Eso es lo suyo!

Aquellos fueron los días en que me obsesioné con el monólogo que debía estrenar y, por ende, con el presidente de la república, cuyos discursos vehementes, en los que solía pedir al pueblo tomarse las calles en contra del establecimiento, arrojaban toneladas de material cómico.

Y esos fueron los días, también, en los que mi esposa me habló del divorcio por primera vez.

Tengo cincuenta años. La edad en la que los matrimonios se hunden como grandes buques tristes. Aparte de la erosión natural de las relaciones que duran décadas, por el lado de mi esposa existían nuevos pretextos para sentirse agobiada.

Lo deprimente es que la noche en que me dijo que se quería separar, lo hizo en medio de una escena doméstica tan obvia que producía vergüenza: sentada en su lado de la cama, mientras se desmaquillaba, después de regresar de la única comida a la que accedí a asistir, precisamente ante sus quejas de que ya nunca hacíamos planes.

Así de injusta es la vida, así de injusto el matrimonio. Hasta entonces sabía que envejecer es aprender a celebrar los modestos placeres de la vida y no existe ninguno más importante que la dicha de no salir de noche: la dicha de ponerse la piyama, enfundarse en las cobijas y arrullarse con el zumbido de la televisión hasta el exilio del sueño.

Acaso en ese momento de mi vida había un placer mayor: tomar nota de las noticias del presidente Berto para surtirme de material. Era la manera de seguir la directriz de Nicolás Galindo: «Métase por ahí, papá, sea el Aristófanes de los mamertos».

La noche que me pidió el divorcio, como les cuento, yo había cometido el gravísimo error de aceptar asistir a una comida —¡entre

semana!— a la casa de unos amigos de unos amigos de unos amigos, como ella misma me lo pidió.

—Nunca salimos a ninguna parte —me dijo a modo de chantaje, cuando me informó en la mañana de aquella invitación.

—¡Pero ni siquiera sabemos quiénes son! —respondí.

—¿Y?

Las comidas, al menos en Bogotá, vienen envueltas en unos rituales extraños difíciles de comprender. El más absurdo de ellos se denomina «el tour del propietario».

Consiste en que el anfitrión muestra la casa a sus invitados como si fuera el agente inmobiliario que la ofrece. En determinado momento, la anfitriona suelta una frase tipo «pero vengan les muestro la casa» y se lanza a presidir la ruta mientras el grupo de comensales marcha detrás de ella elogiando lo que le muestren: la cocina, el cuarto de los niños, la habitación principal.

He estado en reuniones en apartamentos muy chiquitos en los que, de todos modos, el anfitrión insiste en hacer la ruta. Nos apiñamos ochenta personas en una cocina integral diminuta, entramos por turnos a conocer el cuarto principal, creamos un sistema de intervalos para subir a conocer el altillo «donde oye música Jorge», y regresamos a la sala media hora después, lanzando elogios hipócritas, generalmente apoyados en eufemismos: en lugar de decir que el sitio es infernalmente enano, uno dice que el apartamento es acogedor; en vez de decir que la decoración es de gusto de mafioso, uno afirma que todo es muy auténtico.

En uno de los cuartos siempre yace en la cama un adolescente que, sin desconectarse de su aparato tecnológico, hace mala cara y no saluda, a pesar de la insistencia de los papás. ¿Por qué piensan

que a uno le puede interesar conocer la casa? ¿Por qué, puestos en esas, no muestran también el carro, el depósito? ¿Qué quieren que uno elogie? ¿Los calzones que estaban colgados en la ducha? Invitaron a comer. ¿Por qué no sirven en lugar de estar mostrando «el sitio donde Jorge oye música»?

Tampoco entiendo el resto del ritual: que sirvan al filo de la medianoche, cuando comer da reflujo; que procuren a lo largo de cada minuto de la jornada que uno se emborrache y que, más indignante aún, no lo consigan. Y que a la salida, ya fuera de la casa, mientras uno conversa de forma cómplice en la calle con los demás invitados, alguien se pregunte de mala leche de dónde habrán sacado los anfitriones tanta plata, si acaso lavan dinero.

El anfitrión de la comida a la que me obligó a asistir mi esposa se llamaba Hernán, era abogado, y después de señalar cuál posición debía ocupar cada uno en la mesa, como si fuera un técnico de fútbol, puso tema de conversación.

—Qué tal esa vaina del presidente en Panamá: ¡se le voló a la esposa! —se quejó, divertido.

—Ahí está pintado, es un inmoral —dijo su mujer, mientras hacía circular el charol de plata con rebanadas de un lomo crudo en el centro, pero quemado en un extremo, como si se tratara de una alegoría política.

—Solo falta que comiencen las expropiaciones, como en Venezuela —volvió al ataque el señor de la casa.

Pensé en expropiarle el pedazo de lomo que se acababa de servir, a todas luces el mejor, porque venía sin nervios. Como él. Que hablaba con suficiencia. Pero no me fue posible: se lo agarró él.

Hernán pontificaba mientras yo me sentía fuera de lugar y solo quería un pedazo de lomo. Solo eso. Pero para mi desgracia, la bandeja estaba en el otro extremo de la mesa mientras yo, en el centro, me sentía inmóvil, incapaz de alcanzarla. La alegoría política no podía ser más amarga.

La única vez que abrí la boca fue para pedir, con discreción y veinte minutos después de haberme sentado, que, por favor, alguien me pasara la comida, la miserable rebanada de lomo que todos habían despreciado y que yacía abandonada en el charol.

La señora de la casa al final se conmovió:

—¿Quieres una tajada? —me ofreció como si plagiara al senador Cancino cuando hablaba de negocios.

En la bandeja flotaba apenas un pedazo menor que deglutí en dos mordiscos, mientras el hambre me consumía sin que pudiera reaccionar: porque el único reaccionario de la mesa era Hernán, que durante toda la noche habló de política y pidió mano dura.

No quiero estar aquí, pensé. Echo de menos mi cama. Echo de menos a mi mamá. Echo de menos a Serafín.

La anfitriona interrumpió mis pensamientos:

—¿Seguro no quieres repetir? —preguntó.

Le dije que no, porque era evidente que no quedaba nada, y soporté con estoicismo lo que faltaba de reunión: el postre miserable, el café eterno, la despedida tan anhelada como larga.

Llegué muerto de hambre a la casa, y después de saludar a Serafín, siempre efusivo a mi regreso, me preparé un cereal, me lo comí mientras ponía el canal de las noticias y me prometí a mí mismo no volver a salir a comidas, y así se lo dije a mi mujer mientras se desmaquillaba.

—Me quiero separar —dijo por único comentario.

—¿De mí? —pregunté.

Así es la vida. Quise despertar al anciano que ella misma había recogido en la mañana para denunciar ante él semejante injusticia. Mi esposa se quería separar como si fuera yo el desordenado, o el que recogía intrusos y les regalaba su ropa sin consultarle, o el que la obligaba a ir a comidas en casa de gente que apenas conoce. Y entre semana.

Pero no tuvo compasión.

—Desde que te dedicaste a ser youtuber te volviste imbécil —dijo sin una sola sombra en la expresión—. Y no tienes tiempo para nosotras. Solo para las redes. Para tus estúpidos trinos y videos sin los cuales no puedes vivir —remató impasible.

Me quedé en silencio mientras pensaba que, si hubiera grabado la escena, habría tenido muchas visualizaciones.

Bajé una pierna de la cama y con ella toqué a Serafín. No sé por qué lo hice, pero fue mi única reacción.

—Ahora, además, no paras de ver noticias: las niñas dicen que te volviste insoportable, que pareces obsesionado con Berto.

—Yo no las crie: esa es la verdad —me defendí.

—¿En qué diablos te convertiste? —remató sin escucharme.

Iba a responderle que en etnia cósmica, pero preferí guardar silencio.

—No más noticieros —le di mi palabra—. Miremos otra cosa. Una serie de viajes. A Panamá, por ejemplo.

Pero no se trataba únicamente de un asunto televisivo. Tampoco de un juego. Mi esposa, de verdad, se sentía agobiada por mi culpa. No me soportaba.

—Es lo mejor para los dos y para las niñas —me dijo.

—Y para mí, si me permiten un saco para dormir, que hace mucho frío —dijo desde la puerta el anciano recogido mientras ella se ponía de pie y le entregaba el único saco que me hormaba.

Regresó a su lado de la cama y apagó la luz. Me quedé despierto por un rato. En la punta de los dedos sentía a Serafín, sus pelos rasposos, su desvencijada cola de rata. Y el universo se me recomponía sin ideales ni esperanzas.

* * *

«No hay evidencia científica de que un perro muera para salvar la vida de su dueño; sin embargo, hay situaciones que escapan a la razón y solo se pueden entender desde el corazón y desde la espiritualidad», decía el artículo de la revista *Selecciones* que mucho tiempo después una enfermera me acercó a la cama de la clínica.

Odio la revista *Selecciones*. Odio la superación personal. Odio toda explicación de la vida que no la conciba como un disparate biológico, terco, organizado y armónico, pero a la vez carente de cualquier sentido: un sinsentido de la materia que no se puede explicar desde el cosmos o las energías, como lo pretenden hacer muchos de sus artículos.

«De acuerdo con algunas creencias, nuestras mascotas no llegan a nuestras vidas por casualidad, sino para dejarnos enseñanzas y aprendizajes —leí al borde del vómito—. Espiritualmente, los perros son protectores energéticos innatos, esto quiere decir que absorben las malas energías que lleguen a ti o que permanezcan en el ambiente, elevan la energía positiva y ayudan a armonizar el

espacio, y por eso se sabe de muchos casos, sin explicación científica, en los que los perros absorben la enfermedad de sus amos, o la somatizan con otra enfermedad, para salvarlos. Perros que terminan dando la vida por sus amos», remataba el artículo.

Cerré la revista y la tiré a los pies de las cobijas.

Pero para llegar a esa parte de mi vida en que estoy en una cama de hospital leyendo el ejemplar de *Selecciones*, falta todavía un rato.

Y digo un rato por decirlo de cualquier manera, porque falta, en realidad, que les cuente lo más difícil de esta historia.

Si de verdad quieren saber lo que me sucedió cuando mi esposa me dejó pasmado luego de pedirme el divorcio por haberme convertido en lo que soy, en lo que era —un ser humano tan obsesivo con sus propios asuntos como despreocupado de los de sus hijas o de su esposa—, deben estar dispuestos a escuchar primero la forma en que me peleé con Mariete y lo que sucedió después en mi debut.

Porque todo es susceptible de empeorar y el cúmulo de desgracias se sueltan una tras otra una vez que la primera se libera. Y sí: dos días después de que mi esposa me dijera que no me aguantaba más, acaso como un reflejo, yo mismo me escuché diciéndole a Mariete lo mismo. Que no lo aguantaba más a él.

Sucedió en el último ensayo, dos días antes de la función de estreno.

El leal, el «Risa pegajosa de idiota» Mariete me acompañó a la prueba definitiva de mi repertorio. Para mal del país, y felicidad de sus humoristas primerizos, el primer presidente de izquierdas de la historia de Colombia había aparecido a lo largo de toda la semana con una gorra sideral que no se quitaba nunca, de ninguna manera:

viajaba, comía, abrazaba, rezaba, locutaba, ¡recibía jefes de estado en corbata, siempre con aquella cachucha gigantesca, que lo hacía ver ridículamente enano —de talla baja— y ridículamente tonto!

En las noticias informaron que se había sometido a un procedimiento capilar estético: ¡que se estaba implantando pelo! ¿Qué lo llevó a sus sesenta y tres años a tomar tan tardía decisión? Pero sobre todo: ¿creía de veras que nadie se daría cuenta de su cursi vanidad, tan contradictoria con sus discursos sobre los desposeídos, cuando se quitara la gorra y apareciera, de forma súbita, una frondosa cabellera con la cual podría promover keratinas?

Es el presidente de la república. Lo vemos en televisión todos los días. ¿Suponía acaso que no notaríamos la forma en la que, aparte del poder, se le subía otra cosa a la cabeza?

El primer presidente de izquierdas de Colombia se instaló unos injertos de pelo en la coronilla y yo no podía contar con más suerte. Me permitiría reciclar lo menos malo de mi material sobre calvos, pero con él puesto en la mira. Todos aquellos chistes se revitalizarían cuando fueran dichos en función de tomarle del pelo al presidente. Por decirlo así. Podría sugerirle que lanzara una reforma tributaria para financiarse la compra de una caja de comprimidos de Baricitinib importada desde Europa.

* * *

Mariete, pues, me acompañó al teatro, subimos por el camerino, trepamos las escaleras, él salió a la platea, yo salí al vacío del

escenario, y tomé el micrófono e improvisé chistes sobre políticos criollos, en especial sobre el presidente.

Chistes que detesté.

Chistes que no me despertaron risa alguna.

Chistes que presagiaban mi naufragio ante un mar de gente.

—Al presidente Berto su calva lo tenía hasta la corinilla y decidió ponerse implantes: ¡qué calvario!

Mi voz resonaba en el silencio vacío de la sala, las manos me sudaban, y oí con claridad la risa de relincho de Mariete.

—¡El cambio prometido era un cambio de look! Como presidente de la ONG Calvos Sin Fronteras, exijo al primer mandatario que afirme o desmienta públicamente si lo de sus implantes es cierto antes de que esta versión, al igual que su futuro pelo, haga carrera.

De nuevo la carcajada de helio de Mariete retumbaba en el salón sin gente.

Al tercer chiste que produjo la carcajada aguda de mi sobrino de pelo de moña me salí de casillas y lo eché del teatro. Fue un instinto, una reacción. Pedí que prendieran las luces y allá mismo, delante del técnico que aguardaba en la cabina, le grité:

—No sigo hasta que te vayas…

—Pero tío, si solo me he reído: ¡está de cojones! ¡Es la hostia!

—Te largas, no me puedo concentrar contigo, ¡te ríes como un tonto!

Fue la primera vez que Mariete, el optimista, Mariete, el entusiasta, hizo cara de pasmo. Como si por primera vez conociera en carne propia el sentido trágico de la vida. Ahora lo recuerdo y me entristece.

—¡Te vas! —le grité—. ¡O no sigo!

Se retiró perplejo, al borde mismo del llanto, y en su mirada veía el mismo rastro de desamparo de cuando me tocaba dejarlo algunas mañanas en la puerta del colegio, y se quedaba detrás de las rejas suplicándome con la mirada que no lo dejara solo.

El pobre y leal Mariete, a quien en mis oscuros días con los nervios de punta también ofendí. ¿Me perdonaría Mariete? ¿Sería capaz de sacar adelante la función de mi debut sin tenerlo a mi lado?

* * *

El estreno de mi nuevo oficio de comediante sucedería un martes 13 y nada podía importarme menos que la fatídica coincidencia de esa fecha que produce angustia en los supersticiosos: ya les dije que no creo en nada. Ni en el horóscopo, ni en las energías de los árboles que abrazan las modelos, ni en los perros que se mueren por sus amos: en nada. Tampoco en las modelos.

La marea de mi angustia alcanzó su mayor estatura en la tarde anterior. Es verdad que llevaba noches sin dormir. Que, a pocos días de mi estreno como humorista, mi vida era una pequeña tragedia, como esos horribles payasos que lloran que mencioné al comienzo: los payasos de Lladró. Que a las pequeñas debacles cotidianas que se acumulaban cada día —la distancia de mis hijas por haber ofendido a PaolitaPaoPao y a su bebé Matías, la amenaza de divorcio de mi esposa, mi pelea con Mariete— se sumaba la presión mayor de someter mis ataques de pánico a la prueba más grande de mi vida. En las madrugadas en vela, contra mi propia almohada oía los latidos nerviosos de mi corazón, desbocado en su ansiedad.

Faltaba recibir, además, la noticia del cáncer de piel de mi papá, de ese Quijote de la Mancha —imaginaba que así lo llamaban en el laboratorio oncológico— que procuraba mostrar una enorme fortaleza para encajar el momento. Siempre ha tenido la piel dura, si se puede decir así. Por eso me sorprendió cuando mi celular recibió un diluvio de audios sin voz, audios enviados por error, después de los cuales apareció la foto del resultado de su examen: ¿tenía cáncer? ¿Le esperaba despeñarse por el filo de la enfermedad de forma dolorosa y lenta, mientras yo iniciaba mi nueva carrera? ¿No sería testigo de ella, ni de la adultez de mis hijas? Un carrusel de fotos color sepia pasó por mi cabeza mientras daba clic al documento en la pantalla: mi papá y yo desde siempre, desde que yo era bebé, desde que me vestía con uniformes de Santa Fe, desde que él tenía pelo y yo, recién nacido, ninguno; desde que yo tenía pelo y él, un hombre de cincuenta años, ninguno. Y ahora: cuando nos empata la misma calvicie y mi cara comienza a repetir la suya. Mi papá, mi leal papá de siempre, se situaba al lado de la muerte mientras el documento del laboratorio oncológico se abría en mi celular y el universo se me reconstruía sin ideales ni esperanzas.

* * *

La situación con mi esposa parecía normal: después de mostrar sus ínfulas separatistas, la rutina sumergió el problema momentáneamente. La inminencia de la presentación valía una tregua, por lo menos. Y la noche anterior mis hijas se dignaron a hablarme. Pero para pedirme favores.

Algo era algo, sin embargo.

Ya había averiguado a la fuerza que ser papá es comer ruinas de helados cuando son chiquitas; recoger, en orden de aparición, juguetes, paquetes de chucherías, ropa; dormir de afán, cosa que jamás creí que pudiera suceder.

Cuando las dos eran bebés, pasábamos las noches en vela con su mamá porque tenían hambre, o cólicos, o porque necesitaban un cambio de pañal. Pero verlas sonreír compensaba cualquier esfuerzo, pese a que solo hay algo más conmovedor que ver sonreír a un hijo, sobre todo cuando es bebé, y es verlo dormir. Ver que al fin se queda quieto y que uno puede aprovechar. ¿Aprovechar a qué? A dormir uno también. A dormir de afán.

Como adolescentes tampoco dejan dormir; mucho menos ver el noticiero. Este año, el año de mi infarto, descubrí que ser papá de adolescentes es ser víctima de, para decirlo en palabras parecidas a las del presidente Berto, un verdadero Estado opresor; de una pequeña élite por culpa de la cual uno ha de soportar todo tipo de ignominias: ya les dije que mis hijas sintonizan estruendosas emisoras en las que retumban letras de reguetón; que me obligan a ver series que solo tienen sentido para ellas; que me piden ayuda para las tareas a última hora, generalmente los domingos, generalmente de noche; que a mis cincuenta años regresé al grado noveno y sufro desde entonces por sacar una derivada, por despejar una X.

Aunque prefiero sacar derivadas a sacar el carro, especialmente de noche. Porque lo más difícil de padecer la adolescencia de las hijas es la logística nocturna: aquel momento en que uno las recoge en una fiesta y observa, preso del pánico, que aparecen en escena acompañadas de un cuarteto de amiguitas que viven en los cuatro

puntos cardinales de la ciudad, a las que tendrá que repartir entre bostezos a lo largo de hora y media (mientras sintonizan, cómo no, una emisora de reguetón).

La noche anterior a mi debut, retomo, ambas rompieron el silencio con el que me sancionaban —con el que me cancelaban, como dicen ahora—, y lo hicieron en el momento justo en el que me desplomaba felizmente en el sillón para observar el resumen de noticias. Necesitaba tomar notas sobre el presidente para mi monólogo.

—Levántate que vamos a ir a la casa de María —ordenó la mayor.

—¿Perdón?

—Perdonado —agregó la menor—. Por hoy puedes llevarnos así, en piyama. Pero sin la ruana.

En vano resultó advertirles que estaba dispuesto a trabajar como conductor únicamente los fines de semana, no en las noches de días hábiles, mucho menos en la única noche en que de verdad necesitaba descansar; que, en lugar de ir a donde María, debían dormirse temprano, hacer tareas: obedecer. Que además necesitaba estar al tanto de las noticias para poder opinar sobre ellas en mi debut, máxime en este momento de efervescencia y calor en que el presidente de la república Gustavo Berto Orrego se trepaba en el balcón como si fuera el precio del dólar y lanzaba emocionantes vibratos para que los suyos se tomaran las avenidas con profunda irresponsabilidad, sin pensar en las consecuencias que podrían padecer sus seguidores ahora que salir a la calle es un auténtico peligro; y que, para mayor desprecio, lo hacía bajo el peso de su ridícula gorra.

De modo que esta vez, electrizado por el ejemplo revolucionario que había observado en la pantalla desde que estudiaba al

presidente de Colombia, decidí dar un golpe en la mesa, arrancarme el yugo español que me apretaba el cuello como si se tratara de la Orden de Isabel la Católica, y declararme en rebelión; e improvisé un rincón en el corredor de la sala desde el que me trepé a una silla, a modo de balcón, para radicalizarme de una buena vez.

Con una revista que tenía a la mano, enrollada como megáfono, las increpé:

—Ordenan el cuarto o les saco la gente a la calle —les dije, en el mismo tono de oratoria del primer presidente de izquierdas—; recogen la ropa o se les viene la revolución. ¡Ese cúmulo de normas del establecimiento maleducado que ustedes representan desde hace quince y dieciséis años no será impedimento para que llegue el cambio, privilegiadas! ¡Y olvídense de las chaquetas marca Martín Metalero!

—Es Martín Patalero —me alcanzó a corregir la menor, casi sin voz, desde el estupor.

—Y mi mamá ya nos la compró —aclaró la mayor.

Di otro golpe en la mesa y añadí que mal había hecho su madre al patrocinar sus gustos de yupicitas blancas neoliberales:

—¿Qué sigue en el futuro próximo? ¿Que pidan zapatos Ferragamo?

Para el momento ambas tenían los ojos abiertos, parecían desencajadas ante mi reacción de reaccionario.

Era vidente que los recursos para ganar un mínimo de gobernabilidad como padre de familia estaban funcionando: «¿Con qué tema polarizo?, ¿con qué las asusto?», pensaba en medio de mi alocución. «¿Cómo consigo que se dividan para atomizar sus

fuerzas?, ¿cómo me salto la división de poderes que tienen con su mamá para sacar adelante mi agenda de padre protector?».

—Os digo lo mismo que el presidente Berto dijo a sus seguidores: ¡si me toca apelar a la movilización, lo haré! ¡No sacaré más derivadas! ¡No despejaré más X! ¡En la madrugada solo llevaré a sus casas a amiguitas que sean vecinas! ¡El pueblo no puede dormirse!, y en eso se parece a mí, ¡por culpa de ustedes!

Cuando terminé mi esmerada alocución, en el recinto de la sala solo quedaba Serafín, atento, como siempre, a mis palabras. No se me ocurrió pensar entonces que mi popularidad había mermado. Al revés: supuse que el pueblo se había dispersado con la conciencia plena de permitir los cambios que acababa de plantear, so pena de atenerse a las consecuencias.

Me di cuenta de que no era así cuando las vi salir en el carro con su mamá. Ella sí había estado dispuesta a trastearlas. La seguían dos señoras que había recogido aquel día, a las que después les tuve que ofrecer mis buzos favoritos porque ambas eran friolentas: la señora Marina y la señora Yadira, hermanas y ancianas, con las que se topó a la salida de su tienda y a las que terminó llevando a la casa como a todas las demás.

Hasta aquel momento, reconozco que jamás les había negado a mis hijas un favor o desobedecido una orden.

Pero no me importó. Era la noche previa a mi estreno. Necesitaba ver las noticias para nutrir el repertorio. Pero el noticiero pasó volando con su arsenal de titulares y entonces entré en pánico. No se me ocurría nada nuevo. Ninguno de mis chistes era bueno: al menos no mejor que el gobierno del que pensaba burlarme. No sabía entonces si acudir a la noticia vieja de que el presidente había

hecho un paseo romántico, con una mujer misteriosa, por las calles de Panamá: no sabía si era muy entrometido. ¿Era demasiado? ¿Tienen derecho a su vida privada los políticos? ¿Tienen vida privada? ¿Tienen alma?

La noche antes de mi estreno tuve que salir a la calle a respirar. El cielo —lo recuerdo— estaba despejado. Aunque nunca tan despejado como X.

Mi novela de iniciación de cincuentón se acerca a la parte más difícil de la trama porque al fin llegó la noche de mi debut, y a partir de este punto todo lo que les he dicho toma sentido, las piezas comienzan a encajar.

No sé si les ha sucedido que sienten que su propia vida se pone en su contra, que los sucesos de su modesta existencia parecen confabularse para arruinarla hasta el final.

Así me sentía el día en que debía debutar. Alejado de mis hijas, distanciado de mi esposa, de pelea con Mariete. Con una oruga de angustia que se arrastraba por mi píloro y no me permitía respirar.

Ese día, como siempre, dormí mal y observé el lento paso de las horas, una por una, como debía sucederles a los condenados a muerte en el último día de sus vidas.

Maté el tiempo como pude. Leí. Oí música protesta. Oí el concierto de Sabina de *Nos sobran los motivos* entero. Es el mejor disco de Sabina. Pueden anotarlo. Sobre las cinco de la tarde decidí ir hacia el teatro. Antes de salir acaricié a Serafín, que se volcó de panza a exhibir esa hernia espantosa que le sobresalía del ombligo. No quedaba cerca, pero quise hacerlo a pie. Y en completa soledad, naturalmente, porque nadie en la familia parecía haber notado que me enfrentaba al día más difícil de mi vida.

De modo que, sin mayor preámbulo, lancé un grito de despedida general, que nadie respondió, y salí a la calle, y, cuando ya había

dado unos pasos, me dio por mirar hacia atrás, hacia la casa, y vi a Serafín en su sitio de guardia: otra vez parado en dos patas, como siempre, asomado a la ventana, el hocico contra el cristal, ligeramente empañado, la oreja y media en actitud vigilante, y me dieron ganas de regresar, de quedarme con él, me dieron ganas de llorar, de escupir la babosa del miedo que tenía en la boca y no enfrentar a nadie, ni al público ni a nadie, y acostarme como una larva en el suelo mientras lo abrazaba y sentía algo de tranquilidad, y pensaba en mi mamá, y recuperaba la respiración, y estaba a salvo de algo, a salvo de todo, Serafín y su cola de rata, mi compañero de siempre, mi único compañero al que no podía llevar al escenario en el día más angustioso de mi vida. Malditos los que no dejan entrar a los perros a sus teatros. Malditos los que discriminan a los perros. Maldito Nicolás Galindo y sus dos asistentes sabihondos y pendejos.

Maldita en general mi vida triste de humorista que siente ganas de llorar a los cincuenta años, mientras camina al teatro y las manos comienzan a sudarle a borbotones, y siente la larva de la zozobra palpitándole en la boca de la barriga.

Ese era yo, amigos. El hombre que caminaba sin sentir las piernas mientras saludaba al celador del Teatro Colombia, que vivía en tercera persona su ingreso al camerino, el estrechón de manos a Nicolás Galindo y sus dos tarados, el saludo a la señora del aseo que servía los cafés, al señor del micrófono y a la de las luces.

El hombre calvo que no quería estar ahí, que sentía que su propia vida ocurría por fuera de él, como si viera una película en una pantalla en la que él era el protagonista.

Una película o un dramatizado de la tarde, porque a las 8:00 p.m. comenzaba la función y eran las 5:30 cuando tuve la certeza

inquebrantable de que no podría subir al escenario. De que la función debía cancelarse. De que no tenía por qué demostrarle nada a nadie, ni enfrentar ese miedo, ni salir de mi zona de confort, como decía PaolitaPaoPao en uno de sus videos motivacionales, porque solo se vive una vez, y todos vamos en fila hacia la nada, y ninguna hazaña tiene sentido, grande o pequeña, mucho menos esta gesta modesta de presentarse en un local de un barrio que se llama Chapinero, de una ciudad que se llama Bogotá, en un país miserable que se llama Colombia de cuya existencia no sabe la gran mayoría de árabes y de asiáticos, o de gringos, directamente: un país que queda dentro de un mundo terco que gira incesante, sin sentido alguno, dentro de un universo frente al cual es una mota, un migaja sin luz en el vacío: demostrarle qué a quién, padecer cuál suplicio para comprobarle qué cosas a qué personas si nada de esto importa, si nada tiene sentido.

En el viejo reloj de mesa del camerino me di cuenta de que eran las 6:23 p.m. cuando tomé la decisión de que no me presentaría.

Lo dije ocho minutos después, a las 6:31; para entonces el ataque de pánico me había aplastado sin remedio, y no podía respirar.

Nicolás Galindo me dijo que no era posible:

—Está loco, compadre: ya está llegando la gente —me respondió.

Y subió el dedo índice para que escuchara el murmullo del público en la gradas con mayor atención:

—¡Escuche eso, papá! ¡Vamos a estar repletos! —anunció, y luego celebró el éxito de taquilla con una carcajada.

No sé en cuál otra cabeza —diferente de la suya— podía caber la idea de ayudar a superar un ataque de pánico pidiendo a la víctima que lo padece que oiga con atención la llegada del público. Pero el

rumor de los asistentes se escuchaba por oleadas que iban creciendo, olas que reventaban en mis sienes una por una, y supe entonces que de todos los ataques de pánico que había sufrido en mi vida, este era el peor, el que me llevaría con él.

Eran las 6:37 cuando dije la única verdad que he dicho desde el alma:

—No puedo subir. De verdad lo lamento.

Y era cierto: no podía.

Yo sé que gran parte de ustedes estará pensando que fue justo en ese momento cuando sentí un puñetazo invisible en el estómago, el corrientazo en el brazo izquierdo, el dolor en las costillas: sé que casi todos ustedes están por pensar que en ese momento me dio el infarto.

Porque deben recordar —y lo digo por última vez— que esta no es mi historia, sino la historia de mi infarto.

Pero no me dio un infarto; en cambio, sonó el primer llamado en el altavoz para que la gente tomara sus asientos.

—Primer llamado: ocupen sus asientos, primer llamado.

La voz de megáfono alcanzaba a escucharse en el camerino.

Las piernas me comenzaron a temblar, sin control alguno.

Podía sentir el pálpito en el esófago, en el estómago, en el yeyuno.

Nicolás Galindo me señaló el reloj.

—Ya casi, compadre —amenazó.

El altavoz del teatro sonó de nuevo:

—Segundo llamado: la función está por comenzar. Segundo llamado.

Sentí que necesitaba ir al baño. Y hui, hui de mí, hui de todo, a galope tendido hacia el baño, donde duerme lo antiguo de mis venas y un lucero es el pueblo más cercano.

Desde el baño escuché el tercer llamado y juro que jamás había sentido tal sensación de agobio, tanta angustia concentrada en lugares específicos del cuerpo.

Nicolás Galindo tocó la puerta del baño:

—Le toca salir ya, compadre.

Quise dar un paso, pero no pude.

Porque las piernas no me obedecían. Como si tuvieran vida propia, o, más bien, como si no la tuvieran, no se despegaban del suelo, se sembraron en las baldosas despintadas del emblemático Teatro Colombia.

Abrí, pues, la puerta para salir, con los músculos entumecidos, acaso para buscar por cuál corredor huir.

Nicolás Galindo, entonces, señaló hacia una esquina:

—Mire allá, compadre.

Y en ese momento entraron, en este orden, Serafín —a quien de forma excepcional habían dejado ingresar al teatro—, seguido por mi hija menor, que sostenía su correa, seguida por mi hija mayor, y luego por Mariete, y después por mi esposa: estaban todos.

Detrás de mi esposa, por si fuera poco, venía mi papá. Mi papá con una sonrisa enorme, libre de angustias: porque —lo sé— dejé en suspenso el resultado de su examen que fue a favor, y el expansivo mapa de su espalda resultó ser una roncha miserable.

Detrás de mi papá, se acercaban mis hermanas. Solo faltaban, acaso, las cenizas de mi mamá.

Allí estaban de nuevo. En primera plana, la misma familia que me regaló la sorpresa de Serafín repetía la dosis, pero esta vez con Serafín como parte de ella.

No hace falta decirles que lo primero que sentí fueron ganas de llorar. Y que por poco lo hago cuando Serafín se me abalanzó y me lamió la cara, y cuando, detrás de él, todos se botaron encima de mí para darme una suerte de abrazo colectivo semejante al de los jugadores de fútbol.

No es necesario contar con mucha gente. Basta con que estén los mismos de siempre.

Y las tales hermanas Yadira y Marina, las friolentas. Que ya se nos pegaban para todo.

Eran las 7:00 de la noche cuando mi esposa puso la correa de Serafín en mi mano y lo impulsó para que subiera al escenario.

Tiró de mí hacia la boca de la escalera. Y a las 7:01 minutos de la noche el perro Serafín, sobreviviente a las peleas de la calle, a los charcos sin luna de las noches bogotanas, el mismo perro que me mordió dos veces y que humilló a las húmedas cenizas de mi mamá, surgió frente a las setecientas personas que compraron boletas para ver mi primera función.

No se asustó ante el aplauso de saludo. No se asustó ante las luces. Tiró de la correa con decisión, y lo único que yo hice fue seguirlo, y lo que sucedió aquella noche lo recuerdo por fragmentos, pero lo que jamás pienso olvidar es que Serafín se recostó en el piso, al lado mío, durante toda la función, y estuvo ahí firme como un bastón. Y que por él yo pude sostenerme. O mejor: que él me sostuvo. Que sin él no lo habría logrado. Nunca. Jamás.

Esta es la historia del perro al que le debo el único atisbo de valentía pública que he tenido a lo largo de mi vida. También es la historia de la familia a la que le debo el perro. Es la historia de una familia que tenía un perro, o de un perro que tenía una familia, pero sobre todo es una historia a la que no le queda mucho tiempo. Dentro poco va a terminar. Y su final puede ser sombrío para algunos.

El hecho es que eran las 9:23 p.m. cuando bajé del escenario respaldado todavía por Serafín y me abracé de nuevo con mi familia: con mi hija menor, que en esta novela se llama así, la menor; con mi hija la mayor, que se ganó ese nombre aquí; con mi esposa de siempre. Con mi papá y sus achaques. Con Mariete.

Nunca podré saber a ciencia cierta, entonces, por qué, al día siguiente, fui víctima del infarto.

* * *

Aquella mañana pude dormir hasta tarde y amanecí exultante, como nunca jamás me había sucedido. Toda la casa avanzaba en un miércoles cualquiera: mi esposa iba a su tienda, mis hijas al colegio, Mariete dormía en su habitación, mi papá había mandado cinco audios y Serafín roncaba a mi lado.

Por un instante inmenso vislumbré nuestra unidad perdida, la gloria que es ser hombre, la dicha que es ser hombre y compartir el pan, el sol, la muerte, y el olvidado asombro de estar vivos, como dijo un poeta cuyo nombre —ahora ya lo saben— tampoco recuerdo. Amanecí, pues, exultante para celebrar a mi familia, y —¿quién lo

dijo?— también a los perros de alma buena y a los mendigos que son buenos con ellos y les comparten la comida y la cobija.

El mundo por primera vez tenía sentido. La vida, al final, respondía a una lógica que podía ser feliz. Tener cincuenta años era una forma de celebrar la vida en su madurez.

Entonces un calambre de dolor me atacó por la espalda y se diseminó por la zona lateral del cuello, como un abrazo. De un momento a otro la quijada se me paralizó. Con la boca entumecida pedí auxilio a Mariete. Al rato ya estábamos en dirección a la clínica en un Uber, a donde pude entrar caminando con pasos de astronauta, porque sentía que mi cuerpo avanzaba contra la gravitación.

Atravesé la puerta de Urgencias. Me sentí flotar hacia la ventanilla de atención al público. Recibí la ficha de mi turno. Acompañado de Mariete, me puse de pie cuando escuché mi nombre y me senté en una camilla a la que me condujo una enfermera. Ahí me separé de Mariete, del enano cósmico, y por un instante sin límites sentí un tremendo corrientazo de cariño que jamás pienso confesarle: Mariete de risa de pavo, el hijo que no tuve. Y digo el hijo y no la mascota porque mascota sí tuve, y fue Serafín: la mascota de mi vida.

Pero en ese momento no pensaba en Serafín. Pasaron treinta y siete minutos hasta que una enfermera-mamá-de-Maluma, me midió la tensión y ordenó que me sacaran sangre. Odio los hospitales, odio las inyecciones, odio la sangre. Odio las canciones de Maluma. Una doctora me cruzó el pecho con mil cables, y después observó lo que pasaba en el monitor y empezó a pedir que alistaran la ambulancia para llevarme a un hospital mejor equipado. No sé por qué lo hice —

acaso porque el espíritu idiota de esta idiota época de clics ya se había adueñado de mí para siempre—, pero tomé el celular en la mano para grabar lo que pasaba. Este será el video que supere en vistas el de mi diatriba contra PaolitaPaoPao, los ecosexuales y los enanos, me dije. Tan pronto como comencé a grabar, una súbita marea de dolor reventó contra mis costillas, como una ola contra un acantilado. Y luego otra. Y entonces sentí ganas de vomitar. Y perdí la conciencia.

* * *

Quienes hemos padecido infartos sabemos de qué están hechos y lo que sucede cuando uno sobrevive a ellos. No voy a decir tantas cosas obvias, no voy a decir que uno siente miedo de que se repita, cansancio general, ganas de llorar. No voy a decir que uno siente mamitis.

Pero en los días siguientes, en el momento más crítico de mi vida, me vi nuevamente acompañado por mi familia, con quienes compartí mis nuevas angustias. Cada vez que sufría un dolor en el esternón, y lo decía en voz alta, quienes rodeaban mi cama temían lo peor: que fuera un gas.

En mi caso, el doctor López, que fue quien me operó, no tuvo que reemplazar la válvula aórtica por una de marrano, como sucedió alguna vez con un político colombiano, excontralor de la república, en una práctica que resulta más común de lo que se cree: ciertos tejidos del cerdo son compatibles con los de los humanos. O por lo menos con los de algunos políticos colombianos.

Bastó con instalarme una malla en una arteria, como si fuera una media antivárice que uno llevara por dentro para estirar la vena, igual que el sueldo a fin de mes. En una casa en la que todo el mundo deja las luces prendidas.

Si de verdad quieren saber lo que me sucedió después del infarto, debo confesar que me puse muy cursi. Eso nos sucede a todos los que hemos logrado regresar del quirófano. Acostado en la cama de la clínica Santa Fe, me descubrí pensando que debía vivir lo que me faltaba bajo otro tipo de gravedad, permitir un relevo en la presidencia de quien gobernaba mi confederación de almas, como le sucedía a Pereira en otra novela de iniciación de una persona mayor.

Pero la historia de ese libro era sobre la guerra. La mía no. Mi historia es simple, casi tonta: la vida de un humorista de cincuenta años obligado a convertirse a los formatos digitales, a recubrir con algodón las puntas de su material más cómico para no ofender a nadie, y someterse a una platea llena de público a pesar de sufrir de pánico escénico. La historia de un padre de familia de dos adolescentes a las que no escucha. De un marido que aburre a su esposa. De un señor que ha sido calvo desde los quince años y que adopta un perro calvo.

Y a pesar de todo, es la historia que debo contar. Con su epílogo cursi. Porque, dentro de los odios que he confesado a lo largo de este largo desahogo que ha sido escribir mi primera novela, he abominado los consejos de superación personal. Pero la vida es una constante entrega de principios, y el infarto al que sobreviví me convirtió en mi propio Paulo Coelho; en un sobreviviente a su propio accidente en las cordilleras nevadas cuyo testimonio podría salir impreso en la revista *Selecciones*:

—Le traje esta revistica, doctor: mire ese artículo sobre los perros —diría la enfermera para extender mi artículo al próximo paciente que atendiera.

No sé cómo contarles lo que sucedió después. Me gustaría ir al grano, a la pepa de esta historia: no demorarme más.

Voy a intentarlo de esta manera: duré tres semanas hospitalizado en la clínica y regresé a la casa como si hubiera hecho las paces con todo lo que me incomodaba.

No quise revisar cuántas visualizaciones había obtenido el video de mi infarto, pero Mariete me dijo que había superado el de PaolitaPaoPao:

—¡Al vídeo de tu infarto le han dejado más corazones que a cualquier otro! —decía, mientras celebraba su propia ocurrencia.

Reposé como me ordenaron. Solo me puse de pie para despedir a las hermanas Marina y Yadira, las friolentas, que al fin se iban de la casa. Me asomé desde la ventana de Serafín: la que tenía vista a la calle. Las dos ancianas se despedían de mis hijas mientras ellas, cada una, por instinto, se despojaban de sus famosas chaquetas marca Martín Patalero que costaron seiscientos mil pesos y se las ayudaban a acomodar a sus nuevas dueñas. Millón doscientos mil pesos que ahora caminaban por la calle.

En medio de las reflexiones a las que me entregaba, todas repugnantemente cursis, pero no por eso falsas, comprendí después de mi infarto que necesitaba hacer las paces con mis hijas. Que mis hijas eran la única paz que he necesitado; que traerlas al mundo ha sido una forma de robarle unos versos a la muerte, dar sentido a la locura, salvarme del vacío. Porque su presencia se antepone a este rumbo hacia la nada, justifica este tránsito sin sentido; me ayudan a

saber que en la isla no había tesoro, sino que la isla es el tesoro, y la frase es un verso que no puede ser mío: ellas son personas buenas, que prefieren tener tiempo a tener cosas, y que se sienten más orgullosas de lo que comparten que de lo que tienen.

Quería pedirles perdón a ellas por haber intentado montarles una revolución. Y detrás de ellas a Maluma, y a Anuel, a quien no debería volver a llamar boqueto. Y a los boquetos, a quienes podía ofender por compararlos con Anuel.

Aprendí que debía conquistar de nuevo el amor de mi esposa, proteger el asombro de los amores cotidianos, de todos los días, desgastados por la rutina pero a su vez alumbrados por ella, que son los únicos amores reales: los otros duran lo que dos peces de hielo en un whisky *on the rocks*. Los amores que aprenden a alternar pacíficamente la subida y la bajada de la tapa del inodoro; que no huyen si el cáncer llega. Y en los que uno no tiene nada que fingir.

Ese es el amor que sentía por mi esposa: ese amor habitual, de marinero en puerto, que me permitía ser feliz en la misma casa, en la misma cama. Y con la misma mujer.

Aprendí que debía agradecer, no solamente a mis hijas, no solamente a mi esposa, no solamente a un señor llamado Saulo, recogido por ella esa semana, que vestía una sudadera sin estrenar que acababan de regalarme, sino a todos los que se habían cruzado en mi vida: la vida que estuve a punto de perder, como la habría perdido mi papá, el Quijote cuya mancha no resultó cancerosa, enhiesto padre que en sus buenos tiempos fuera mejor que una ventana abierta, como dijo alguien, no sé quién, que solo merece cosas buenas: un equipo de fútbol grande o por lo menos una

esposa pequeña que le tenga paciencia, y que sea muy inteligente, y que le enseñe boleros.

El doctor López decía que me faltaron veinte minutos para morir. Para ser otra bolsa de cenizas al lado de las cenizas de mi mamá. O para que me sembraran bajo un árbol, asunto que había podido ser una afrenta en la disputa legal que sostenía con los ecosexuales, cuya demanda seguía a la espera de ser resuelta, pero a la que ya no daba importancia. Si el juez me obligaba a pedir perdón, extendería el ramo de olivo, por decirlo así.

En esto consistía, pues, padecer un infarto. En volverse cursi. En denigrar de la superación personal, pero escribir una novela de iniciación que en el fondo es de superación personal. En aprender que no estamos hechos de lo que tenemos, sino de lo que nos falta. Y que solo somos el tiempo que nos queda.

Algunos se habrán preguntado qué sucedió con Serafín, a quien en los momentos críticos de la clínica ni siquiera recordé.

Bueno: cuando regresé a la casa se abalanzó encima de mí como siempre, o, mejor, como nunca, porque los perros que de verdad lo quieren a uno lo saludan como nunca, no como siempre: jamás pierden el asombro frente a las personas que aman. Me saludó con su cariño sin nombre, tan infinito como exagerado y tosco, como si supiera que por veinte minutos habríamos podido dejar de vernos para siempre.

Les había contado que Serafín nunca se me despegaba.

Pero ese día —el día de mi regreso a la casa— mucho menos. Si no fuera cursi decirlo, pensaría que quizás Serafín era consciente de lo que por poco había sucedido. Si me ponía de pie para tomar un remedio, él se ponía de pie y me acompañaba a tomar el remedio. Si

daba un paso hacia el baño, él lo daba conmigo. Si me asomaba a la calle para pensar en la muerte, él se asomaba a la calle que alguna vez fue su casa, pero ya no: porque Serafín ya no era un perro sin hogar, ni mi hogar era un hogar sin perro.

Esa noche dormí estirando el pie por fuera de la cama, para alcanzar a tocarlo.

* * *

Al día siguiente, murió mi perro Serafín.

Me di cuenta de su muerte cuando desperté. Parecía dormido en el lugar de siempre: al lado de mi cama, donde pondría mis pantuflas si tuviera pantuflas.

Su muerte estuvo libre de estridencias; simplemente se deslizó hacia la quietud total, sin sobresaltos, dando el último gesto de lealtad al morir junto a mí.

Sucedió en el parpadeo de una mañana de un jueves cualquiera. Al ponerme de pie, no me siguió, como siempre sucedía. Tuve que mirarlo dos veces para comprender lo que pasaba.

Me cuesta acostumbrarme a la idea de que mi amigo Serafín haya dejado de respirar; mucho menos a la realidad de que nunca más volveré a verlo: mi amigo Serafín, el guardián de las horas ordinarias que se arrastraban en el día; la presencia que me cobijaba con un amor limpio que no hice nada para merecer.

Para saber por qué estoy doblado de dolor en este momento, frente a su cuerpo muerto —mientras miro su media oreja rota y siento que con él una parte de mí se reconciliaba con el mundo—,

ustedes tenían que haber conocido toda mi historia. La historia de mi infarto, que es más bien la historia de Serafín.

El perro al que nadie quería adoptar porque era calvo.

El perro que me adoptó de inmediato.

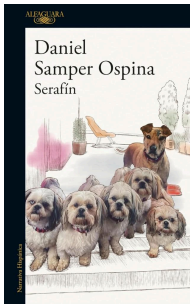
El perro que algún día decidió que jamás iba a separarse de mí, y fue mi sombra y mi pliegue y acaso el tercer milagro de este libro, el de salvarme.

Gracias por todo lo que me diste, amigo Serafín. Ha sido un honor recibir ese cariño tan elevado que nunca merecí. Me mostraste todo lo que no puede enseñar un ser humano: únicamente un perro. Y no podrías imaginar lo que me cuesta esta desolación doméstica de seguir vivo sin ti: de reconocer en los sillones donde te acomodabas la forma de tu ausencia. De darme cuenta de que ahora no hay nadie que me espere mirando en la ventana.

Gracias por tu amistad, Serafín.

Al menos pude enterrarte con mis propias manos. Un perro como tú no merecía una muerte callejera, como lo intuí desde que nos volvimos amigos, cuando te dije sin decirlo que íbamos a ser compañeros para siempre. Lo cumplo ahora, mi perro de cola de rata: el perro que sacaba la cara por los calvos de la casa; la mascota de mi vida que ya vive por siempre en lo que soy.





«Mi perro Serafín con cola de rata, que desde entonces y para siempre se convirtió en mi sombra y en mi amparo, y en el único pedazo memorable de lo que soy».

Un hombre en plena crisis de los cincuenta comienza a sentir que su vida se viene abajo: ha tenido que dar un giro radical a su carrera de periodista y ahora su trabajo depende de los likes, sus hijas adolescentes no lo entienden, su generosa mujer se dedica a recoger gente de la calle y su padre lo enloquece a punta de mensajes de audio. Por supuesto, la consecuencia natural será un infarto.

Pero en medio del quiebre físico y emocional, el protagonista hallará una compañía inesperada: Serafín, el perro al que nadie quiere adoptar, le descubrirá una nueva forma de cariño y resistencia, y además encarnará una manera distinta de habitar el mundo, más instintiva, más presente y leal, que obliga al narrador a replantearse sus prioridades, sus afectos y su manera de entender la vida.

La primera novela de Daniel Samper Ospina es una historia cargada de lucidez, sensibilidad y humor. Y es también el retrato profundamente contemporáneo de un comediante dispuesto a defender la ironía con la que encara una existencia que a veces parece perder el sentido, pero sobre todo es la aventura de un hombre listo a encontrar en la relación con su perro una redención y un consuelo.

«Esta es la novela luminosa y reparadora que prueba que el amor por los perros reivindica a esta especie que narra y narra, pero es también el brillante relato de aprendizaje cincuentón que pone en claro que Daniel Samper Ospina tiene el oído envidiable que requieren el humor, la compasión y la poesía».

RICARDO SILVA ROMERO



DANIEL SAMPER OSPINA

(Bogotá, 1974) es un escritor, periodista, comediante y youtuber que ha conseguido un notorio lugar en la opinión colombiana por su crítica corrosiva, su creatividad, su agudo sentido del humor y su facilidad para expresarlos en los diversos formatos en los que ha sido capaz de reinventar su carrera una y otra vez. Ganador en distintas ocasiones del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, del Premio CPB a la mejor columna de opinión y de varias estatuillas India Catalina; dueño de un canal de YouTube con cerca de un millón de seguidores; autor de diez libros y de una muy leída columna dominical en el medio *Los Danieles*. También es el creador de cuatro obras teatrales que han obtenido récords de asistencia. Hasta el momento no se había atrevido a incursionar en los terrenos de la ficción, y lo hace ahora con esta novela que encierra lo mejor de su universo: una historia que a la vez hace reír y llorar.

© Mariete



Título original: *Serafín*
Primera edición en Alfaguara: julio de 2026

© 2026, Daniel Samper Ospina
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño e ilustración de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares, con base en una fotografía de © Claudia García
Fotografía de Serafín: © Claudia García

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna

manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7880-48-1

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Serafín
Dedicatoria
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Serafín
Dedicatoria
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos